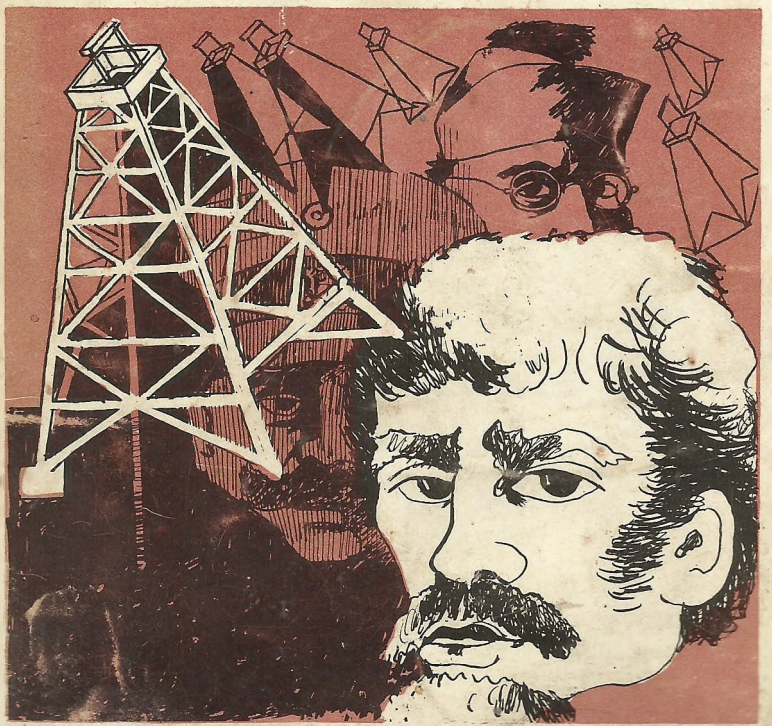
arturo uslar pietri

DE UNA A OTRA VENEZUELA

ELDORADO



MONTE AVILA EDITORES

Osvaldo Orecchio
-3875611-

50

biblioteca popular ELDORADO

SEGUNDA EDICION.

arturo uslar pietri

DE UNA A OTRA VENEZUELA

MONTE AVILA EDITORES
CARACAS-VENEZUELA

Portada: Juan Queralt.
© 1972 by Monte Avila Editores, C. A.
Caracas / Venezuela

25 AÑOS DESPUES

Soy el primer sorprendido en que veinticinco años más tarde de haber sido escritas, alguien quiera reeditar estas páginas. Fueron, como todo lo humano, hijas de una ocasión y de unas circunstancias o de una sazón como dirían los clásicos. Tienen su tiempo y su manera que ya no pueden ser los de hoy.

Sin embargo, al releerlas casi como si fueran obra ajena, me sorprende gratamente que no hayan perdido toda su vigencia y validez. Allí están dichas cosas con respecto al destino de Venezuela que, con no muchas variantes, pudieran repetirse hoy y tal vez en no pocos casos agravadas.

Tienen un tono polémico porque fueron escritas como viva respuesta a una situación que no favorecía el diálogo ni la serena consideración de las cuestiones. Lo polémico tiene que haberse marchitado, es flor o cardo de un día, pero lo esencial no ha perdido su fundamental pertinencia.

Los temas que le dan unidad a estas reflexiones son pocos pero invariablemente esenciales: petróleo, población, educación y política. Son los hijos maestros del destino de cualquier país en desarrollo.

Ya entonces pensaba que el hecho de la existencia del petróleo en nuestro subsuelo era el más importante de la historia venezolana, el más cargado de consecuencias y posibilidades de todos los cinco siglos cortos de nuestra existencia colectiva. Y lo que allí decía no ha perdido su razón. Que había que enfrentarlo con fría racionalidad,

que utilizarlo para el desarrollo sano de una economía verdaderamente nacional, que sembrarlo convirtiéndolo en industrias, servicios y cultivos permanentes y crecientes, que, de otro modo, estaríamos simulando una nación fingida, sin base económica cierta y duradera. Llegó a parecerme un mítico Minotauro que podía devorarnos si no sabíamos convertirlo en buey de labranza. No creo que ya nadie hoy dude de que esas advertencias eran justas y oportunas.

También alertaba contra la idolatría cuantitativa de la población y contra las primeras señales del daño grave contra la conservación de la naturaleza y la ruptura del equilibrio ecológico. Parecían entonces apreciaciones demasiado pesimistas, pero el tiempo ha venido dolorosamente a darme razón.

Y así como clamaba por una población cuantitativa y cualitativamente concebida como parte fundamental del destino económico, así también señalaba que nuestra educación estaba lejos de corresponder a las necesidades del crecimiento del país. La miraba desviada, confundida, intoxicada de errados valores, al servicio de transitorios fines políticos y en peligroso proceso de crisis. No estábamos preparándonos para educar una población capaz de enfrentarse con buen éxito al desafío petrolero. Era evidentemente cierto y hoy lo vemos todos de un modo mucho más ostensible.

Podríamos repetir, como en un rosario sin término, que porque no tuvimos una educación adecuada no pudimos preparar nuestra población para aprovechar la coyuntura petrolera con todo su riesgo y su promesa, y porque no tuvimos una política suficientemente lúcida y actual, demasiado entregada a viejos ídolos ineficaces, no pudimos tener ni esa educación, ni esa gente, ni esa política

petrolera. La ronda, como la serpiente del mito que se muerde la cola, puede comenzarse sin perder sentido por cualquiera de sus puntos: petróleo, política, educación o población.

No deja de asomar, diabólicamente, es decir en forma de maligna tentación, el tema de la oportunidad perdida. Todo lo que hubiéramos podido hacer en estos veinticinco años para aprovecharlos avaramente en construir el país que el petróleo nos permitía y no que el petróleo nos iba a hacer por su cuenta con la gozosa complicidad de todos los que prefieren el menor esfuerzo. Entre el espartanismo y el hedonismo debe haber una línea intermedia no tan difícil y exigente de seguir.

No estaban tan descaminadas estas páginas cuando un cuarto de siglo más tarde pueden servir todavía para recordarnos el rumbo del recto camino. Y no deja de complacerme pensar que ya dejaron de ser majaderías malhumoradas de alguien o de una minoría para convertirse, cada día más, en preocupación fundamental de todos los venezolanos que piensan.

Estamos todavía a tiempo. Andamos aún entre la Venezuela que fue y la que es, y tenemos que decidirnos, con serena hombría, entre la que es y la que podría ser. Somos los peregrinos que vamos de una otra Venezuela, sin saber todavía adónde y cómo podemos llegar.

Caracas, 1973.

PREÁMBULO

Estos son algunos de los artículos que, en los años de 1947 y 1948, y ante los acontecimientos dramáticos de la vida venezolana, me sentí obligado a publicar en la prensa, movido por un sincero sentimiento de angustia.

No pasan de ser, por su misma naturaleza y por las circunstancias en que fueron escritos, exposiciones fragmentarias, rápidas y simples de las más graves cuestiones que determinan el destino de Venezuela. Las circunstancias vivas y las raíces del hecho venezolano. Tal vez hubieran podido ganar en claridad y en comprensión de haber sido reelaborados en una forma más sistemática y analítica. Pero sin duda hubieran perdido en expresión directa, en calor humano y en emoción comunicativa. La misma repetición en que incurren hace de martillo sobre la conciencia.

Se miran en ellos varias faces de la compleja situación venezolana (petróleo, población, educación, política), y se repiten, con ánimo de grabarlos en la conciencia colectiva, los rasgos de la crisis nacional. Ese tema y el sincero tono de angustia con que está considerado le dan su unidad y su valor a estas glosas.

Glosan la verdad elemental de que Venezuela es un país que atraviesa una grave crisis. Crisis que se refleja en su vida política, en su vida económica y en su vida social. Crisis de transformación y deformación fundamentalmente económica que repercute en lo social y que se ha complicado en lo político.

El factor que origina esa crisis es el petróleo. La inquietud colectiva y las transformaciones de la estructura social visibles hoy en Venezuela vienen de él, y la inestabilidad política ha sido su más aparatosa aunque no su más terrible consecuencia.

Mientras la mayoría de los venezolanos no se percate de esa realidad nada podrá hacerse para contener, dominar y transformar esa crisis. Lo que se necesita es que todo el país se limpie los ojos de telarañas políticas y de mentiras convencionales y se movilize en su propia defensa. El petróleo es como un Minotauro y para vencerlo se requiere una empresa teséica. Coordinada, serena y resuelta tarea de muchos. De todos, sería lo mejor.

Estas páginas convocan a esa empresa. Llaman a todos los venezolanos a ella. Claman. Están hechas de angustia y de dolor.

Esa empresa es la de concebir y realizar en todos sus aspectos una política petrolera para Venezuela. El día en que Venezuela tenga una política petrolera adecuada, el día en que por la eficaz acción de sus hijos todos deje de ser un parásito del petróleo, ese día tendrá, por simple añadidura la riqueza económica, el progreso social y la estabilidad política.

Esa empresa no puede ser la de un dictador ni la de una oligarquía. Ambas formas las hemos padecido y la crisis venezolana ha subsistido bajo ellas. No puede ser

tampoco la obra de un régimen demagógico, insincero y sectario como el que el país sufrió bajo Acción Democrática. Bajo ese partido la crisis petrolera se complicó y llegó a sus formas extremas. Esa no puede ni debe ser sino la empresa, libremente concebida y aceptada, de todos los venezolanos sin exclusiones bajo un sistema efectivo de legalidad democrática.

Venezuela ha dejado de ser irremisiblemente lo que fué antes del petróleo: un país agropecuario, de vida modesta y posibilidades limitadas. El petróleo ha superpuesto a ese país atrasado, un país minoritario de resplandeciente riqueza monetaria pero parásito del petróleo, estéril y transitorio.

La del pasado era una Venezuela uniforme; la del presente son dos países: el de la mayoría pobre y atrasada y el de las modernas ciudades y la minoría que recibe los beneficios monetarios de la riqueza petrolera. La del futuro nadie sabe lo que puede ser; lo único que sabemos hoy, y ya es bastante grave, es que con las necesidades creadas por el petróleo ya no puede volver a ser lo que fué, y que con el petróleo no ha desarrollado riquezas propias para seguir siendo lo que hoy parece ser.

Hay una Venezuela de la mayoría pobre, hay una Venezuela de la minoría beneficiada del petróleo; hay una Venezuela de la aldea campesina que sigue teniendo el aspecto milenario que alarmaba ya a Fermín Toro, y hay una Venezuela del campamento petrolero y de la ciudad con rascacielos; hay una fingida y una verdadera; hay una que ha sido y muchas que pueden ser; hay la que no puede salvarse y hay la que debe salvarse.

Pero todas ellas no pueden tener sino un destino indivisible. Un destino de salvación o de perecimiento que las

identifica a todas y que acaso sea lo que todavía pueda identificarnos a todos los venezolanos. Por igual nos ha de alcanzar la desgracia y el fracaso del destino nacional, seamos capaces de sentirlo pronto o hayamos de advertirlo irremediablemente tarde.

De unas a otras, de una a otra Venezuela debe ir la angustia creadora de los venezolanos. De una a otra Venezuela, de la que no es a la que debe ser, ha de encaminarse la acción colectiva. Lo que no es otra cosa que invocar una política venezolana para un país que casi no la ha conocido.

Hay que salvar a Venezuela. Nadie es tan fuerte que pueda salvarla solo, ante la indiferencia de los demás. Nadie es tan pequeño o insignificante que pueda negar su esfuerzo sin que el impulso total no se debilite. Es tarea de todos para todos. Yo, por mi parte, nunca he dudado, a pesar de tantos tropiezos, de que los venezolanos seamos capaces de semejante empresa. Porque no lo dudo he escrito las palabras que están en este libro, y en él las recojo para lanzarlas como un pedrusco a la campana que ha de despertar al pueblo venezolano, mi pueblo.

Nueva York, abril de 1949.

PETRÓLEO

EL TEMA DE LA HISTORIA VIVA

En la vida de los pueblos, que es siempre oscura y azarienta, es posible distinguir el predominio de ciertos motivos o temas de la acción colectiva, que son los que le dan fisonomía y unidad y destino a las naciones.

A veces esos motivos son falsos, o meras engañifas de políticos, y los pueblos se extravían, o se desintegran y perecen. A veces los pueblos no parecen darse cuenta de que esos fines existan. No los ven o no los sienten. Son las horas de decadencia, que han vivido muchas naciones grandes y pequeñas. Han perdido el sentido del rumbo y con él, fatalmente, el de la unidad histórica.

La vida de un pueblo es una perpetua crisis de crecimiento y de adaptación a circunstancias constantemente cambiantes. Eso es precisamente lo que hace del gobierno y de la política un arte complejo. Un arte mucho más complejo de lo que generalmente suponen los demagogos de plaza pública.

En esa crisis de todas las horas se salvan y sobreponen los pueblos que no pierden de vista los motivos directores de su acción. Cuando un pueblo llega a tener conciencia de su misión, de su camino, de su básico y permanente in-

terés, puede subordinarlo todo a esos fines superiores y subir en el camino de la historia. Ese sentido del rumbo, eso que en la última gran guerra los generales llamaban el supremo objetivo estratégico, es lo que podríamos llamar el tema de la historia viva. Es decir el concepto fundamental que determina en todo momento y ante cualquier circunstancia la acción nacional, que es, precisamente, la política.

Cuando vemos un pueblo pobre, pequeño, aislado, como la Inglaterra del siglo XV llegar rápidamente a inverosímiles cumbres de poderío, tomar posesión de las rutas marítimas y de las más ricas tierras del mundo y fundar el más grande, próspero y duradero imperio que ha conocido la humanidad, eso no ocurre meramente por la obra de un favorable azar prolongado milagrosamente por cuatro siglos. Eso ocurre porque en todas las horas Inglaterra ha tenido la inalterable noción de su interés y de su rumbo. Bajo príncipes ingleses, bajo príncipes alemanes, bajo monarcas autoritarios, bajo regímenes parlamentarios, lo mismo con los conservadores en el gabinete, que con los liberales o con los socialistas, lo mismo en el pensamiento de la nobleza hereditaria que en el del campesino o del minero de carbón, ha estado presente y no ha sufrido alteración el tema de la historia viva. Han llegado al heroísmo o al cinismo, han sido la Inglaterra de los aventureros batalladores o la "Pérfida Albión", según el caso lo ha requerido, pero siempre todo ello ha dependido, no del capricho, sino de la clara noción del interés supremo de la colectividad inglesa, que todos conocen y todos acatan. Los dogmas de ese credo han sido tan simples como tradicionales: comercio mundial, dominio marítimo, y equilibrio continental para que no haya una hegemonía en Europa.

Es la conciencia de ese rumbo la que hace que los pueblos realizen las verdaderas hazañas de la historia. La conciencia de los hechos y las acciones que determinan básicamente su existencia.

Los ejemplos de los pueblos que la han tenido y han triunfado y los de los pueblos que la han perdido y han periclitado y caído, son infinitos.

Roma la tuvo, y España la tuvo; y Venecia, y los Estados Unidos del "destino manifiesto".

Los pueblos no decaen por otra causa, sino por la pérdida de ese don de visión, de ese estado de conciencia, que es el que les revela su propia identidad y les permite no extraviarse en el camino del logro de sus intereses fundamentales.

Si de estas consideraciones generales y un poco retóricas bajamos a nuestra Venezuela, tierra tan crucificada de problemas y dolores y tan mal encontrada con sus rumbos, caeremos bien pronto en la cuenta de que lo que más le ha faltado ha sido esa conciencia del interés superior, ese sentido del tema de su historia viva.

Las más de las veces, en su convulsa vida, no sólo no ha seguido el rumbo verdadero, sino que lo ha abandonado o negado con ciega ligereza para entregarse al juego de sangre, miseria y muerte, por palabras demasiado abstractas u hombres demasiado concretos, por retórica política o apetitos de caudillos.

Esa ha sido, su grande, su atroz, su irreparable desgracia.

Cuando venía el tiempo de construir la nación y conquistar el desierto, a la manera norteamericana o argentina o brasileña, nos entregamos a la guerra civil invocando la federación o el centralismo. Cuando la cuestión era

de caminos contra soledades, de gentes contra desiertos, de trabajo contra pobreza, nada parecía más importante que la lucha de Páez contra Monagas, o la de los liberales contra los godos, o la de los centrales contra los orientales o los andinos.

No sólo hemos perdido de vista los verdaderos objetivos, sino que hemos empequeñecido los falsos. A falta de otra cosa hemos sabido cosechar abundantemente odios, y nada nos ha parecido más importante que envidiar y envilecer al prójimo.

Del eco de todas nuestras falsas teorías, y de nuestras absurdas pugnas, lo que se levanta es la dolorosa convicción de que no hemos sabido ser sino constructores de desiertos, aniquiladores de hombres, palabreros incapaces de mirar de frente las realidades.

Todo esto es duro, y me duele decirlo, y cuando lo digo no me excluyo, aun cuando sé que no soy de los más culpables.

Pero si algo queda por hacer en nuestra tierra, si algún día vamos a recuperar o a adquirir el sentido de la historia viva, tenemos que comenzar por un gran acto nacional de penitencia, por un inmenso auto de fe donde quememos nuestros orgullosos errores, por una afirmación de humildad y de paciencia, que no sólo nos permita convivir, sino lo que es más, comprender que hay una gran tarea, simple, llana, concreta, que nos requiere a todos con agónica premura.

Venezuela necesita adquirir la noción de los hechos fundamentales que rigen su destino. Poner ante los ojos de todos las dimensiones reales de la empresa que hay que acometer para que el país viva. De los objetivos esen-

ciales junto a los cuales todos los otros, absolutamente todos los otros, son adjetivos y secundarios.

Y el hecho capital que debe estar ante los ojos de todos los venezolanos, es uno solo, sencillo y terrible. Ese hecho es que Venezuela está atravesando una de las más trágicas crisis de toda su existencia histórica. Una crisis de vida o muerte que está devorando la sustancia misma del ser nacional.

Nada de cuanto hemos conocido hasta el presente se le parece. La guerra de independencia, con toda su secuela de transformaciones, no llegó a afectar la vida del organismo nacional en escala ni remotamente semejante. De ella salió, un poco más pobre y dividida, la misma Venezuela anterior: un país de reducida vida agrícola, una economía de plantación y de comercio exportador.

La guerra federal tampoco es comparable a esta inmensa crisis actual. Todo el daño que ella pudo ocasionar, todo lo que ella puso en peligro, es insignificante al lado de las dimensiones de lo que actualmente está en juego.

Ahora está en juego la vida entera de la nación y el destino de todos y cada uno de los venezolanos. Nadie puede escapar. Ni el más remoto conuquero, ni el más rico industrial. Ni el bracero que gana un jornal con sus manos, ni el poderoso capitalista que recibe una cuantiosa renta. Ninguno de los que hoy vivimos, y ninguno de los que han de vivir en las próximas generaciones. Todos confrontamos por igual este avasallador riesgo mortal.

Ese es el petróleo. El petróleo es el hecho fundamental y básico del destino venezolano. Él le plantea hoy a Venezuela los más graves problemas que nunca haya conocido en toda su historia nacional. Él está como el minotauro de

los mitos antiguos, en el medio de su laberinto, devorador y amenazante.

El tema de la historia viva para la Venezuela de hoy no puede ser otro que el combate fecundo con el minotauro del petróleo.

Todo lo demás carece de significación. Que la República sea centralista o federalista. Que los votantes voten blanco o de cualquier otro color. Que se construyan acueductos o no se construyan. Que se cierre o se abra la Universidad. Que vengan o no vengan inmigrantes. Que se funden o no se funden escuelas. Que los obreros ganen cinco bolívares o quince bolívares. Todo eso carece de sentido.

Porque todo eso está condicionado, determinado, dirigido, creado, por el petróleo. Todo eso es, pues, en grado apocalíptico, dependiente y transitorio. Dependiente y transitorio.

El petróleo, y ninguna otra cosa, es el tema de la historia viva de Venezuela.

Y lo más grave de la grave hora presente es que la mayoría de los venezolanos sigue ignorando este hecho fundamental y sus consecuencias.

Nunca en hora tan crítica fué más importante para un pueblo la noción del tema de la historia viva.

EL FESTÍN DE BALTASAR

Hay en la Biblia una estampa que se me parece curiosamente a esta hora venezolana. Es la del rey Baltasar en el festín. El oro y la plata de los vasos sagrados judíos se llena de vino, la tumultuosa corte se regocija y ríe, suenan

las músicas, bailan las danzarinas, los cortesanos se hartan, el pueblo recoge las abundantes sobras y el príncipe sonríe, entre su ensortijada barba, contemplando aquel largo panorama de plenitud y de bienestar. Nadie parece percatarse de que se está al borde de una tragedia, que el maravilloso festín no puede prolongarse indefinidamente, que todo lo que parece abundar es aparencial y falso y va a desaparecer. Hasta que aquella mano misteriosa escribe en la pared la enigmática sentencia que anuncia la inevitable catástrofe y que empieza con la palabra "mene". Una palabra que las gentes del lago de Maracaibo conocen bien y saben descifrar.

Mucho de ese festín tiene la vida venezolana. El gobierno emanado del golpe del 18 de Octubre parece presidir gozosamente una pródiga y larga fiesta en la que se consumen enormes recursos.

Según los mejores cómputos en poco más de un año, llevan gastados mil cuatrocientos millones de bolívares. Una suma de dimensiones colosales que se ha desbordado sobre Venezuela como esos chaparrones tropicales que todo lo inundan y arrastran, llenando de dinero alegre y fácil todas las bolsas y poniendo el país a vivir como en el diario sorteo de una lotería en la que siempre hubiera de ganar.

Es una suma que excede a la de cuatrocientos millones de dólares, que los Estados Unidos consideraron suficiente para resolver los problemas políticos, militares, económicos y sociales de dos importantes naciones: Grecia y Turquía.

Es una suma diez veces más grande que el total de lo gastado por Guzmán Blanco a lo largo de su vigoroso y creador Septenio; y también diez veces mayor que todo lo gastado por la Oligarquía Conservadora durante el tiempo en que gobernó a la República desde 1830 hasta 1847.

Esta enorme cantidad cuya enunciación excede en mucho el sentido de apreciación corriente, puede concebirse mejor relacionándola con las obras que podrían costearse con ella. Mil cuatrocientos millones de bolívares es el costo aproximado de veintiocho urbanizaciones semejantes al Silencio; o de mil ciento veinte grupos escolares iguales al República del Ecuador de Caracas, donde cabría más que holgadamente toda la población escolar venezolana; o de setecientos kilómetros lineales de puentes; o de más de dieciocho mil kilómetros de carreteras, que es el triple de lo que actualmente tenemos.

Esta visión de vértigo refleja la magnitud de lo gastado. Y también pone de manifiesto la enorme desproporción entre lo gastado y lo hecho. Pocas son las obras en que puede mirarse representada semejante avalancha de dinero. Se ha gastado en sueldos, en dádivas, en ensayos, en tanteos, en complacencias, en todo eso que tan pintorescamente ha llamado el Presidente de la Junta de Gobierno "coger goteras". Tal vez no haya habido en toda la historia del mundo "goteras" más caras. La verdad es que se ha gastado en holgorio político, en desordenadas prodigalidades de ganador de lotería, en festín de Baltasar.

Con ser tan grave el despilfarro y tan cuantiosa la suma, no radica en ello lo peor del caso. El dinero malbaratado podría darse por nunca habido, imaginar que fué un fugaz sueño de Jauja del que se hubiera despertado.

El verdadero mal, el mal casi irreparable, no está en que se haya evaporado el costo de veintiocho urbanizaciones del Silencio sin que se haya hecho ninguna, sino en que se ha pervertido, Dios sabe hasta qué profundas fibras, el sentido de la economía en el pueblo venezolano. Se le ha enseñado, en todas sus capas sociales, a desdeñar el trabajo

por el maná, a pensar en términos de magia y no de contabilidad, a perder la noción de los precios, de los costos y del equilibrio económico. Ya muy poca gente en Venezuela sabe o se pregunta si las cosas son o no son caras, ni mucho menos lo que significa la carestía. El Estado practica un sistema simple de tipo providencial. Cuando el pan sube de precio para el obrero, se le sube el salario al obrero y cuando el patrono se queja de que no puede pagarlo se le permite a su vez subir el precio de lo que produce o se le acuerda una prima. El Estado financia todo este artificioso mecanismo, y al Estado lo financia el petróleo.

Se ha perdido la noción de lo que es una vida económica normal y se ha hecho casi imposible volver a ella, porque la inundación de dinero del Fisco ha puesto en movimiento la espiral ascendente de la inflación que pasa sin tregua de precios altos a salarios altos, a costos altos que provocan a su vez nuevos precios altos.

Ya nuestros precios no son el resultado de la oferta y de la demanda en los mercados mundiales. El precio del café o el de la carne o el del maíz no suben en Venezuela porque el juego de las fuerzas económicas así lo determinen, sino porque los productores exigen el aumento y el Estado complaciente se los acuerda. No debe haber sino rostros contentos en el festín.

El mercado mundial del café, o de la carne, o del maíz pueden fluctuar sin que los productores venezolanos se enteren. El Estado les asegura crecientes precios artificiales que paga con el dinero que obtiene de la renta petrolera, y de este modo, insensiblemente, nuestro café o nuestro algodón, o nuestros salarios se desnaturalizan y se van volviendo cada vez más otra cosa, que es precisamente

petróleo, es decir mene. La misma misteriosa palabra que vió Baltasar escrita en la pared del festín.

Esta es, justamente, la trágica condición artificial de la economía venezolana que la política de despilfarro fiscal del régimen de Acción Democrática viene acentuando de un modo angustioso. Cada vez más dependemos del petróleo, cada hora más todo tiende a convertirse en un don del petróleo, cada día más la nación y su existencia pasan a ser una mera partida de la contabilidad de las empresas petroleras y el Estado venezolano reviste la fabulosa apariencia de un Midas que lo que toca lo convierte en petróleo.

Lejos de sembrar el petróleo, que una vez me pareció la síntesis de la única política económica sensata para nuestro país, parecemos inconscientemente empeñados en arrancar lo que haya podido permanecer sembrado para convertirlo en petróleo.

Esta transformación negativa y contraria al interés nacional parece proseguir cumpliéndose sin que nadie se alarme ante sus inmensas consecuencias. Los productores venden más caro lo poco que producen y están contentos porque todavía no se percatan de que sus plantas y animales se les están volviendo petróleo, que ya no es de ellos, ni producto de los factores económicos que utilizan. Los comerciantes están satisfechos porque cada día pueden traer más cosas y venderlas más caras. Los puertos abarrotados de importaciones son la imagen de la nación que progresivamente se esteriliza. Los obreros ganan mayores salarios que les permiten olvidar el creciente costo de la vida. Los profesionales y los rentistas ven crecer la cifra de sus entradas. Los especuladores vislumbran ilimitadas perspectivas de enriquecimiento. El Gobierno emplea cada día más personas con mayores sueldos. Todos pueden tener el ri-

sueño contento de las gentes del festín. Pero, si es así, es porque no se percatan aún de que lo que reciben ya no es dinero que representa trabajo y producción, sino una negra y endeble moneda de petróleo.

¿Hasta cuándo podrá durar este festín?

Hasta que dure el auge de la explotación petrolera. El día en que ella disminuya o decaiga, si continuamos en las condiciones actuales, habrá sonado para Venezuela el momento de una de las más pavorosas catástrofes económicas y sociales. El sistema de los precios se desajustará violentamente. La importación disminuirá junto con las divisas. La escasa producción no permitirá resolver el problema del hambre y el desempleo que llevará a la miseria y a la desesperación a millares de seres, con imprevisibles consecuencias políticas y sociales.

Esa catástrofe puede tardar mucho o puede estar muy próxima. No es fácil preveer el momento en que va a reventar esta tremenda ola contra la artificial y fragilísima estructura de nuestra vida económica.

Puede ocurrir, acaso, dentro de muchos años, cuando los pozos se agoten, o cuando se empiece a utilizar la energía atómica para fines industriales.

Pero también puede ocurrir demasiado pronto, dentro de tres o cinco años.

En el Cairo, en febrero de 1947, por ejemplo, un grupo de cinco grandes compañías americanas de ingeniería firmaron un contrato por valor de cien millones de dólares para la construcción de un oleoducto de treinta pulgadas de diámetro y más de mil millas de longitud, que transportará de trescientos a cuatrocientos mil barriles diarios del petróleo más barato del mundo, desde el norte de Saudi Arabia

hasta la costa del Mediterráneo, cerca de Trípoli. La obra empezará en 1948 para estar concluída alrededor de 1950.

Las firmas de ese contrato podrían ser la primera palabra de la sentencia en el muro de nuestro festín de Baltasar.

LA OTRA EROSIÓN

Se habla mucho en Venezuela de la erosión de la tierra. Es grave problema que amenaza el porvenir del país. Los que queman montes, los que talan bosques, los que siembran conucos, los que cultivan en laderas, están destruyendo de una manera continua la delgada capa vegetal que, a medida que disminuye y desaparece, reduce en la misma proporción la capacidad de Venezuela para habitación del hombre.

Esa destrucción implacable y estúpida viene señalando de manera alarmante su nefasto progreso. Ya se refleja en el régimen del clima y de las lluvias y hace que la mancha del desierto se vaya extendiendo como una maldición por cerros y valles venezolanos. Son muchos y con razón los que se han alarmado ante este hecho y han lanzado impresionantes voces de alerta. El propio Presidente de la República, en el descolorido Mensaje que dirigió al Congreso, el único problema venezolano que señala es el de la erosión.

Hay, como la impresión optimista de que toda la gente sensata y culta está de acuerdo en que hay que detenerla. Es cuestión de llevar esa convicción a todos los terratenientes, a todos los campesinos, a todo el que pueda levantar en la mano el azadón destructor o creador.

Yo quiero creer en que algo se hará al fin para que toda la tierra vegetal del país no acabe de rodar con las crecientes al Caribe o al Orinoco, y que en todo caso, la rapidez

del mal no sea tan violenta como para amenazar de ruina al país en menos de tres generaciones.

Pero en cambio hay la otra erosión, contra la que no se está haciendo nada. Contra la que no parece siquiera que haya un criterio adoptado por la gente sensata. La que no sólo corre libremente como la otra, sino que es ayudada y estimulada en su obra destructiva por el Gobierno y por las clases dirigentes venezolanas. Esa otra más violenta erosión es el petróleo.

En ese mismo Mensaje en que Gallegos hablaba con pavor de la erosión de la tierra, empleaba la palabra: "satisfacción", para hablar del incremento de la producción petrolera. Que no es sino el incremento de la otra erosión. La más violenta. La más terrible.

El grave hecho no es sólo que se esté sacando en cantidades crecientes el petróleo venezolano, que es una riqueza que no se repondrá nunca, porque nadie que no sea un loco puede pretender que se conserve inútil y baldío enterrado en sus yacimientos. Sino que ese petróleo se esté sacando sin compensación adecuada para la economía venezolana. Sin lo que pudiéramos llamar el reemplazo de riqueza por riqueza, de fuente de producción por fuente de producción.

No faltará quien diga que por cada barril de petróleo queda una justa compensación en Venezuela, representada por una determinada cantidad de dólares. Es decir una compensación representada en dinero. Pero no se trata de esto. Quienes así hablan olvidan o no saben que el dinero en sí no es nada. Es un simple medio de cambio. Y que cambiar petróleo por dinero no es sino la mitad de una operación que se completa cuando, a su vez, ese dinero ha sido cambiado por otra cosa, por otra riqueza. Y allí está, precisamente el mal. Cambiamos petróleo por dinero, y

ese dinero no lo cambiamos por nueva riqueza permanente, sino que lo malbaratamos sin provecho. Los cambiamos por burocracia, por festejos, por gastos de propaganda, por importaciones de lujo, por perfumes de París, sedas de Italia, radios de Norteamérica, pasajes y paseos al exterior, ornamentación, es decir cosas de consumo que no se reproducen, lujo, placer, ruido, humo. Cambiamos petróleo por baratijas.

Y cuando el petróleo disminuya o se acabe al precio de esa riqueza ida, arrastrada, como la tierra vegetal que se llevan las crecientes, el país quedará como fantástico cajón de sastre lleno de las más inútiles y peregrinas baratijas.

Pero no es sólo esto, que ya es bastante grave. Hay todavía otros aspectos peores.

Si lo que el Gobierno de Venezuela estuviera haciendo fuera cambiar la riqueza petrolera por baratijas, ello sería muy lamentable y doloroso, pero en realidad no significaría sino la pérdida de una oportunidad. Se habría perdido la oportunidad de aprovechar el petróleo en beneficio de Venezuela. Pero, en dicho supuesto, Venezuela no habría sufrido ningún mal positivo, sino la ausencia de un bien. Sería como el caso, tan repetido en los apólogos orientales, del pobrecito a quien se le aparece el dios y le ofrece concederle tres deseos. Generalmente los dos primeros deseos se expresan en una forma tan impensada y absurda, que el tercero no sirve sino para restablecer el desengañado ambicioso a su primitivo estado.

Si el Gobierno de Venezuela hubiera cambiado todo el petróleo por harmónicas, faroles de papel y espejitos de botica, Venezuela, como el hombre del apólogo oriental, podría regresar desengañado de las riquezas demasiado

súbitas y transitorias a su anterior situación. Seguir siendo el mismo viejo país de café, cacao y cueros, de vida provinciana y caudillismo paternalista.

Pero es que lo más trágico es que no sólo no se ha sabido hallar una adecuada compensación a la disminución de la riqueza petrolera, sino que la existencia de esa riqueza transitoria, ha desajustado y alterado de un modo profundo e incalculable toda la vida venezolana. Venezuela no tiene posibilidades de regresar a su vida anterior, sino de caer en una catástrofe nacional espantosa y sin precedentes.

Todas las formas de su existencia han sido afectadas y desajustadas por la riqueza petrolera. Todo se ha convertido en petróleo. Y el petróleo se ha convertido para nosotros en todo, menos en riqueza permanente y en seguridad. Desfigurada nuestra vida económica, desfigurada nuestra vida política, desfigurada nuestra vida social.

Tal es la verdadera dimensión de ese tan angustioso problema, de esa otra erosión, que arrastra vertiginosamente con ella todas las bases y las formas de la vida nacional. Comparada con ella, la quema y la tala de los bosques, y la pérdida paulatina del piso vegetal, parece una enfermedad crónica, junto a una aguda dolencia galopante.

Y sin embargo el petróleo no tenía por qué transformarse en una fuente de males para el país. Ha podido incluso ser una mágica ocasión de efectiva prosperidad y de permanente riqueza.

La culpa de que no lo haya sido la tenemos los venezolanos. Y la tienen especialmente quienes gobiernan el país desde la aventura política del 18 de Octubre.

Los efectos malignos del petróleo se han acentuado desde entonces. Es desde entonces cuando ha habido un pleno

y alegre abandono a la ola de la riqueza fácil. Cuando toda la atención se ha centrado, como la de los botarates y pródigos, en obtener más dinero. Más dinero que trocar por baratijas. Petróleo convertido en holgorio político, en festín, en complicada e inútil maquinaria estatal, en gallera de odios políticos, en fiesta patronal pueblerina.

La prueba más evidente y la señal más palpable de esa grave responsabilidad es la de la inflación monetaria, nacida y alimentada de la absurda política financiera del gobierno de Octubre.

Por eso, hasta ahora, aumentar la producción petrolera no significa otra cosa que aumentar los efectos adversos del petróleo en la economía y en la vida toda de Venezuela.

Ya todo en Venezuela es petróleo. No petróleo sembrado y transformado en cosechas y en fábricas, como pudo y debió ser. Sino petróleo desbordado como creciente, que arrastra casas, plantas, ganados.

Petróleo transformado en diluvio de dinero, que corre erosionando la vida venezolana. El valor que tiene el café o el ganado no es valor de café y ganado, sino valor ficticio creado por el petróleo. El salario que recibe el obrero venezolano, no es el valor del trabajo venezolano, sino valor ficticio creado por el petróleo.

Y ese mal lejos de remediarse, cada día se acentúa, cada día crece y amenaza más la existencia misma de la nación.

Pocos son los hombres que parecen darse cuenta de esta espantosa realidad. La que no le merece a Gallegos en su Mensaje otro calificativo que el de satisfactorio.

La otra erosión está comiéndose el tuétano del país mientras alegremente, a la deriva, los hombres de Octubre

no parecen tener tiempo sino para la agitación, el alboroto y el hartazgo de odios.

El mal ya se está comiendo al mismo petróleo. Según el Mensaje presidencial la inflación petrolera desatada por la política fiscal del Gobierno ha desvalorizado el bolívar en más de un cuarenta por ciento.

Eso quiere decir, entre otras cosas de que hablaré otro día, que hay que sacar ahora barril y medio de petróleo de los pozos para comprar baratijas que antes se podían comprar con un barril.

O lo que es lo mismo, o sea la paradójica maldición del despilfarro, que mientras más se produce, que mientras más dinero se tiene es como si se tuviera menos.

La producción petrolera venezolana ha aumentado y esto produce satisfacción a los hombres de Octubre, pero en la realidad de su valor es como si hubiese disminuído en un cuarenta por ciento. Es como si casi la mitad del petróleo que sale de los pozos se convirtiese en humo. Pero todavía les queda la otra mitad para seguirla cambiando por baratijas.

LOS BOLÍVARES DE HIELO

Una de las formas más visibles y graves de esa otra erosión del petróleo que está deformando y destruyendo la vida toda de Venezuela, es la inflación monetaria.

La impericia del Gobierno ha hecho que el incremento de la producción petrolera se convirtiera en esa enfermedad mortal de la inflación monetaria.

Ha habido prisa por convertir el petróleo en dinero y ha habido más prisa aún para lanzar ese dinero a manos

llenas, sin plan, ni concierto. Cada día es más el dinero que corre, que suena, que corrompe, que distrae, que embriaga. Y cada día, fatalmente, el dinero vale menos. Sirve para adquirir menos cosas.

Es como si el bolívar se fuera poniendo más pequeño cada día, como si se estuviera derritiendo continuamente en las manos, como si fuera de hielo y no de otra cosa, y un buen día no fuera a quedar de él sino un poco de agua sucia.

Este bolívar fugaz, que se evapora y desintegra es el mejor símbolo de la absurda política económica del régimen de Octubre. Allí está reflejada con la más atroz de las evidencias toda su irresponsabilidad. Es un régimen que no sólo no ha sabido evitar los males previsibles, sino que los ha desatado y provocado con la más inconcebible ligereza.

No pocos se deben dar cuenta de que se va por un camino de catástrofe. Pero pareciera que lo que importa no es que la base económica de la vida venezolana haya llegado a un extremo de fragilidad suicida, sino que haya cada vez más bolívares fáciles, más petróleo que cambiar por bolívares, más bolívares que cambiar por baratijas. Mantener un ambiente de feria, de aturdimiento, de sueño de Juan Bobo.

La magnitud del mal la acaba de revelar de una manera que llamaremos candorosa el Presidente Gallegos en su Mensaje. Dice allí esta tremenda cosa: que mil quinientos millones de bolívares de la revolución, equivalen a novecientos cincuenta millones de bolívares de la época de López Contreras. O en otras palabras: que para el momento en que él hablaba su Gobierno había llegado a convertir el bolívar en una moneda que había perdido el

cuarenta por ciento de su poder adquisitivo. O, lo que es lo mismo, que para aquel momento cada bolívar había perdido ocho centavos. Y los sigue perdiendo. Se siguen evaporando, derritiendo, hora por hora como hielo.

Esta tremenda revelación de Gallegos, anunciada a secas, sin que aparezca ningún propósito de enmienda ni de remedio, hubiera sido suficiente en cualquier otro país para desatar un pánico, o un movimiento nacional de repulsa al Gobierno que de manera tan flagrante está destruyendo su salud económica.

Pero la mayoría de las gentes parecen darse tan poca cuenta de ello como el mismo Gobierno.

Lo que ha dicho Gallegos significa sencillamente que la situación económica de Venezuela se está agravando continuamente. Que la descontrolada inflación monetaria va inundando todas las formas de la vida nacional. Que todos los valores y las relaciones de cambio han entrado en un sistema ficticio. Que las posibilidades para que Venezuela organice su vida económica sobre bases sólidas y estables, no sólo no se realizan, sino que cada día se hacen más remotas y difíciles.

Ese anuncio significa para la empresa que tiene un millón de bolívares de capital, que en realidad sólo tiene seiscientos mil. Para el que recibe rentas, que de cada cien bolívares, cuarenta se le han desaparecido. Para el obrero a quien le pagan diez bolívares de jornal, que no está ganando más que el que ganaba seis en 1938. Y para el que metió un fuerte en 1938 en su caja de ahorros, es como si se le hubiera convertido en tres bolívares.

Esta pavorizante realidad es el fruto de la política de gastos del Gobierno.

Muchas veces, tratando de justificar lo injustificable, han dicho algunos hombres del presente régimen, que la inflación que padece Venezuela no es sino el inevitable reflejo y repercusión de un fenómeno universal. El país sufre los efectos del desajuste ocasionado por la guerra en la economía mundial.

Por eso importa mucho demostrar que una afirmación tan repetida no es exacta. La responsabilidad fundamental y directa de la inflación venezolana que está creciendo cada día, la tiene la política financiera del Gobierno. Ella es la causa principal y el agente motor de ese espantoso mal.

No es Venezuela una pasiva víctima de una situación internacional. Es el Gobierno de Venezuela el activo autor de la inflación, el fabricante de los bolívares de hielo.

Demostrarlo es muy sencillo. Y quiero hacerlo del modo más simple posible, para que todos puedan entenderlo, y para que todos comprendan la magnitud del daño que se está causando.

El aumento desconsiderado de los gastos fiscales es el aspecto más notable del régimen revolucionario. Esos gastos han crecido y se han multiplicado de una manera inverosímil. Y se han destinado preferentemente a sueldos y salarios, dádivas y préstamos. Es decir se ha convertido rápidamente en dinero de compras. En dinero inflacionario.

El reflejo del aumento de los gastos, en el alza de los precios ha sido instantáneo. Junto con los presupuestos han ido subiendo los precios ficticios de todas las cosas. O, lo que es lo mismo dicho en otros términos, a medida que han crecido los presupuestos el poder adquisitivo del bolívar ha ido disminuyendo. Ahora se está acercando a ser no más que un "realito".

La prueba más evidente de que son los gastos públicos en la forma desatinada en que se vienen haciendo, la causa inmediata y principal de la inflación, la suministra el simple hecho que paso a describir.

Quien consulte los Índices Generales de Precios que elabora y publica el Banco Central de Venezuela, ha de advertir lo siguiente: de 1941 a 1945 los precios que más subieron fueron los de los artículos de importación. Los de los productos nacionales subieron proporcionalmente menos de la mitad que los importados. Esto quiere decir, que durante esos años, que fueron precisamente los del Gobierno de Medina, las causas predominantes del alza de los precios provenían del exterior, eran ajenas a Venezuela y su Gobierno, eran un reflejo de la situación mundial.

Desde 1946 la situación cambia. El gobierno se embarca en una política inflacionaria de gastos crecientes. Y desde entonces ocurre. y así lo revela el Índice de Precios, que el alza de los precios de los productos nacionales sobrepasa proporcionalmente la de los productos importados. Es decir que desde la Revolución de octubre la causa del alza es nacional, está dentro del país, y obedece exclusivamente a la política financiera del gobierno venezolano.

Este simple hecho me parece suficiente para poner las cosas en su punto. El gobierno de Venezuela desde 1946 es el autor de la inflación monetaria, el causante de la desvalorización de la moneda y el conciente o inconciente fabricante de los bolívares de hielo.

Pero lo peor de todo esto es que cuando la magnitud aterradora que alcanza ese mal se le revela a la nación en el propio Mensaje del Presidente, no sólo no se enuncia ningún remedio, no sólo parece pasarse sobre ello como

sobre ascuas, sino que con la más estupenda de las insensateces se proclama que el gobierno está decidido a agravar el mal, a llevar a peores extremos todavía el quebrantamiento de la salud económica de la nación, a desatar aún más las destructoras fuerzas de la inflación.

En ese mensaje Gallegos anuncia que la creciente inflacionaria desatada, lejos de disminuir va a aumentar su fuerza arrasadora en un tercio. Porque, pura y simplemente, en un tercio aumenta el presupuesto nacional (de mil doscientos a mil seiscientos millones) el gobierno cuya primera misión debería ser contener la racha inflacionaria.

Cuando en cualquier país normal todos se estarían preguntando con angustia: ¿Qué va a hacer el gobierno para salvarnos de este mal que nos está matando? En Venezuela, no sólo nadie lo pregunta, sino que el gobierno con la más indiferente ligereza abre más anchas las fuentes del mal y aumenta en un tercio la leña que está alimentando el incendio.

VENEZUELA, LA POBRE

En un mundo sobrepoblado en términos de producción de alimentos, Venezuela no es la excepción, sino un país sobrepoblado en relación con su capacidad de producir alimentos. Este peligroso desequilibrio se está acentuando y puede tender a acentuarse de un modo mucho más grave por la acción de dos factores concomitantes. El primero lo constituye la riqueza petrolera. El dinero petrolero hace que Venezuela pueda crear formas artificiales, enteramente artificiales, de vida y actividad. Industrias artificiales, servicios artificiales. Es decir hechos que no guardan pro-

porción ni relación con la capacidad permanente del país. El dinero petrolero hace que Venezuela pueda crear población artificial. Es decir, población que no guarda proporción con la capacidad de sustentación real de la tierra, sino con la capacidad de sustentación de los dólares petroleros. Y esto está ocurriendo.

El otro factor es la erosión. William Vogt, el jefe de los servicios de conservación de la Unión Panamericana, ha dicho, ya lo he citado en anterior ocasión, que "Venezuela es uno de los países más erosionados de América". La erosión significa que la capacidad de sustentación, que la aptitud de producir alimentos de la tierra venezolana, lejos de aumentar está disminuyendo todos los días. Está disminuyendo violentamente por obra de la acción torpe y destructora del habitante. Los conucos de maíz en las laderas, los desmontes, la destrucción de bosques, la manía de incendiar y quemar, destruyen, de modo definitivo, muchas hectáreas de tierra venezolana todos los años. Se supone que una hectárea de productividad media produce los alimentos necesarios para una persona. Una hectárea perdida por la erosión significa que un habitante de Venezuela ha ingresado en la lista de las personas a quienes el país no puede sustentar. Son millares los que anualmente ingresan en esa lista que nadie lleva, en esa lista de desplazados ecológicos, de gentes sin sitio en la tierra que debía sustentarlos. Nadie los nota porque ya Venezuela no vive de su tierra, sino del petróleo. Esos desplazados ecológicos ingresan automáticamente en la lista creciente de los parásitos del petróleo.

La realidad es que Venezuela no produce hoy alimentos para mucho más de dos millones de habitantes. Eso significa que ya hoy más de la mitad de la población ca-

rece de sustentación nacional. Es población artificial. Y artificial en el más exacto y tremendo sentido. Depende para vivir del petróleo que se va y que se acaba. Si el petróleo se acabara hoy, o perdiera hoy su valor económico, esta tremenda realidad de que hablo se haría trágicamente visible. El problema venezolano sería un problema para la Cruz Roja Internacional. Habría que traer brigadas de socorro extranjeras a repartir sopas y mantas, para que no muriésemos o nos devorásemos mutuamente entre las relucientes banderas de nuestros partidos, rodeados de refrigeradoras vacías, de radios mudas, de automóviles sin gasolina. Ya sabemos que el caso no se ha presentado hoy. El petróleo sigue saliendo y vendiéndose en cantidades cada vez mayores. Pero éste podría ser el caso, aumentado y agravado, dentro de cinco, dentro de diez, dentro de treinta años. Podría ser el caso si no hacemos lo que debemos. Y no lo estamos haciendo.

Venezuela ha sido tradicionalmente tierra pobre. La naturaleza no la dotó abundantemente de ricos suelos vegetales adecuados para la agricultura. Lo que tradicionalmente se ha llamado su zona agrícola se reduce a una pequeña parte de la región montañosa septentrional y a la costa antepuesta. Con la excepción de las tierras bajas del Zulia y del Tuy, y en parte de Lara, el resto son pequeños valles. Laderas donde el cultivo, hecho sin el mínimo de garantías técnicas, significa erosión desenfrenada. Despilfarro de la tierra vegetal. Los llanos no son la pampa argentina. Son no sólo tierra pobre para la agricultura, sino además anegadiza en su mayor y mejor parte. La fabulosa gran sabana es todavía tierra inaccesible. Con lo que se ha malbaratado en la Línea Aeropostal Venezolana se hubieran podido hacer las vías esenciales para su penetración. Pero no se han hecho. Además el resultado de las primeras investigaciones agronómicas realizadas en la Gran Sabana revelan que está lejos de ser tierra de primera clase. No le hemos enseñado mucho al indio que la habita, pero le hemos llevado fósforos y le hemos enseñado a incendiar. Los bosques están siendo destruídos de un modo sistemático.

En esa estrecha y erosionada zona agrícola donde se ha concentrado la población venezolana, nunca ha habido gran riqueza. Acaso con la sola excepción de la segunda mitad del siglo XVIII, cuando una pequeña población nacional de no más de setecientos mil habitantes empezó a cultivar extensivamente los valles de Aragua. El resto del tiempo ha sido de penuria. Sólo cuando de tarde en tarde, por azar de precios mundiales que no por fruto del trabajo, el café o el cacao duplicaban o cuadruplicaban su valor, se levantaban en Caracas y en algunas ciudades del interior las pretenciosas casas de los hacendados azarientamente enriquecidos. Todavía hace cuarenta años un hombre con cincuenta mil pesos se consideraba rico.

Todo cuanto se ha dicho y repetido en Venezuela en la literatura, en la política y hasta en los manuales escolares, sobre la riqueza del país, es mentira. O es sólo verdad, desgraciadamente, en cuanto se refiere al petróleo.

La primera lección de sentido común que todos los venezolanos deberíamos aprender es que Venezuela es un país pobre, un país en que nada debe ser despilfarrado, un país que debe conservar y aprovechar avaramente sus recursos, un país que debe trabajar muy concienzudamente contra las adversidades de su medio natural. Un país que debe vivir, si quiere sobrevivir, con los pies en la tierra y no con la cabeza en las nubes.

En esa Venezuela, pobre en recursos vitales, y pequeña en extensión, que es la más habitada y habitable, la Venezuela de la región montañosa septentrional, donde viven las cuatro quintas partes de su población, está roto hace tiempo el equilibrio entre la producción de alimentos y la población. Según los datos más recientes publicados por la Corporación Venezolana de Fomento (Memoria y Cuenta. Caracas, 1947) no producimos sino un cuarto del arroz que consumimos, un quinto de las oleaginosas, menos de la mitad del azúcar, los dos tercios de la carne, y, normalmente, tres cuartas partes del maíz.

Se hacen esfuerzos por aumentar esa producción. Pero esos esfuerzos no guardan proporción con el aumento de la población, y representan además, en los más de los casos, un aumento de la erosión, es decir una disminución irreparable de los escasos recursos vitales de que disponemos. Nuestra población aumenta por crecimiento vegetativo alrededor de setenta a ochenta mil habitantes por año. Los planes inmigratorios hablan de traer no menos de diez mil personas por año. Sería pues necesario poner en cultivo entre setenta y cien mil hectáreas nuevas por año, para que el déficit de nuestra producción de alimentos no se hiciese más grande. No para disminuirlo. Y si esas hectáreas estuviesen en laderas y en tierras erosionables, esta tentativa de aumentar la producción significaría, como muchos de los más autorizados técnicos mundiales lo creen, que Venezuela va a devorar y destruir rápidamente la propia sustancia de su vida.

La magnitud de la erosión en la zona agrícola de Venezuela es aterradora. Lo han dicho y repetido hombres dignos de todo crédito. Bastaría citar el nombre por tantos títulos respetable de Henri Pittier. Si muchos todavía

no se dan cuenta de esto, muchos en cambio se están percatando forzosamente de uno de sus más manifiestos efectos, la disminución constante del caudal de aguas.

Y es que la verdad es que no sólo está roto el equilibrio entre población y alimentos, sino que está roto también el equilibrio ecológico en Venezuela. Hace ya tiempo que la presión mal dirigida de la población está destruyendo aceleradamente los limitados e irreemplazables recursos vitales que son los únicos que podrían asegurar su subsistencia.

Mientras dure el petróleo podemos cerrar los ojos ante este trágico problema. Pero la verdad es como si con el petróleo nos estuviéramos desangrando. Al paso que vamos no vamos a tener tierra a donde regresar cuando ya el petróleo no pueda sostenernos, cuando ya no pueda pagar los alimentos que traemos de otras partes, toda esa vida artificial dentro de la que andamos como embriagados.

Estos hechos deben meditarlos todos los venezolanos. Deben tenerlos presentes cada vez que se vayan a emborrachar con la palabra futuro. Estos hechos no sólo deben dirigir nuestra política demográfica, sino nuestra política, y hasta la conducta y el pensamiento individual de cada quien. A los niños de las escuelas en lugar de tantos humos de "humanismo democrático", debería enseñárseles una cartilla ecológica. El rostro de la verdadera Venezuela. Sería un seguro de vida.

Dije anteriormente, y ahora lo ratifico: que todo aumento de población que no vaya asociado a un aumento de la producción de alimentos, debe evitarse. Pero ahora debo añadir, de la manera más enfática y clara que pueda, que todo aumento de la producción de alimentos que

incremente la erosión, es sencillamente una desgracia nacional.

Los términos del problema son simples, hay que poner la población a sembrar el petróleo, pero sin que esa siembra signifique aumento de la erosión y empobrecimiento de nuestros recursos naturales.

Hechos simples y concretos que, sin embargo, estamos perdiendo de vista.

EL MINOTAURO

La Grecia clásica supo dramatizar en fascinadores mitos los temas de su historia. Eran experiencia vivida incorporada en formas poéticas. Por eso, los más de ellos, siguen siendo temas del destino del hombre.

De una hora oscura y trágica surgió la ficción del minotauro. De una de esas horas en que el destino de la ciudad parecía perdido para siempre ante la fuerza enemiga. El mito cuenta la amenaza de esa fuerza sobrehumana y el triunfo final del griego. El héroe es el que acomete lo imposible para salvar la ciudad.

Los griegos contaban que Minos, el rey de Cnosa, recibió de Poseidón un toro divino sacado del mar, para sacrificarlo al dios. No cumplió Minos la promesa de sacrificar la hermosa bestia, y Poseidón, colérico, hizo que Pasifae la reina concibiera una pasión bestial. De los amores infrahumanos de Pasifae con el toro nació el minotauro. Un monstruo de cuerpo humano y cuello y cabeza de toro. Un monstruo espantable, devorador de vidas humanas. El monstruo que nace siempre de la violación del mandato divino y de la regla natural.

El minotauro fué encerrado en el laberinto fabuloso,

y para alimentarlo Minos impuso a los atenienses el tributo periódico de siete mancebos y siete doncellas.

El cruento tributo duró hasta que vino el héroe. Teseo el hercúleo penetró en el laberinto. En el laberinto vive el minotauro. Supo Teseo entrar, vencer y salir. Por esa hazaña vive en un hermoso mito en la memoria de los hombres.

Yo no sé si dentro de unos siglos, la Venezuela que pueda sobrevivir a esta trágica prueba, dará los poetas necesarios para crear un nuevo mito con el recuerdo de su trágico presente. Porque la Venezuela de hoy tiene su minotauro histórico, el hecho cierto de trágica sustancia mítica. Lo que no tiene, y no parece que va a tener es ese Teseo del certero destino heroico. Tampoco bastaría un Teseo, sino una legión de Teseos, una legión teseica que se decidiera a emprender el grande e inaplazable combate de vida o muerte.

El minotauro de Venezuela es el petróleo. Monstruo sobrehumano, de ilimitado poder destructor, encerrado en el fondo de su laberinto inaccesible, que está devorando todos los días, algo que es tanto como sangre humana, la sustancia vital de todo un pueblo. Es como si estuviera sorbiendo la sangre de la vida y dejando en su lugar una lujosa y transitoria apariencia hueca.

El petróleo se ha convertido en un minotauro, en un monstruo devorador, para Venezuela, por la culpa de los venezolanos. El monstruo que nace siempre de la violación del mandato divino y de la regla natural. Como el minotauro.

Hasta hace treinta años tuvimos un país pobre, que seguía un lento proceso de crecimiento. Un país de cultivadores y de guerrilleros, aislado del mundo, sin comuni-

caciones interiores, entregado a una lenta vida provincial y limitada. Pocos augurios había de un risueño porvenir. Pocos también de una trágica catástrofe que pudiera hacerlo desaparecer. El presupuesto nacional apenas pasaba de los cien millones de bolívares, se vivía de lo que se producía, las gentes adineradas andaban en coches de caballos producidos en el país, el hielo era un lujo desconocido, la leche se ordeñaba a las puertas de las casas, toda la importación no alcanzaba al centenar de millones, un alto empleado ganaba quinientos bolívares al mes.

Pero vino el petróleo, el toro regalado por el divino Poseidón. Y no quisimos cumplir la promesa. Incorporar el petróleo a nuestra vida y no nuestra vida al petróleo. Hacer de aquel regalo un incentivo para el desarrollo de la riqueza propia, y no abandonar la riqueza propia para gozar del regalo. Donde había una vaca haber puesto dos. Donde había un erial haber puesto una sementera. Donde había una vereda haber puesto un camino. Donde había un torrente haber puesto un canal. Multiplicar los animales, los granos, las flores. Haber hecho al trabajo más productivo y más hermoso. Todo eso era la promesa. Convertir la riqueza transitoria del petróleo en riqueza permanente de la nación.

Era la promesa, pero la violamos. En lugar de hacer del petróleo el maravilloso apoyo para el más rápido y seguro desarrollo de la riqueza nacional, hicimos de él un monstruo. Un trágico minotauro dentro de un laberinto inextricable. No nos ocupamos de crear riqueza propia, sino de disfrutar de la riqueza petrolera, convertir lo más rápidamente el petrólco en bolívares, para a su vez convertir aún más rápidamente esos bolívares petroleros en objetos de lujo, en disfrute y hasta en alimentos.

La producción venezolana no aumentó. Por el contrario algunos renglones disminuyeron. Pero en cambio el presupuesto de la nación subió hasta acercarse hoy a los dos mil millones por año. Veinte veces lo que era antes. Doscientas veces lo que era el presupuesto al separarse el país de la Gran Colombia. Las importaciones suben. Alcanzaban a cincuenta millones en 1906, llegan a trescientos millones en 1938, y hoy deben pasar de mil millones de bolívares por año. Importamos granos, importamos leche, importamos carne, importamos telas, importamos frutas, importamos huevos, importamos pan. Importamos casi todo lo que estamos necesitando para vivir. Lo único que ha aumentado en nuestra tierra son los bolívares petroleros y las importaciones. Los bolívares como cada día son más, cada día compran menos. El minotauro ha provocado la inflación. Le ha sacado su sustancia al bolívar. Cada día vale menos. Se derrite en las manos. Es como si fuera una moneda de hielo que se vuelve agua. Los bolívares del minotauro son de hielo.

La producción venezolana no aumentó. Pero en cambio los costos de esa producción sí aumentaron. Todos los costos de nuestra producción están por sobre el nivel de los costos mundiales. La más alta calidad del más fino café de Colombia es más barato que nuestra pasilla. Nuestro maíz, nuestra azúcar, nuestro arroz, nuestra carne están muy por encima de los precios que se cotizan en los mercados mundiales. Esto significa que no podemos venderle nada a nadie, y que todo nos resulta más barato importándolo. Más barato es traer el arroz del Ecuador, más barato es traer el maíz de la Argentina. No podemos exportar sino petróleo y abigarradas caravanas diplomáticas.

Si pudiéramos hacer abstracción del petróleo, nos en-

contraríamos que el país está más pobre de lo que era antes de que lo tuviéramos. Producimos menos. Son mayores los obstáculos para producir. Ha disminuído nuestra aptitud para producir riquezas. No sólo hemos adquirido los hábitos, sino hasta la mentalidad del parásito. Nadie es más pobre que un parásito. Nada tiene. Su porvenir pertenece al ser que lo nutre.

Mientras nuestra realidad se va depauperando, haciéndose cada vez más artificial y dependiente. Mientras todo se convierte en petróleo. Mientras todo no es sino petróleo con otras apariencias, la desproporción mortal sigue creciendo. Cada día, en términos de lo propio estamos más pobres y más exhaustos, y el minotauro crece dentro de su laberinto. Se le siente el pujante aliento devorador. Crece, producirá más bolívares, provocará más importaciones, más inflación, más despilfarro, más desnivel, devorará más. No siete doncellas y siete mancebos. Sino la sustancia vital con la que una tierra puede sostener todas sus doncellas y todos sus mancebos.

Crece el minotauro. Hace pocos días los periódicos publicaron esta noticia: "La producción de petróleo de Venezuela durante el primer semestre de 1948 ha experimentado un aumento cercano al quince por ciento sobre la producción en igual período de 1947".

Y mientras el minotauro crece amenazante nada estamos haciendo por luchar contra él y vencerlo. Por matar al monstruo devorador y poner en su sitio el manadero de una riqueza permanente y de una vida estable.

A la puerta del laberinto disputamos sobre teorías políticas, cantamos canciones, hacemos desfiles, invocamos grandes y hueras palabras. Pero allí está el minotauro devorando.

Nada estamos haciendo por enfrentarlo y vencerlo. Parecemos ignorar el destino. No hay ni señales de que vayamos a organizarnos en teseica legión para luchar por la salvación de lo que no es nada menos que la vida de nuestro pueblo.

A la hora en que deberíamos estar planeando la hazaña teseica, serenos, resignados, heroicos, andamos jugando a la política, pavoneando nuestro pequeño orgullo, atizando nuestros mezquinos odios.

Junto a esta gran cuestión de vida o muerte, todo lo demás no sólo debería ser secundario, sino pospuesto.

Los que vengan mañana, cuando la obra de destrucción esté consumada, no tendrán sino motivos para maldecirnos.

LA NACIÓN FINGIDA

Construída con petróleo transitorio se alza en Venezuela una nación fingida. De calidad tan transitoria como el petróleo con que está construída su apariencia. No más verdadera que una decoración de teatro.

Es como si con el dinero abundante y transitorio del petróleo hubiéramos levantado sobre la fisonomía de la verdadera Venezuela costosos telones, efectos de cartón y reflectores, panoramas de brocha sobre papel que van a deshacerse pronto a la intemperie. Por sus huecos y desgarrones, cuando pase el maná petrolero, volverá a asomar trágica la Venezuela verdadera, la pobre, la que olvidamos oculta por la bambalina pintada.

El petróleo no nos ha servido para transformar la nación real sino para disfrazarla. Es como el caso de esos amigos ricos que invitan al amigo pobre a una costosa

orgía, lo emborrachan, lo deslumbran, y al día siguiente lo vuelven a regresar a su pobreza. Una pobreza que va a saberles peor que antes. Hemos disfrazado con dinero petrolero la verdadera Venezuela y nos hemos contentado con levantar a mucho gasto la apariencia de una nación fingida.

La nación real, la Venezuela verdadera, sigue siendo la misma debajo de las vanas decoraciones brillantes, debajo de las construcciones de cartón. Hay que repetirlo porque es la verdad más importante para nuestra hora. Por debajo del oropel petrolero, de la balumba de baratijas costosas que compramos con petróleo, la verdadera Venezuela sigue siendo tan pobre como antes del petróleo. La verdad es que es más pobre todavía, porque antes del petróleo había un equilibrio entre su vida y su pobreza, y ese equilibrio está hoy en día roto de un modo irremediable. Hay una insalvable distancia entre la pobreza inalterada de la verdadera Venezuela, y el alto nivel de vida artificial que hoy estamos teniendo gracias al petróleo.

No hay exageración en decir que hemos utilizado el petróleo para construir una nación fingida. La apariencia de una nación. Todo lo exterior, vistoso y resonante, sin nada de lo interior, sólido y verdadero. No hemos utilizado el petróleo para aumentar nuestra riqueza permanente, sino para gastarlo en fruición, goce, despliegue, comodidad, apariencia.

La Venezuela verdadera es sustancialmente la misma nación pobre de 1906. Una nación de bajo nivel de vida, poblada por dos millones de habitantes, dedicados a la agricultura y a unas pocas industrias extractivas, que vivía en modestia casi pobre de lo que producía, del maíz, las caraotas, los plátanos y la carne, que exportaba café, ca-

cao, pieles y otros productos por valor de unos veinte millones de dólares, y con esos dólares pagaba las limitadas importaciones que podía hacer.

Esa situación descrita no ha cambiado. Seguimos produciendo los alimentos esenciales para no más de dos millones de habitantes. Seguimos exportando productos nacionales por no más de veinte millones de dólares. Y sin embargo el Estado gasta más de dos mil millones de bolívares al año, importamos más de mil millones de bolívares anuales en toda clase de mercancías especialmente de lujo. En la más modesta casa hay una radio y una refrigeradora. Los lujosos automóviles no caben en las calles de Caracas.

Lo que pasa es que, no habiendo cambiado la capacidad real de producir riquezas de la nación, no habiéndose modificado la verdadera base de su economía, el petróleo, el transitorio petróleo, como un dinero llovido del cielo nos ha permitido todos estos lujos. En el fondo somos como un hombre que vive de prestado. Nuestra capacidad de producir riquezas no se ha modificado para permitirnos pasar más allá del plato de caraotas, la alpargata y el caballo de silla, pero el maná petrolero nos permite olvidarnos de eso, no ver la realidad, y construir rascacielos, volar "Constellations", y comer huevos americanos, carne argentina, azúcar cubana, frijoles antillanos. Todo eso es artificial, porque todo eso no es sino un don transitorio del petróleo transitorio. Artificial porque no hemos sabido transformarlo paulatinamente en realidad permanente del país. No sólo artificial, sino más artificial todos los días. La política petrolera del actual régimen, cuyo efecto más visible es la inflación interior, no ha hecho sino agudizar el carácter artificial de la vida económica venezolana. El

actual régimen con su política económica y administrativa ha sido el más eficaz constructor de la nación fingida.

Para poner a la vista la condición artificial de nuestra vida actual bastan pocos rasgos. Pocos rasgos que es fácil advertir y que yo quisiera gravar en la mente de todos los venezolanos. El primero es que nuestra capacidad productiva propia, que es la única riqueza estable sobre la que se puede fundar una nación sólida y verdadera, no ha aumentado sensiblemente desde la época en que no teníamos petróleo. El segundo es que la riqueza petrolera y la política financiera del gobierno combinados han creado en Venezuela un fenómeno peculiar que se refleja en el siguiente hecho: inflación interior con altos precios y bajo poder adquisitivo de la moneda, y abundancia de divisas baratas con alto poder adquisitivo exterior. Es decir un plano inclinado que lleva a no producir nada y a comprar en el exterior con petróleo todo lo que necesitamos para mantener un nivel de vida artificial. El tercero de los hechos es que el petróleo no es una riqueza permanente y reproductiva, sino un capital que estamos consumiendo sin reproducir. Una riqueza transitoria. Un bienestar prestado y fugitivo. Amenazado no sólo por la segura posibilidad de su extinción en un futuro, sino también por la probable ocurrencia de que nuestros crecientes costos hagan antieconómica la producción de petróleo, como ya han hecho antieconómica la producción de los demás bienes; o de que se lleve a cabo el ya anunciado plan de producir petróleo sintético del carbón en gran escala en los Estados Unidos, o por último, de que se comienza a utilizar con fines industriales la energía atómica, lo que las mayores autoridades científicas creen posible en un lapso no mayor de veinticinco años.

El hecho final, que quiero destacar y que los resume a todos, es que el petróleo sustenta hoy la casi totalidad de la vida venezolana. Ha enterrado bajo apariencias de riqueza la Venezuela verdadera. Y dependemos de él de la manera más absoluta y trágica. Un solo hecho servirá para pintar la magnitud de esta dependencia. En el sentido más material de la palabra vivimos de la importación. Importamos casi todo lo que necesitamos para vivir. Si la importación se detuviese no tendríamos ni con qué vestirnos, ni con qué comer, ni con qué transportarnos, ni con qué curarnos. Pues bien, el año de 1947 Venezuela gastó 464 millones de dólares para pagar principalmente importaciones. Esos 464 millones de dólares provenían de 442 millones de dólares aportados al mercado por las compañías petroleras y 22 millones producidos por la exportación propia y todas las demás actividades económicas venezolanas. Nuestra vida se financió en 1947 en un noventicinco por ciento con transitoria riqueza petrolera, y en un cinco por ciento con la exigua riqueza permanente de la verdadera Venezuela.

Podríamos decir, sobre la base de 1947, que en una proporción del noventicinco por ciento éramos una nación artificial, un país que vive de una regalía. Y esta verdad sería lo suficientemente dantesca para conmover a los más alegres participantes de ese festín de Baltasar que pagado con petróleo está tendido a todo lo largo de Venezuela.

Pero es que la realidad es todavía peor. No sólo somos en un noventicinco por ciento de nuestra actividad una nación fingida. También ese restante cinco por ciento de la verdadera Venezuela, de la pobre Venezuela, está desnaturalizado. No es una nación artificial que se ha superpuesto a una nación real, es una actividad transitoria

absorbente que ha hecho artificial la existencia toda de la nación.

Basta pasar revista a los hechos más salientes para comprenderlo.

Toda nuestra agricultura es hoy artificial. Las caraotas y el maíz son tan artificiales como los aviones de la Línea Aeropostal. Son artificiales porque sus costos son artificiales. No están determinados por los costos mundiales. Suben por el capricho de quienes controlan el dispendio de la riqueza petrolera convertida en bolívares. No puede ser maíz lo que se vende a cuarenta bolívares. Nadie en el mundo compra maíz a ese precio. Es un producto artificial hecho para un mercado artificial, sostenido, como la bola de un prestidigitador, sobre un chorro de petróleo.

La industria es también artificial. Nuestros costos crecientes sobrepasan como torres los costos mundiales. Son industrias artificiales, que a precios artificiales que nada tienen que ver con el mecanismo de la economía mundial, venden para un mercado artificial cuyo poder adquisitivo no se deriva de su capacidad propia de trabajo y producción sino del dinero petrolero que pone en manos de los consumidores un Estado pródigo.

La población es también tan artificial como su poder adquisitivo. En artificiales actividades de importación o de servicios crece una población que está en desequilibrio creciente con la capacidad efectiva actual de producción y de sustentación de la tierra venezolana.

El Estado es también artificial. Toda esa densa y costosa burocracia, todos esos múltiples y aparatosos servicios, no dependen ni de una riqueza fiscal sólida ni de necesidades efectivas de la nación. La verdadera capacidad de producir riquezas de la nación no da para mucho más de un

presupuesto de gastos como el que teníamos en 1906. Un presupuesto a lo sumo de ciento cincuenta millones de bolívares. Lo que gastamos hoy en cualquier Ministerio. Esos dos mil millones de bolívares que el Estado despilfarra hoy son artificiales. Es un chorro transitorio de bolívares que pasa sin detenerse, como un inmenso chorro de petróleo que estuviese abierto sobre el territorio venezolano corriendo torrentosamente hacia el mar.

Somos cada día más una nación fingida. Nada de lo que tenemos tiene existencia y asiento real.

Esta es la gran cuestión, la única cuestión, la cuestión de vida o muerte que el destino ha planteado a los venezolanos de hoy. Hacer con el petróleo una nación real.

No disputar de bizantinismos, no embriagarnos de palabras vacías entre las bambalinas y los telones de esta nación fingida que estamos levantando.

Junto a ésto, qué mezquino, qué pequeño, qué trágicamente descaminado, resulta el pintoresco debate político en que los hombres de la hora tienen engolfado al país.

Cuando la hora sería del despertar, del destruir mentiras, de la unidad de acción y de una bolivariana salvación de la nación.

LA CRISIS VENEZOLANA

Los violentos cambios políticos que Venezuela ha experimentado en poco más de tres años, son los síntomas exteriores y visibles de una compleja situación interna. Variadas causas y diversas fuerzas actúan sobre el conglomerado social determinando esas bruscas alteraciones. Conocerlas, determinarlas, pesarlas, es la inaplazable tarea que los venezolanos preocupados por el futuro pueden tener hoy.

No sólo sería ingenuo, sino hasta anacrónico, pensar que ese agitado proceso estuviera confinado a lo que podríamos llamar el mundo de la política. A ese vago sector al que suelen aludir despectivamente muchos venezolanos, cuando afirman, con espantable inconsciencia; "yo no soy político". Si las recientes conmociones del país tuvieran por única causa la ambición de poder de unos cuantos hombres y la intemperancia verbal de unos cuantos demagogos, estarían muy lejos de constituir un problema. El ambicioso de poder, ni el demagogo, pueden lograr sus fines por sí solos; como las bacterias necesitan un medio favorable, requieren circunstancias y hechos que les den sentido y resonancia a sus palabras. Cuando esas circunstancias existen el ambicioso y el demagogo tienen ancho campo para prosperar. Cuando esas circunstancias faltan tienen que perecer o que llevar una vida raquítica como la planta en mala tierra.

Para entender la situación venezolana con ánimo de hallar las fuentes de sus perturbaciones y los medios de aliviarlas, hay que abarcarla en todos sus aspectos, analizar y sopesar los unos y los otros, sin limitarse a lo más superficial y visible.

Yo no pretendo exonerar con ésto a los políticos y a los demagogos de las tremendas responsabilidades que hayan contraído. En ciertas ocasiones, las acciones u omisiones de individuos colocados en altas posiciones, son decisivas para contrarrestar o desatar los males existentes en un país. Pueden ellos más que nadie en el sentido del bien o del mal Pueden encaminar o desviar Pero no son los únicos autores y a veces, ni siquiera los principales de los grandes y oscuros hechos colectivos.

Con esto quiero decir que, aunque la esfera de lo mera-

mente político tiene su parte muy importante en los acontecimientos nacionales de los últimos años, limitarse a ella es condenarse al error y a no ver claro.

Lo de Venezuela, hay que repetirlo, es una crisis. O una serie de crisis. Cambios violentos y espasmódicos de un organismo social sometido a un vasto proceso de transformación. Ese proceso se refleja en la política, donde es más llamativo y dramático, pero aparece también con no menor fuerza en todos los otros aspectos de la vida social.

Es fácil advertir que Venezuela en los últimos años ha estado atravesando un agudo período de fermentación política. Pero este hecho considerado aisladamente pierde su verdadera significación. En cambio lo comprendemos más claro cuando lo relacionamos con otros hechos no menos impresionantes y coetáneos.

Recordemos, por ejemplo, que también en los últimos años en un Presupuesto de Betancourt se gastó más que en cuatro de Medina; que en un Presupuesto de Medina se gastó casi lo que en dos de López Contreras; y que en otro de López Contreras se gastó el triple de los más de Gómez y el séxtuplo de los de Castro. Grandes y significativas transformaciones.

Recuérdese que en los últimos años el valor de los terrenos en el centro de Caracas ha subido más de veinte veces, mientras el café y el cacao, con ligeras fluctuaciones, se han mantenido dentro de los precios que tenían hace treinta años; que en los últimos años los braceros en los campos de petróleo han llegado a ganar diez y veinte veces lo que hasta hace poco era el salario de un peón agrícola.

Piénsese que mientras la inmensa mayoría de los venezolanos sigue viviendo en la pobreza tradicional con ingresos individuales que oscilan alrededor de quinientos bolí-

vares por año, ha aumentado velozmente el número de los millonarios, ruedan por las calles cerca de cuarenta mil automóviles y las principales ciudades se llenan de rascacielos y suntuosos edificios.

Todo esto revela una transformación rápida, poderosa, desbordada y en mucha parte anormal. Una transformación que no sólo toca en la política, sino en la actividad económica y en la estructura social. El agente que provoca todas esas transformaciones sorprendentes es, sin duda, el principal autor de esa situación de crisis que ha venido experimentando la vida venezolana y que se refleja en los más de sus aspectos. Ese agente es el petróleo.

Mientras no se entienda así, mientras no se mire así todo el proceso actual de la vida venezolana, no habrá manera de explicar sus sacudidas, ni posibilidad de remediarlos.

El petróleo ha irrumpido en medio de la existencia de una nación atrasada, pobre y débil. Esa irrupción unilateral de riqueza ha desarticulado la existencia venezolana. La ha desarticulado y cambiado en mil formas. Pero entre sus más inquietantes consecuencias están estas dos: ha hecho imposible el regreso a lo que antes éramos; y no ha creado las posibilidades de que continuemos siendo lo que ahora somos.

Muchos de los efectos del petróleo han sido más visibles. Ya las más de las gentes saben que la vida nacional depende por entero de él. Ya casi todos saben que el poder del Estado ha crecido desmesuradamente porque el Estado es el mayor intermediario entre la riqueza petrolera y los venezolanos y el mayor dispensador de sus beneficios monetarios.

Otros muchos, desde hace tiempo, se han percatado de

la influencia negativa que ha ejercido sobre la producción nacional. Ya no es secreto para nadie que la causa más activa del crecimiento desorbitado de los costos de la producción nacional es el petróleo. Ya muchos saben que el petróleo es la fuente que alimenta la inflación monetaria que ha venido padeciendo el país. Y que mientras los costos interiores suben desproporcionadamente por sobre los niveles mundiales, la abundancia de divisas petroleras baratas hace de Venezuela un paraíso de importadores y un infierno de exportadores.

Todo esto tiene su raíz en el petróleo. Añadamos sin embargo que el petróleo sólo no hubiera sido capaz de producirlo, sin la poderosa ayuda de la incomprensión de muchos dirigentes nacionales, y de la falta de ilustración de la opinión pública sobre estas primordiales materias.

Pero hay otros efectos del petróleo que todavía no se ven con la suficiente claridad. Entre esos efectos los más graves son el de la acentuación de la desigualdad económica en la sociedad venezolana; y el de la inestabilidad.

Hoy hay más distancia entre los ricos y los pobres de Venezuela de la que hubo en ninguna otra época pasada. Es decir hay una más grave desigualdad social.

Hay también más espíritu de imprevisión y de aventura. Más beneficios del azar. Más espíritu de cazador de oportunidades. Más ambiente de lotería. Es decir, más inestabilidad.

Todo esto se ha estado reflejando agudamente en la vida política. Pero no reside en ella. Aun cuando en ella reside la más importante posibilidad de corrección y defensa.

Entenderlo así es hacer mayores las posibilidades del remedio. Es comenzar a mirar en su conjunto el fenómeno

que nos envuelve y nos amenaza a todos, políticos y no políticos. Y ya sería empezar a entenderlo así el hablar menos de "revoluciones" y el pensar más en el complejo fenómeno de la crisis venezolana que, entre otros efectos, las ha provocado.

LOS PRIVILEGIADOS DEL PETRÓLEO

El crecimiento del poder económico, social y político del Estado; la inestabilidad manifiesta de las instituciones políticas y jurídicas; y la acentuación de la desigualdad económica entre las clases sociales, son algunos de los rasgos más salientes de la vida venezolana en los últimos años. Saltan a los ojos del más lerdo observador de nuestra reciente historia. Y se alzan impresionantes sobre el panorama del presente y del porvenir del país.

Lo primero que importa tener presente para comprenderlos, explicarlos y hallarles una solución es que no son hechos aislados, fenómenos inconexos provocados por distintas y propias circunstancias. Son, por el contrario, manifestaciones íntimamente conexionadas de un solo y único fenómeno, de un mismo proceso que los engendra y determina. Ese proceso central, determinante, matriz y fuente de todos los otros está constituído por la aparición y el crecimiento rápido y desproporcionado de la riqueza petrolera en el medio venezolano. La riqueza más dinámica, tecnificada e internacional del mundo, en un medio débil, atrasado y sin resistencia orgánica, ni poder de absorción. Esa, y no otra, es la raíz de la que podemos llamar la crisis venezolana. Ella es la que provoca esas otras manifestaciones exteriores y espectaculares, que parecen retener, desgraciadamente, toda la atención nacional.

A poco de observar objetivamente la realidad de nuestro proceso veremos con impresionante evidencia cómo todo deriva de aquella fuente y cómo mientras el fluir de esa fuente no se modifique favorablemente, las consecuencias inmediatas o remotas no podrán ser modificadas aisladamente.

El crecimiento impresionante del poder del Estado en Venezuela va paralelo con el desarrollo de la riqueza petrolera. Un Estado cada vez más rico ha sido un Estado cada vez más poderoso e incontrolable en un país pobre y sin resistencia. Las consecuencias políticas de semejante situación son obvias. La existencia de un Estado tan poderoso en un medio subordinado y débil, tiende a desvirtuar las instituciones y a crear condiciones adversas para la efectiva existencia de un sistema político de frenos y contrapesos, que es la esencia de la democracia.

Y así como el petróleo determina el crecimiento del poder del Estado, con tantas y tan importantes consecuencias, así también determina la creciente y amenazadora desigualdad, y alimenta las raíces de la inestabilidad política.

Para verlo basta seguirle el camino al dinero petrolero. Siguiéndole el curso como a un río lo veremos rodar creando y modificando las condiciones del campo que atraviesa. Río de riqueza torrentosa que pasa inundando campos, arrastrando árboles, llevándose la tierra vegetal de un terreno a otro, alterando el relieve del suelo y hasta la fisonomía del paisaje. La vida circundante se asocia a él en todas sus formas: en creación, en modificación, en destrucción.

El río de la riqueza petrolera brota de una sola fuente: la actividad de las empresas explotadoras. Y brota con todo su caudal desde el primer momento. Las empresas petroleras aportan anualmente a Venezuela una cantidad de dinero, para atender al pago de los impuestos y obligaciones contraídas con el Estado venezolano, y para cubrir los gastos de su explotación: adquisiciones, salarios, remuneraciones, servicios, etc.

Ese dinero pasa a manos de una minoría. Los pagos que hacen directamente las empresas van a manos de sus obreros, empleados y profesionales. En total, alrededor de sesenta mil personas que reciben los más altos salarios que se pagan en el país, las prestaciones más completas, las mejores condiciones de trabajo y los más altos sueldos y honorarios. Obreros, oficinistas, técnicos, profesionales, que constituyen una minoría económica y socialmente privilegiada.

La realidad es que constituyen un número de personas no mayor que la población de Valencia, por ejemplo, con relación al resto de Venezuela, y que disfrutan de condiciones y de ventajas que están absolutamente fuera del alcance y de las posibilidades de la inmensa mayoría que constituye el resto.

¿Qué profundas transformaciones económicas serían necesarias para que el peón ganadero de Apure, o el pescador de la costa de Paria, o el triguero de Bailadores, llegaran a tener una casa semejante a la que el obrero tiene en el campamento petrolero, y un hospital moderno y servicios médicos efectivos al alcance de sus pasos, y seguro social y educación para sus hijos? La distancia es grande y fácil de apreciar. Para que semejante ilusión fuera posible sería necesario que la cría de ganados en el Llano, o la

pesca en el Caribe, o la siembra de trigo en los Andes, se volviesen el campo de empresas económicas tan poderosas, modernas y ricas como las que explotan el petróleo. Y que para esos productos se crease un mercado mundial tan vasto y ávido como el que absorbe los productos del petróleo.

Esto significa que ello no será posible, y que la desigualdad entre la minoría petrolera y la mayoría nacional nunca podrá ser enteramente colmada por el progreso económico de la mayoría nacional.

Los pagos que por su parte hace el Estado van también a otra minoría. Sin duda más extensa y variada que la de los obreros y empleados petroleros, pero también minoría con relación a la dimensión social de la nación.

El Estado distribuye el dinero petrolero por medio del Presupuesto. Por medio de las partidas de gastos del Presupuesto ese dinero va a las manos de obreros de obras públicas y de dependencias oficiales. Estos obreros, aunque situados en un nivel inferior al de los petroleros, reciben salarios y prestaciones que, en general, no están al alcance del peón agrícola y del artesano del interior. Luego están los empleados públicos, y los que derivan beneficios de contratos y servicios del Estado. Esta también es una minoría.

El Estado también distribuye una parte de sus ingresos en fomentar la vida económica privada, en subsidios a industrias, créditos a la producción, y ayudas y primas a la exportación. Esta forma de inversión es la que virtualmente podría alcanzar a un mayor número de venezolanos y la única que tiene la posibilidad de introducir modificaciones importantes en el cuadro desolador de nuestra dependencia del petróleo.

El dinero que va a las manos de esa minoría privile-

giada se invierte en Caracas, en tres o cuatro ciudades del interior y en los campos petroleros. Se invierte principalmente en bienes de consumo y en servicios. Y en residencias urbanas. Poco es el que se reinvierte, por medio del ahorro, en producción y en desarrollo del organismo económico nacional.

Ese dinero petrolero invertido en esa forma concentrada viene a beneficiar finalmente a los comerciantes importadores, al Estado por medio de los impuestos a la importación y a la venta, a los profesionales que prestan sus servicios al Estado, a las empresas, y a las minorías dependientes de esas dos entidades; y finalmente a los especuladores en terrenos urbanos y en precios de inflación. Alza inflacionaria que favorece la formación de rápidas fortunas en especulación, y que es una consecuencia monetaria directa del crecimiento de la riqueza petrolera.

Todos estos que hemos venido enumerando constituyen la minoría privilegiada del petróleo. Superpuesta a la mayoría venezolana cuya vida, cuyos medios, cuyas posibilidades, han cambiado muy poco con el auge del petróleo.

Esta minoría de consumidores privilegiados, que disponen de servicios y de recursos, son los que constituyen y pueblan esa Venezuela artificial petrolera que se ha superpuesto a la Venezuela pobre, agrícola y tradicional. Es decir, una minoría que vive en modernas casas, que trabaja en rascacielos con aire acondicionado, que viaja en aviones y lujosos automóviles, que se cura en clínicas ultramodernas, que consume los más delicados y costosos alimentos que pueden importarse; y una mayoría de alpargata y rancho de paja que come de lo poco que siembra o pesca o caza. Una minoría que vive como en el Nueva

York del siglo XX, y una mayoría que sigue viviendo como en la Burburata del siglo XVI.

Esas dos Venezuelas: la artificial y la real, la petrolera y la agro-pecuaria, la moderna y la tradicional, la rica y la pobre, la fingida y la verdadera, la transitoria y la permanente, son la manifestación del grado extremo de desigualdad económica y social a que ha llevado a Venezuela la expansión súbita, sin control y sin dirección de la riqueza petrolera.

Así vemos cómo esa amenazadora desigualdad, que tantas estrechas conexiones tiene con la inestabilidad política, no es sino una de las manifestaciones de la crisis venezolana, de ese terrible proceso alterador, que, en definitiva, mana de los pozos petroleros.

EL PETRÓLEO Y LA INESTABILIDAD

El poder creciente del Estado venezolano, derivado de la riqueza petrolera creciente que administra, lo convierte en un ente superior y en mucha parte independiente del medio social y económico nacional. Lo independiza de las instituciones y lo hace más fuerte que los controles legales. Lo lleva a convertirse de hecho en un árbitro incontrolable de la vida nacional.

Esta condición evidente constituye uno de los más graves obstáculos para la implantación de un régimen verdaderamente democrático en Venezuela. Tiende a desnaturalizarlo y a hacerlo nugatorio.

La riqueza petrolera fomenta igualmente un grave estado de desigualdad social. Mayorías pobres, sin fe en el trabajo, y sin gusto por el género de vida a que están limi-

tadas, frente a minorías favorecidas por la riqueza petrolera en forma azarienta, mágica y deslumbrante.

El desproporcionado crecimiento del poder del Estado y la acentuación dramática de la desigualdad social son causas activas y directas de inestabilidad. Directamente conexionadas con los efectos económicos, éstas son las más visibles consecuencias sociales y políticas del petróleo.

Es como si con el espeso y negro petróleo que mana del suelo y rueda por las gruesas arterias metálicas de los oleoductos surgiera a la vez otra substancia invisible que engendra la dependencia, la desigualdad y la inestabilidad. Que las engendra, hay que decirlo, porque encuentra un medio favorable para su desarrollo.

La forma más palpable de esa inestabilidad es la del desarraigo. La Venezuela petrolera artificial, concentrada en Caracas, la media docena de ciudades principales y los campos petroleros, es una especie de tierra prometida hacia la que quiere marcharse la densa y oscura muchedumbre, tribu en el desierto, de la Venezuela real. Basta consultar las estadísticas demográficas para ver cómo el fenómeno se acentúa. Las migraciones internas de la población venezolana han ido creciendo con el petróleo. A cada nuevo censo el porcentaje de los que abandonan sus regiones de origen es mayor. Son campesinos que dejan la tierra y creen dejar la pobreza en busca de las oportunidades petroleras.

Algunas pocas ciudades crecen desmesuradamente. Las ciudades y las regiones dispensadoras del dinero petrolero. Crecen no en proporción del crecimiento de la población venezolana, sino en proporción del crecimiento de la riqueza petrolera. Caracas es un impresionante ejemplo. En todo el siglo XIX (siglo agro-pecuario y de la Venezuela real) su población apenas se duplica. El centro de la ciudad no

cambia. Las casas buenas son las mismas casas coloniales concentradas alrededor de la Plaza Bolívar. En cambio en los treinta años de la explotación petrolera su población triplica, su perímetro se extiende a todo el valle, el aspecto de sus edificaciones cambia radicalmente. A cada nueva noche hay más luces en los cerros circundantes. Las gentes habitan debajo de los puentes. Es la Venezuela real que llega y acampa ansiosa en busca del holgorio de la Venezuela fingida.

Y no sólo es ese nomadismo físico que lleva al campesino en núcleos crecientes hacia la ciudad petrolera. Esa sería la que pudiéramos llamar la inestabilidad horizontal, el simple rodar buscando otra luz y otro ambiente. Es que también hay la otra inestabilidad y el otro desarraigo. La que pudiéramos llamar vertical. La que le quita sosiego al hombre dentro de su estamento social, la que le hace poner las esperanzas en algo que no es el trabajo.

Todos miran los signos exteriores de una riqueza fácil y creciente. Automóviles, hermosas casas, fiestas, diversiones, comidas y trajes de lujo. Todos los miran: el que llegó ayer con el lío de ropas a la espalda, y el estudiante que sale de la Universidad con borla reciente. Todos saben que lo que ayer se compró por diez hoy se vendió por veinte. Que el que anteayer puso el tenducho de mercancías hoy es un poderoso comerciante que habla de millones con indiferencia. Pululan los ejemplos de gentes enriquecidas rápidamente. Enriquecidas en el azar de la especulación. No son ejemplos de estabilidad laboriosa, sino de asalto y de azar. Todos quieren ser ricos de esa misma manera rápida. Todos se sienten sin arraigo en lo que están haciendo. Todos están como con un billete de lotería en el bolsillo. Deseando y esperando la azarienta riqueza.

La proliferación de ese espíritu se traduce en inestabilidad social. En inquietud, desasosiego y violencia.

Contra ese estado de cosas no se lucha con prédicas morales. Poco pueden hacer los sermones contra una realidad económica y social que es por definición más fuerte que ellos. Mientras una Venezuela artificial goce, o parezca gozar, de los beneficios y las fruiciones de la riqueza petrolera, la Venezuela real se sentirá sin arraigo en su suelo, mal avenida con su suerte y dispuesta a la aventura. No puede trabajar quien tiene la cabeza y el corazón puestos en un azar mágico. No puede trabajar y prosperar el campesino que se considera desterrado de las delicias de Caracas en su pegujal sin esperanzas. No constituyen células de estabilidad los seres que están esperando la primera oportunidad para evadirse de sus deberes presentes y de los requerimientos de su medio, como de una cárcel.

Y esta realidad tan grave se ha acentuado aún más en los últimos años. Ha crecido como los rascacielos y las luces en los cerros de Caracas. Y ha de seguir creciendo mientras no se modifique la fuente que la alimenta.

Tal es el hecho escueto y formidable. El hecho que está debajo de todas las variables y numerosas apariencias que pueblan nuestra hora presente.

Detrás de la decadencia de la agricultura está el petróleo. Detrás de nuestra imposibilidad de exportar está el petróleo. Detrás de nuestros altos costos está el petróleo. Detrás de nuestros puertos abarrotados de importaciones de alimentos está el petróleo. Está presente en todos los aspectos de nuestra vida colectiva. A poco que se ahonde en cualquier fenómeno social se le verá aparecer con su inerte y poderosa presencia. El desequilibrio entre el poder del Estado venezolano y las fuerzas sociales es, en última instancia, petróleo. Petróleo es el que empuja el campesino del campo hacia la ciudad. El petróleo es la fuente que va haciendo más ancho el peligroso foso de la desigualdad social. El tono convincente en la oratoria demagógica del agitador, lo pone el petróleo. De petróleo se alimenta la inquietud social y la inestabilidad.

Ese es el hecho capital que hay que tener presente. El hecho que condiciona todo lo que ha ocurrido y todo lo que se puede hacer. El hecho que nos está diciendo con su presencia y con sus manifestaciones, que todo lo que se haga ignorándolo o dejándolo en libertad de actuar, será nugatorio, fugaz e insignificante. Ese hecho es que toda la vida venezolana en todas sus manifestaciones está condicionada y determinada por el petróleo.

El día en que todos, o los más, lo comprendan así, se habrá dado un gran paso hacia la solución verdadera y permanente de eso que con un nombre vago hemos venido llamando los problemas venezolanos. Porque ya el mero decir en plural: los problemas venezolanos implica una actitud de incomprensión. Lo que hay es el problema venezolano. Uno e indivisible. Con mil manifestaciones pero con una sola raíz. Y el problema venezolano es el petróleo.

Paradójicamente a la vez problema y solución, mal y remedio. Porque si de él, por nuestra incapacidad defensiva, surgen los males, de él tan sólo, por medio de la inteligencia y de la voluntad colectivas, podrían venir los mayores bienes. Y ésto, de nosotros los venezolanos, y de más nadie, depende.

DE UNA A OTRA VENEZUELA

Ante los venezolanos de hoy está planteada la cuestión petrolera con un dramatismo, una intensidad y una trascendencia como nunca tuvo ninguna cuestión del pasado. Verdadera y definitiva cuestión de vida o muerte, de independencia o de esclavitud, de ser o no ser. No se exagera diciendo que la pérdida de la Guerra de Independencia no hubiera sido tan grave, tan preñada de consecuencias irrectificables, como una Venezuela irremediable y definitivamente derrotada en la crisis petrolera.

La Venezuela por donde está pasando el aluvión deformador de esta riqueza incontrolada no tiene sino dos alternativas extremas. Utilizar sabiamente la riqueza petrolera para financiar su transformación en una nación moderna, próspera y estable en lo político, en lo económico y en lo social; o quedar, cuando el petróleo pase, como el abandonado Potosí de los españoles de la conquista, como la Cubagua que fué de las perlas y donde ya ni las aves marinas paran, como todos los sitios por donde una riqueza azarienta pasa sin arraigar, dejándolos más pobres y más tristes que antes.

A veces me pregunto qué será de esas ciudades nuevas de lucientes casas y asfaltadas calles que se están alzando ahora en los arenales de Paraguaná, el día en que el petróleo no siga fluyendo por el oleoducto. Sin duda quedarán abandonadas, abiertas las puertas y las ventanas al viento, habitadas por alguno que otro pescador, deshaciéndose en polvo y regresando a la uniforme desnudez de la tierra. Serán ruinas rápidas, ruinas sin grandeza, que hablarán de la pequeñez, de la mezquindad, de la ceguedad de los venezolanos de hoy, a los desesperanzados y hambrientos venezolanos de mañana.

Y eso que habrá de pasar un día con los campamentos de Paraguaná o de Pedernales hay mucho riesgo, mucha trágica posibilidad de que pase con toda esta Venezuela fingida, artificial, superpuesta, que es lo único que hemos sabido construir con el petróleo. Tan transitoria es todavía, y tan amenazada está como el artificial campamento petrolero en el arenal estéril.

Esta noción es la que debe dirigir y determinar todos los actos de nuestra vida nacional. Todo cuanto hagamos o dejemos de hacer, todo cuanto intenten gobernantes o gobernados debe partir de la consideración de esa situación fundamental. Habría que decirlo a todas horas, habría que repetirlo en toda ocasión. Todo lo que tenemos es petróleo, todo lo que disfrutamos no es sino petróleo, casi nada de lo que tenemos hasta ahora puede sobrevivir al petróleo. Lo poco que pueda sobrevivir al petróleo es la única Venezuela con que podrán contar nuestros hijos.

Eso habría que convertirlo casi en una especie de ejercicio espiritual como los que los místicos usaban para acercarse a Dios, para llenar sus vidas de la emoción de Dios. Así deberíamos nosotros llenar nuestras vidas de la emoción del destino venezolano. Porque de esa convicción repetida en la escuela, en el taller, en el arte, en la plaza pública, en la junta de negociantes, en el consejo del gobierno, tendría que salir la incontenible ansia de la acción. De la acción para construir en la Venezuela real y para la Venezuela real. De construir la Venezuela que pueda sobrevivir al petróleo.

Porque desgraciadamente hay una manera de construir

en la Venezuela fingida que casi nada ayuda a la Venezuela real. En la Venezuela fingida están los rascacielos de Caracas. En la Venezuela real están algunas carreteras, los canales de irrigación, las terrazas de conservación de suelos. En la Venezuela fingida están los aviones internacionales de la Aeropostal. En la Venezuela real están los tractores, los arados, los silos.

Podríamos seguir enumerando así hasta el infinito. Y hasta podríamos hacer un balance. Y el balance nos revelaría el tremendo hecho de que mucho más hemos invertido en la Venezuela fingida que en la real.

Todo lo que no pueda continuar existiendo sin el petróleo está en la Venezuela fingida. En la que pudiéramos llamar la Venezuela condenada a muerte petrolera. Todo lo que pueda seguir viviendo, y acaso con más vigor, cuando el petróleo desaparezca, está en la Venezuela real.

Si aplicáramos este criterio a todo cuanto en lo público y en lo privado hemos venido haciendo en los últimos treinta años, hallaríamos que muy pocas cosas no están, siquiera parcialmente, en el estéril y movedizo territorio de la Venezuela fingida.

Preguntémonos por ejemplo si podríamos, sin petróleo, mantener siquiera un semestre nuestro actual sistema educativo. ¿Tendríamos recursos, acaso, para sostener los costosos servicios y los grandes edificios suntuosos que hemos levantado? ¿Tendríamos para sostener una ciudad universitaria? ¿Tendríamos para sostener sin restricciones la gratuidad de la enseñanza desde la escuela primaria hasta la Universidad? Si nos hiciéramos con sinceridad estas preguntas tendríamos que convenir que la mayor parte de nuestro actual sistema educacional no podría sobrevivir al petróleo. Sin asomarnos, por el momento, a la más ardua

cuestión, de si ese costoso y artificial sistema está encaminado a iluminar el camino para que Venezuela se salve de la crisis petrolera, está orientado hacia la creación de una nación real, y está concebido para producir los hombres que semejante empresa requiere.

Parecida cuestión podríamos plantearnos en relación con las cuestiones sanitarias. Todos esos flamantes hospitales, todos esos variados y eficientes servicios asistenciales y curativos, ¿pueden sobrevivir al petróleo? Yo no lo creo.

La tremenda y triste verdad es que la capacidad actual de producir riquezas de la Venezuela real está infinitamente por debajo del volumen de necesidades que se ha ido creando la Venezuela artificial. Esta es escuetamente la terrible realidad, que todos parecemos empeñados en querer ignorar.

Por eso la cuestión primordial, la primera y la básica de todas las cuestiones venezolanas, la que está en la raíz de todas las otras, y la que ha de ser resuelta antes si las otras han de ser resueltas algún día, es la de ir construyendo una nación a salvo de la muerte petrolera. Una nación que haya resuelto victoriosamente su crisis petrolera que es su verdadera crisis nacional.

Hay que construir en la Venezuela real y para la Venezuela permanente y no en la Venezuela artificial y para la Venezuela transitoria. Hay que poner en la Venezuela real los hospitales, las escuelas, los servicios públicos y hasta los rascacielos, cuando la Venezuela real tenga para rascacielos. De lo contrario estaremos agravando el mal de nuestra dependencia, de nuestro parasitismo, de nuestra artificialidad. Utilizar el petróleo para hacer cada día más grande y sólida la Venezuela real y más pequeña, marginal e insignificante la Venezuela artificial.

¿Quién se ocuparía de curar o educar a un condenado a muerte? ¿No sería una impertinente e inútil ocupación? Lo primero es asegurar la vida. Después vendrá la ocasión de los problemas sanitarios, educacionales, asistenciales. ¿De qué valen los grandes hospitales y las grandes escuelas si nadie está seguro de que el día en que se acabe el petróleo no hayan de quedar tan vacíos, tan muertos, tan ruinosos, como los campamentos petroleros de Paraguaná o de Pedernales?

Lo primero es asegurar la vida de Venezuela. Saber que Venezuela, o la mayor parte de ella, ya no está condenada a morir de muerte petrolera. Hacer todo para ello. Subordinar todo a ello. Ponernos todos en ello.

DIEZ AÑOS PARA SALVARNOS

El señor Julius A. Krug, Secretario del Interior en el Gabinete del Presidente Truman, ha declarado el 27 de marzo de 1948, en su informe anual al Presidente, que el desarrollo de la producción de combustibles sintéticos es vital para los Estados Unidos.

El Secretario Krug considera que la seguridad nacional y el mantenimiento del actual nivel de vida del país lo requieren así. Repite que se están consumiendo las reservas petroleras a un ritmo peligroso, que habría un colapso de todo el sistema de transportes de los Estados Unidos si no tuviera acceso a fuentes de petróleo extranjeras, y que el petróleo "mueve el sistema nacional de transporte y es la llave de la defensa nacional en una medida mayor que en ninguna otra nación". En tales circunstancias considera peligroso depender de fuentes extranjeras y recomienda el

pronto desarrollo de la producción de petróleo sintético por empresas privadas con la ayuda del Gobierno.

Añade el informe que el pleno desarrollo de este plan para independizar completamente los Estados Unidos del abastecimiento de petróleo extranjero puede requerir diez años.

Esta importantísima declaración coincide con otras publicaciones semejantes que se han venido haciendo en los últimos tiempos en la prensa americana. En ellas se ha insistido ampliamente en la necesidad de poner en realización un gigantesco programa de producción de combustibles líquidos sintéticos, extraídos del carbón, de cuyo mineral poseen los Estados Unidos inmensas reservas prácticamente casi inagotables.

Para pocos países es esta noticia tan importante como para Venezuela. Para ella vuelve a plantear en términos perentorios la dramática cuestión de nuestra dependencia del petróleo. Y la necesidad de prepararnos rápidamente para esa emergencia que se anuncia tan grave.

Ya pocos en Venezuela tienen el derecho de ignorar el grado inmenso en que nuestra vida actual depende del petróleo. Casi todo lo que tenemos no es sino petróleo. Hasta ahora no hemos podido o sabido crear con esa riqueza petrolera una vida económica estable y propia. La disminución o la desaparición de la exportación del petróleo venezolano significa la disminución o la desaparición de nuestro actual nivel de vida, de casi todo lo que tenemos, usamos y consumimos. Pero aún con toda esa evidencia indiscutible parecemos ciegamente refugiarnos en la absurda contemplación de la posibilidad de que esa catastrófica emergencia esté muy remota.

Parecemos pensar los venezolanos que hay todavía mu-

cho tiempo de holgarnos antes que las circunstancias económicas se deterioren visiblemente y nos impongan otra actitud. No queremos acordarnos de que hay un plazo ineluctable, y de que todo plazo se cumple demasiado pronto. Estamos como el Don Juan de Tirso, en plena euforia juvenil, respondiendo a las voces que nos alertan sobre el día del castigo: "¡Cuán largo me lo fiáis!"

Por eso mismo nada es más importante que establecer con la mayor exactitud el plazo de que todavía disponemos para hacer con el petróleo una nación económicamente normal.

El plazo más largo, y por lo mismo aquel al que menos debemos atenernos en nuestros planes de acción salvadora, es el del agotamiento físico de los yacimientos petroleros. Las reservas probadas de Venezuela parecen alcanzar a la cantidad de ocho mil millones de barriles, lo que representaría teóricamente la posibilidad de mantener nuestra actual producción de quinientos millones de barriles anuales por dieciséis años. Pero esa misma producción, independientemente de otros factores, no podría mantenerse si simultáneamente no se van descubriendo y preparando nuevas reservas.

Hay también la amenaza del desarrollo de la energía atómica para fines industriales y pacíficos, que algunos consideran como la más remota.

Hay la creciente amenaza de la pérdida de mercados por el desarrollo de los petróleos del Cercano Oriente. En una Europa normal, sin guerra fría y sin peligro inminente de guerra cruenta, Venezuela desaparecería como proveedor de petróleo. Su principal mercado ya ha empezado a ser el de los Estados Unidos. Los planes actuales del Gobierno americano, según lo anunciado por el Secretario Krug, sig-

nifica que ese mercado podría desaparecer totalmente en no más de diez años.

Diez años es pues el plazo que parece acordarnos el destino para que realicemos la gran empresa de salvar a Venezuela de la muerte petrolera. Si en esos diez años no somos capaces de realizar ese supremo esfuerzo colectivo de salvación nacional, ya no tendremos tiempo sino para la lamentación y el remordimiento en la miseria.

Todos debemos pensar y movernos con la angustia fecunda de que tenemos fijado el plazo. El plazo corto del Secretario Krug, el plazo menos corto de la competencia del Cercano Oriente, el plazo un poco más holgado del agotamiento de las reservas. Plazos de diez, de dieciséis, de veinte años, de acaso más. Pero plazos que se vencerán trágicamente y rápidamente si seguimos siendo incapaces de darle el frente a su desafiante implicación. Treinta años se han ido desde que el petróleo comenzó a fluir de los campos venezolanos. Poco hemos hecho para transformarlo en cosas reproductivas y estables. Nos lo hemos comido, bebido y bailado, en el más literal de los sentidos.

Hace trece años, en el editorial que publicó el 14 de julio de 1936 el extinto diario *Ahora*, tuve el honor de lanzar al público en forma de consigna lo esencial de esa necesidad histórica de los venezolanos, en la frase que después tanto se ha repetido: "Sembrar el petróleo". Hoy hay que repetirla con angustia quintuplicada. Los días que nos quedan para sembrar el petróleo están contados. Los años de que disponemos para convertir la riqueza transitoria del petróleo en vida económica nacional estable y segura son pocos. Ya no podemos ni debemos perder más tiempo. Ya no podemos seguir engolosinados con lo transitorio y

lo adjetivo, perdiendo de vista la tremenda cuestión vital del petróleo y su amenaza.

Si fuéramos capaces no sólo de oír todas las señales de peligro inminente que se acumulan sobre nuestro futuro, sino de organizarnos y ponernos a la tarea sobre la base de un plan sencillo y justo para ser realizado por la nación entera y por todos los venezolanos, con angustia de salvación y sed de vida, todos nuestros males pasados parecerían mezquinos e insignificantes, y estaríamos realizando la más grande, la más noble y la más decisiva hazaña de toda nuestra historia.

Cada minuto que se va es un minuto menos para construir la Venezuela real, sembrada en tierra sólida, nutrida de vigor como árbol vivo. Es un minuto ganado por la muerte petrolera.

El plan de salvación ha de ser un plan sencillo. El plan para transformar y salvar un campo yermo. Un plan de diques, represas y canales. El plan de la canalización de la riqueza petrolera hacia la creación de una economía nacional. Y esos canales servirán de poco, si para hacerlos, no se ponen a la obra las manos y los corazones de todos los venezolanos.

UNA POLÍTICA PETROLERA INTERNACIONAL

Adherida Venezuela al destino del petróleo como el parásito al ser que lo sustenta, como el gusano a la fruta podrida, nada de lo que afecte al petróleo puede serle indiferente. Porque todo lo que afecte al petróleo afecta en grado mortal las condiciones de su existencia.

No sólo no hemos sido capaces de independizarnos del

petróleo, de ponerlo al servicio de los intereses permanentes de la nación, de haber construído con sus azarientos recursos una nación sólida y estable, sino que hemos ido haciendo cada vez mayor nuestra dependencia. Todo lo que en la actualidad somos y tenemos es petróleo en más de las nueve décimas partes. Hay indudablemente la perentoria necesidad de que reaccionemos contra ese estado de cosas. De que comencemos a construir con el petróleo una nación que pueda vivir sin el petróleo. Pero mientras eso, que es la más importante empresa nacional posible, se inicia y se logra, no podemos perder de vista ni un momento, sin muy grave peligro, nuestra pavorosa dependencia del petróleo, seguir con vigilante ansiedad su curso y sus tendencias en los mercados mundiales, e intervenir con toda nuestra pequeña fuerza y con toda nuestra autoridad en toda la medida de lo posible sobre el destino mundial del petróleo, que para nosotros se traduce, dadas las circunstancias presentes, en el destino de Venezuela.

Sin embargo ni siquiera de eso parecemos percatarnos. No sólo no hemos sido capaces de comenzar a independizarnos del petróleo, sino que ni siquiera hemos sabido adoptar una inteligente política de parásitos. A primera vista pareciera que el petróleo no forma parte de las cuestiones internacionales que tienen interés para Venezuela. Tenemos en nuestras embajadas muchos agregados culturales pero casi ninguno dedicado a estudiar la situación petrolera. Más parece importarnos el destino de las colonias del hemisferio o las relaciones con el gobierno de España, que las políticas de las grandes potencias en materia petrolera.

Y sin embargo la política petrolera mundial es algo de lo que depende la vida entera del país. Ninguna cues-

tión internacional tiene para Venezuela, ni remotamente, importancia parecida. Ese debería ser el tema central, el eje y la preocupación constante de nuestras relaciones internacionales. El concepto de política internacional es algo que debería significar fundamentalmente para Venezuela política internacional petrolera.

Yo supongo que nos causaría mucha alarma y sería cosa capaz de movilizar todas nuestras reservas de energía y de inteligencia el saber, por ejemplo, que las Naciones Unidas iban a decidir en alguna reunión si Venezuela debería continuar siendo o no un país independiente. O si supiéramos que tres o cuatro de las mayores potencias del mundo habían firmado un acuerdo para quitarle a Venezuela la mitad de su territorio. Sin embargo, desde un punto de vista estrictamente material, no es menos grave que por un acuerdo internacional Venezuela pierda la mitad de sus mercados mundiales de petróleo. Y ante esa tremenda posibilidad no pareciera que tuviéramos la misma capacidad de reaccionar.

La realidad es que nuestro destino se está jugando de un modo definitivo en los acuerdos petroleros que pueden celebrar los Estados Unidos con el Imperio Británico y las cancillerías europeas. O lo que es más grave en simples acuerdos o decisiones internas tomadas por los empresarios mundiales de la industria del petróleo. La muerte literal de Venezuela podría decidirse en una de esas juntas de directores de la industria, donde no se vería un rostro venezolano, ni ninguna voz sustentaría los intereses específicos de Venezuela. En esas decisiones no se toma en cuenta a Venezuela como nación, se toma en cuenta al petróleo venezolano como producto. Y es lo lógico. No es a esos

empresarios, es a Venezuela a quien le corresponde hacer valer sus intereses nacionales.

Razones estratégicas de las grandes potencias o razones económicas de las grandes empresas pueden precipitar o retardar nuestra ruina. Sin ninguna intervención de nuestra parte. Con nosotros ausentes del escenario donde nuestro porvenir se decide.

Por eso Venezuela necesita tener una política petrolera internacional. Una política de defensa ante las grandes potencias de sus intereses nacionales tan estrechamente asociados al petróleo. Una política inteligente, ágil, bien informada y bien concebida. Una política fundada sobre realidades y desarrollada con sentido común. Una diplomacia al servicio de nuestros intereses petroleros. Para ello Venezuela tiene ante el mundo la autoridad que le dan sus intereses legítimos en el petróleo, y el peso de su situación de primer exportador mundial del producto.

El más inmediato objetivo de esa política petrolera internacional de Venezuela debería dirigirse a evitar la pérdida de los mercados europeos para el petróleo venezolano. Una situación ya muy avanzada en nuestra contra y en la que los verdaderos intereses vitales de los Estados Unidos coinciden con los nuestros.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial la tendencia europea ha sido proveerse con el petróleo del Cercano Oriente. A hacer Europa independiente del petróleo del Hemisferio Occidental. La E. C. A. (Administración de Cooperación Económica) que es el organismo encargado de llevar a la práctica en Europa las previsiones económicas del Plan Marshall ha venido financiando la reconstrucción de la industria petrolera europea integrada a las fuentes del Cercano Oriente. Hace pocos días anunció la

E. C. A. que financiaría la expansión de las refinerías europeas hasta una capacidad total anual de cuarenta millones de toneladas o sean trescientos millones de barriles para 1952. Esas refinerías estarán concebidas para tratar los tipos de petróleo del Cercano Oriente que son distintos de los del Hemisferio Occidental. Es decir que no podrán procesar petróleo venezolano. La mayor parte del petróleo financiado con los dólares americanos de la E. C. A. vendrá del Cercano Oriente. Ya desde fines de 1948 ha habido suficiente petróleo crudo del Cercano Oriente para suplir todas las necesidades europeas.

Esta situación que no parece alarmar a los venezolanos ha comenzado a alarmar gravemente a muchos de los productores de petróleo independientes de los Estados Unidos. Así lo acaba de anunciar el *New York Times* (8 de mayo de 1949) en los siguientes y significativos términos: "Con fondos suplidos casi totalmente por el gobierno de los Estados Unidos, el mayor desarrollo petrolero de la historia está ocurriendo en el Medio Este y en Europa. El ritmo de progreso es tan rápido que algunos dirigentes americanos de la industria petrolera están convencidos de que, dentro de pocos años, Europa dominará los mercados mundiales de petróleo".

Ante tan graves hechos no faltarán quienes piensen panglossianamente que tan interesados como nosotros en defender nuestro petróleo están las grandes empresas que lo poseen. Que ellas, movidas por su propio interés, sin necesidad de que nosotros alteremos nuestra plácida siesta, harán todo lo necesario para evitar que ese amenazante suceso ocurra. Pero esa suposición es errónea. Los intereses de las grandes empresas no son exclusivamente venezolanos. Son más bien mundiales. Con mucha facilidad

pueden ir trasladando el centro de sus operaciones y adaptando su estructura y organización a las nuevas tendencias. Sus motivos son principalmente económicos. Y sería absurdo, por lo menos, pretender que los pospongan ante los intereses propios de una pequeña nación que si se encuentra en dificultades es en gran parte por culpa de su descabellada política petrolera.

Las grandes empresas están incrementando sus intereses en el Cercano Oriente. La Standard Oil Company (de New Jersey) que al través de su subsidiaria la Compañía Creole controla el cuarenta y cinco por ciento de la producción venezolana de petróleo, ha adquirido, después de arreglar varias cuestiones legales que habían pospuesto la operación, el 2 de diciembre de 1948, el treinta por ciento de las acciones de la Arabian American Oil Company, lo que viene a añadirse a otros intereses que ya poseía en otras compañías del Cercano Oriente. Esto lo dice la Standard Oil Company (New Jersey) en su Informe Anual de 1948 que acaba de aparecer y que debería ser más importante lectura para los más de los venezolanos que muchas Memorias ministeriales. El propósito obvio de esta gran empresa es el de reservar el mercado europeo para el petróleo de Arabia. Vender en Europa su petróleo de Arabia en lugar de su petróleo de Venezuela. Así lo da a entender claramente en su citado informe (pág. 21) al anunciar que: "Las refinerías europeas están siendo gradualmente adaptadas para usar los crudos del Cercano Oriente en lugar de los del Hemisferio Occidental".

Es sin duda hora de que Venezuela haga oír su voz, la voz de su interés, en los grandes centros internacionales donde con el destino del petróleo se está decidiendo su propio destino.

POBLACIÓN

LOS PROBLEMAS DE LA POBLACIÓN

Cuando leo lo mucho que en Venezuela se viene publicando sobre población y sobre inmigración me parece que están predominando ideas no sólo anticuadas sino peligrosamente inadecuadas a la situación nacional y a las circunstancias y tendencias mundiales en materia de población.

Estamos repitiendo conceptos e ideas de hace cien años sobre una materia que ha cambiado profundamente en los últimos tiempos. Estamos pensando sobre población y sobre inmigración en la forma simplista y absoluta en que Alberdi planteaba el problema un siglo atrás. Sin pensar ni percatarnos de que estos tiempos no son precisamente los de Alberdi, que los problemas relacionados con la población han cambiado radicalmente después de las dos últimas guerras mundiales, que la Venezuela de hoy no es la Argentina de 1852, y que muy pocos estadistas de muy contados países estarían dispuestos en esta hora del mundo a repetir el famoso apotegma de "Gobernar es poblar".

En los tiempos de Alberdi estaba llegando a su culminación ese gran período de expansión de la población mun-

dial, y especialmente de la europea, que se inicia en el siglo XVII. La población mundial va a aumentar, a doblar, a cuadruplicar en menos de tres centurias. Las inmensas soledades del Nuevo Mundo se abren. Las praderas del Norte y las pampas del Sur van a ofrecer un ámbito de ilimitada extensión y fertilidad a los crecientes excedentes de la población europea. Es la hora de los emigrantes.

Es también la hora del nacionalismo. Las naciones quieren ser grandes y poderosas. Mucha población significa numerosos ejércitos para la conquista y para la hegemonía. El capital indispensable para que los napoleones de todos los tamaños gasten sus cientos de miles de hombres de renta anual.

Hay una hora en que los latinos son los más numerosos de Europa y hacen la ley y predominan. Luego viene la hora en que son más los germánicos. Y ahora parece iniciarse una hora en que los más numerosos son los eslavos.

Pero el mundo empieza a reflexionar y a darse cuenta de que así como la población numerosa sirve para hacer la guerra, también la presión del exceso de población lleva de una manera fatal a la guerra.

Se ve a la población excesiva como una amenaza para la paz y aun como una condición que hace difícil si no imposible el florecimiento de la democracia. La inmensa muchedumbre famélica, miserable y embrutecida vive en la sumisión de un amo despótico. No puede haber derecho, ni paz, ni estabilidad donde las necesidades elementales no están satisfechas.

La población mundial ha seguido creciendo, a pesar de las guerras y de la miseria y de la insalubridad. Hoy

la tierra está poblada por más de 2.200 millones de seres. La mitad de ellos asfixiados en el hormiguero asiático. Gentes que viven con una escudilla de arroz al día, sin higiene, sin medicina, sin alegría, cerrados todos los caminos de la esperanza. Son cinco de cada diez seres humanos.

Pero los cinco restantes tampoco están todos en condiciones envidiables. Allí están los seiscientos millones de Europa, con una economía desarticulada, regresando difícilmente al camino de la normalidad, careciendo de muchas cosas necesarias, enflaquecidos de cuerpo y de espíritu.

Queda América. Y no toda ella. Los norteamericanos tienen el más alto nivel de vida del universo. Pero la mayor parte de las masas humanas de Hispano-América están en un nivel que se acerca más al asiático. Indios mascadores de coca de la puna, labriegos de los cacaotales, peones de las mesetas. Hombres descalzos, de rancho pajizo y dieta deficiente.

La población mundial sigue creciendo a un ritmo amenazador. Cada año hay veinte millones de hombres más sobre la tierra. Dentro de cincuenta años, los hombres que se asomarán al alba del año 2000 alcanzarán el número de tres mil millones.

Y mientras este intenso crecimiento vegetativo sigue proliferando de un modo impresionante, el espacio habitable parece reducirse.

La era de expansión para la población humana que se abrió con el descubrimiento de América, vino a completarse con la revolución industrial. Los espacios americanos parecieron abrir una perspectiva inagotable para el crecimiento humano. Y después el nacimiento de la industria pareció permitir una mayor densidad de población.

Estos alivios ya han desaparecido. Las posibilidades de incremento industrial son limitadas. Y aun la densidad de las poblaciones industriales no deja de depender en último término de la producción de alimentos.

Esa era de expansión se cerró en realidad el día en que los *pioneers* llegaron al Pacífico y plantaron ciudades. Se cerró con la última frontera norteamericana. Ya los Estados Unidos de hoy están cerrados al inmigrante. Ya su población no puede crecer sensiblemente sin plantear muy graves problemas económicos y sociales. El famoso nivel de vida norteamericano peligraría con una población mayor que la actual. Uno de los hechos más significativos de la actual postguerra es que, por primera vez en la historia, de un puerto norteamericano, el de San Francisco, salió un barco de emigrantes. Familias norteamericanas que emigraban para Australia. Este hecho significa que una era de la historia del mundo se cierra, y que, en materia de población, han surgido hechos nuevos que deben ser considerados muy cuidadosamente.

Las posibilidades de Hispano-América de absorber inmigración son también limitadas. No basta con el espacio. Lo que el hombre necesita es espacio productivo. La geografía, los climas, la población actual, los suelos y la estructura económica y social de la actual Hispano-América no son de los más favorables para un incremento de la población. Sobre todo para un incremento de la población sobre crecientes niveles de vida.

Estamos, pues, en presencia de un mundo que tiene todas las apariencias de haber alcanzado un estado de sobre-población. De un mundo que ya no dispone de espacios libres capaces de absorber de modo notable la población excedente. De un mundo para quien el problema de

la población se va a plantear cada día más en dramáticos términos internacionales. De un mundo en que los pueblos sin mucha población van a mirarse como privilegiados y favorecidos. Y en el que los pueblos que se han salvado del contagio de la sobre-población van a tener que hacer grandes esfuerzos para mantener su situación entre el hormiguero humano que los rodea y amenaza con engullirlos.

Ante estos hechos ninguna persona sensata puede creer, como podía creerlo Alberdi a la caída de Rosas, que la población por sí sola es un bien. No es mejor un país que otro porque esté más poblado. No son más atrasados los países menos poblados. No es más adelantado Annam con seis millones de habitantes que Noruega con tres. Con sus tres millones Noruega es una de las naciones más prósperas y ricas del mundo. No vale más Bengala con sus sesenta millones apelmazados, que Francia con cuarenta.

Suiza, Irlanda, Dinamarca son países de pequeña población que pesan más en la economía y hasta en la política y en la civilización del mundo que las más de las naciones asiáticas.

Hay incluso naciones escasamente pobladas para su extensión que sin embargo figuran entre las más ricas y prósperas de la tierra. El más ilustre ejemplo es el del Canadá, país más despoblado que Venezuela.

La verdad es que ya nadie hoy puede pensar en términos de cantidades absolutas en materia de población. Lo que importa no es tener tantos o cuantos millones de habitantes. Lo que importa no es tener ésta o aquélla densidad aritmética. Tres o trescientos por kilómetro cuadrado. La densidad aritmética de Australia es poca, la de Java es mucha, y sin embargo este es un hecho que favorece a Australia.

Los países no pueden considerarse poblados o despoblados por la consideración de la cifra absoluta de sus habitantes, ni por la comparación de esta cifra con su extensión territorial, ni con las correspondientes de otros pueblos.

Los países están sobrepoblados cuando su población excede a sus recursos, especialmente a su capacidad de producir alimentos. Es un concepto relativo.

Cuando un pueblo alcanza o está cerca de alcanzar aquel volumen de población que mejor se conjugue con sus recursos naturales y que lleve al máximum no sólo su capacidad de producir riqueza, sino las posibilidades de una distribución más equitativa, entonces ese pueblo ha alcanzado su volumen óptimo, puede vivir pacíficamente, puede disfrutar de instituciones democráticas, puede progresar. En una palabra, tener paz interna y trabajar por la paz internacional.

Desgraciadamente ese equilibrio, que todavía individualmente algunos países pueden disfrutar, es el que parece estar irremisiblemente roto en términos mundiales.

Si hay más hombres de los que la tierra puede sustentar es hora ya de considerar el problema del incremento nacional de población con mucho tiento.

Hay quienes piensan que si el mundo quiere paz y democracia hay que comenzar por establecer internacionalmente alguna forma de control al crecimiento de la población. Y quienes lo creen son algunos de los mayores expertos que el mundo tiene en estas cuestiones. La paz y la democracia son un problema que hay que plantear previamente en términos de pan y población.

PAN Y POBLACIÓN

El signo más alarmante de que el mundo está sobrepoblado es que cada día se está haciendo visible en mayor grado la desproporción entre la población y los alimentos. Después de la segunda guerra mundial el fantasma del hambre se alzó sobrecogedor sobre el mundo. Una humanidad hambrienta tendía las manos descarnadas y amenazadoras. No había alimentos para todos. Millones de hombres estaban amenazados de perecer de consunción.

Esta visión dantesca no sólo no ha desaparecido con el transcurso de los años de postguerra, sino que empieza a revelar lo más pavoroso de su carácter. Es decir que el hambre del mundo no ha sido causada por la guerra, y que debe considerársele como un fenómeno permanente, que con la tendencia de la población a aumentar lleva todas las posibilidades de agravarse en el futuro.

El mundo no tiene alimentos para nutrir de un modo suficiente sus dos mil doscientos millones de habitantes de hoy, y mucho menos tiene posibilidades de alimentar los tres mil millones de hombres que poblarán la tierra dentro de cincuenta años.

Estos son los hechos patentes que han surgido de la más amplia consideración del problema hecha por los hombres más capaces y por los más autorizados organismos internacionales, después de la guerra.

El Comité de Economistas y Científicos que elaboró la memoria sobre la "libertad de la miseria" para las Naciones Unidas, decía: "Para asegurar que todas las secciones de la población... tengan suficientes y adecuados

alimentos... en términos universales, se requeriría un incremento de la producción de la siguiente magnitud: cereales: 50 por ciento; carne: 90 por ciento; leche y productos lácteos: 125 por ciento; aceites vegetales: 125 por ciento; y frutas y legumbres: 300 por ciento".

Lo malo es que, según las mayores autoridades científicas y las más seguras fuentes de información, la productividad del planeta no puede ser aumentada en semejante proporción. Nunca los lúgubres augurios de Malthus han resonado con más fatídico eco de verdad.

En un breve y precioso libro que con el título de *El hambre del mundo* (*The world's hunger*) han publicado no hace mucho el profesor de Precios y Estadísticas Frank A. Pearson, y el profesor de Mercados Floyd A. Harper, del Colegio de Agricultura de la Universidad de Cornell, hay algunos datos que importan mucho para el destino de los seres humanos y para la futura concepción de cualquier política social y económica.

Allí se dice que el mundo produce actualmente alrededor de 3.686 millares de millones de libras de productos alimenticios, sin incluir los forrajes y pastos. Prescindiendo de la humedad y reduciendo el peso de estos alimentos al de su contenido de materia seca los alimentos de origen vegetal representan el 94 por ciento de la producción total del mundo. El 82 por ciento son granos: trigo, maíz, arroz, frijoles, cebada, etc. Los alimentos de origen animal (carne, pescado, leche, huevos) alcanzan apenas a la insignificante proporción del 6 por ciento de la producción mundial de alimentos. Con esto está dicho que el mundo se nutre de granos, y que la carne, la leche, y los huevos, son alimentos de minorías privilegiadas, que los más de los seres humanos no han conocido nunca.

El comercio internacional de alimentos no ocupa mucho de la producción. Los más de los continentes viven básicamente de su producción, especialmente de granos. El comercio mundial representa apenas el 6 por ciento de la producción de alimentos, y el único continente que ha venido importando continuamente más alimentos de los que exporta es Europa.

El promedio mundial del consumo de alimentos, por su peso seco, es de 558 libras por habitante y por año. Norte América, Europa y Oceanía son las únicas regiones continentales cuyo consumo excede al promedio mundial.

Si se comparan las cifras del consumo mundial de alimentos con las de la producción surgen entonces los más impresionantes resultados que se puedan imaginar. Dejando de lado los productos animales, que la inmensa mayoría de la humanidad no está en capacidad de usar, y limitando las comparaciones entre continentes al solo consumo básico de granos, la investigación de los Profesores Pearson y Harper revela hechos que ya no pueden ser ignorados.

El más bajo nivel de consumo es el de las muchedumbres asiáticas. Consumen menos granos por habitante que el resto del mundo, a pesar de que no consumen sino granos. La escudilla de arroz es la más delgada muralla del hombre ante el hambre. Lo sobrepasan en orden ascendente, pero no con mucha ventaja, los habitantes de África y los de Sur América. En el tope del edificio, sin tomar en cuenta carne, leche y huevos de que disfrutan como únicos privilegiados, limitando la comparación solo a los granos están por orden de creciente abundancia Norte América, Oceanía y Europa.

Si se pudiera extender a todos los habitantes de la tierra la dieta de granos de los asiáticos, podría haber alimentos

para 2.800 millones de habitantes o sea para el nivel que alcanzará la población mundial en los próximos treinta años.

Pero si de acuerdo con los mejores ideales de progreso, de justicia y de humanidad, lo que quisiéramos no es rebajar el mundo al nivel ínfimo de la vida asiática, sino elevar a las muchedumbres miserables a mayores niveles, entonces la brutal realidad de estas cifras se muestra en toda su espantosa magnitud.

Si se fuese a extender al mundo el nivel europeo del consumo de granos no habría sino para 2.127 millones de habitantes. Y si se fuese a extender el nivel norteamericano, no habría granos sino para 902 millones de seres humanos. Es decir, que no tendrían cabida en el reparto mil doscientos millones de hombres, o sea más de la mitad del género humano.

Las cifras relativas a la masa continental de la América del Sur tienen muy especial interés para nosotros. Su población actual es de 89 millones. Con el nivel asiático tendrían granos para 146 millones de hombres, con el europeo para 110, pero con el norteamericano sólo para 46 millones de personas.

Ante estas cifras, ante este pavoroso desequilibrio, lo primero que se nos ocurre es que hay que incrementar la producción. Pues bien, es precisamente aquí donde el aspecto más negativo aparece.

Según las estadísticas de Pearson y Harper las posibilidades de incrementar la producción de alimentos en el mundo son muy limitadas. Y la posibilidad de que ese aumento guarde proporción con el incremento de la población es absolutamente negada.

Es un hecho evidente para los más lerdos que no toda la superficie terrestre es apta para la producción agrícola.

La conjunción de todas las circunstancias favorables necesarias tan sólo se realiza en una mínima parte de esa superficie. La combinación adecuada de luz solar, dióxido de carbono, temperatura, topografía, precipitación pluvial y fertilidad del suelo, es excesivamente rara. Los más de los suelos del planeta son pobres o inadecuados para la agricultura. Y los que son adecuados, no sólo no están aumentando, sino que disminuyen constantemente por la obra del mismo cultivo irracional y de la erosión.

Las cifras más exactas nos dicen que sobre una superficie total de 35.700 millones de acres, que es la parte del planeta no cubierta por las aguas, la tierra cultivada con cosechas alimenticias llega tan sólo a 1,529 millones de acres, o sea el 4,3 por ciento del total.

Pero lo más grave, es que según los datos presentados en la obra que vengo glosando, el total de la superficie de la tierra cultivable, es decir de aquella que reúne en las proporciones adecuadas las condiciones necesarias, es tan sólo de 1.600 millones de acres aproximadamente, o sea el 7 por ciento de la superficie total.

Es pequeño el campo que le queda al hombre para extender su producción. Y ese campo varía mucho de continente a continente. Europa tiene la proporción mayor de tierras cultivables o sea el 57 por ciento de su suelo. Norte América tiene el 10. Pero nuestra América del Sur sólo reúne condiciones de aptitud para la producción agrícola en el 5 por ciento de su superficie.

Estos duros y amenazantes aspectos básicos modifican todo el concepto del problema de la población. Y es a la luz de ellos, que de ahora en más, todos los países deben considerar las cuestiones relacionadas con el incremento y las tendencias de su población.

La lección más evidente que se desprende de estos hechos es que cualquier país que considere el problema del incremento de su población independientemente del incremento de la producción de alimentos, está incurriendo en un trágico error.

El aumento de la población, por encima de la capacidad de producir alimentos, no sólo no es un bien, sino que es el más grave y amenazador de los males para un pueblo.

A la luz de estos hechos debemos revisar los venezolanos los viejos conceptos, ya sin validez, que venimos repitiendo, con mucha ligereza, en materia de inmigración y de población.

Alberdi tuvo razón para la Argentina de 1852, pero no es el mejor consejero para la política demográfica que requiere la Venezuela de hoy.

EL PROBLEMA DE NUESTRA POBLACIÓN

Los problemas de la población venezolana no deben ser considerados fuera del marco de la situación demográfica universal. Cualquier política demográfica venezolana que ignore las tendencias mundiales podría convertirse en una grave amenaza para el futuro del país. Y estas consideraciones tienen especial vigencia en todo lo que se relaciona con la inmigración.

Todo cuanto se haya de planear en materia de población venezolana debe partir de la consideración previa de que Venezuela se encuentra en un mundo gravemente sobrepoblado, en un mundo donde la crisis alimenticia no lleva camino de resolverse sino de agravarse, en un mundo de muchedumbres cada vez mayores y más hambrientas.

No sólo no puede considerarse el problema de la población nacional independientemente del de la población mundial, sino que es necesario relacionarlo con la situación general del país y especialmente con la cuestión básica de su capacidad productiva.

Sólo entonces podríamos saber si Venezuela es o no un país despoblado, y si el rápido incremento de su población es un bien o un mal.

Estas cuestiones revisten un interés muy importante porque Venezuela, en virtud precisamente de su economía petrolera, se encuentra en la posibilidad de operar un aumento artificial de su población que no guardara ninguna proporcionalidad con su capacidad de habitación y sus recursos efectivos y permanentes.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que en los problemas de este tipo no se puede hacer un empleo abstracto de los datos y de las cifras.

Decir, por ejemplo que Venezuela es un país de cerca de un millón de kilómetros cuadrados, con una densidad de cuatro habitantes por kilómetro cuadrado, es un dato exacto que lleva implícitos muchos errores de interpretación.

La propia población venezolana con su propio movimiento espontáneo, guiado por razones más poderosas y vitales que toda la sabiduría libresca reunida, nos dice que la superficie de la Venezuela más habitable y más productiva es más pequeña.

Según el censo de 1941, en la región montañosa del norte y en la costa antepuesta residían las cuatro quintas partes de la población. De cada cinco venezolanos cuatro vivían reducidos a una porción del territorio que representaba apenas su quinta parte.

Esa más poblada, más habitable y más habitada Venezuela es un país de apenas 177 mil kilómetros cuadrados, poblado por más de tres de los cuatro millones de habitantes que contaba en 1941 la Venezuela total. Y ese reducido país tenía una densidad no ya de cuatro, sino de diecisiete habitantes por kilómetro cuadrado.

Se puede afirmar que esa tendencia de la población venezolana no ha cambiado, sino que se ha acentuado con la posterior evolución de la vida política, económica y social. El vertiginoso crecimiento de Caracas es muy revelador a este respecto.

Pues bien, a la luz de los datos de 1941, esa pequeña zona, que es el centro de casi la totalidad de la actividad agrícola venezolana, empezaba a mostrar signos de sobrepoblación.

Fuí yo la primera persona que en Venezuela se puso a estudiar el importante fenómeno de las migraciones internas. Los resultados de ese estudio están recogidos en mi libro *Sumario de Economía Venezolana*, publicado en Caracas en 1945. El resultado más impresionante de ese estudio es que la inmensa mayoría de la superficie de esa más habitable Venezuela, era zona de emigración interna. Zona que había alcanzado ya un nivel de población que obligaba a sus pobladores a emigrar hacia otros sitios menos habitables. El descenso de los campesinos andinos de los valles templados de la cordillera a la llanura palúdica y tórrida, es el ejemplo más patético y más revelador de que la región montañosa está sobrepoblada en términos de su capacidad de producción.

Esa población desplazada y en cierto modo excedente se dirigía entonces, y ahora debe dirigirse con mayor intensidad, hacia los campos petroleros, los centros de salarios

gubernamentales, y, los menos, hacia las bajas tierras de cultivos.

Esa Venezuela más poblada empezaba a estar sobrepoblada en 1941 en términos de producción agrícola. Ya no sólo no encontraba cabida en sus nativos campos, sino que sólo pudo seguir trabajando y comiendo en otras partes, en ocupaciones que poco tenían que ver con el incremento de la producción de alimentos.

Ese desequilibrio entre población y producción de alimentos debió comenzar en Venezuela por los años en que toma auge la explotación petrolera. Su primer síntoma visible fué la aparición de la balanza de comercio desfavorable. Eso significaba que ya Venezuela no exportaba productos vegetales y animales y producía alimentos para su consumo, sino que había empezado a pagar con petróleo alimentos importados

Cuando esa transformación comenzó a operarse Venezuela producía alimentos para dos millones ochocientos mil habitantes. La población siguió creciendo luego. Vamos acercándonos hoy a los cinco millones. Pero la producción de alimentos no sólo no ha aumentado sobre los niveles de 1920, sino que ha disminuído, en parte por la erosión de la tierra, en parte por la otra erosión petrolera que ha creado condiciones económicas contrarias al desarrollo de la agricultura venezolana.

No sería exagerado decir que Venezuela hoy no produce alimentos ni para dos millones de habitantes. Que para alimentar nuestra población estamos dependiendo exclusivamente del petróleo y de la importación, y que si el uno o la otra cesasen de pronto, el nivel de vida venezolano bajaría a niveles inferiores al de las más desfavorecidas muchedumbres asiáticas.

Es evidente que en términos de su capacidad de producir alimentos Venezuela es hoy una nación superpoblada. Un país con una población que es casi el doble de la que puede soportar.

Esta peligrosa realidad no puede tener sino soluciones propias y locales. Poco socorro en materia de alimentos puede darle indefinidamente un mundo que en gran escala está padeciendo del mismo mal.

Sin embargo la población de Venezuela sigue creciendo no sólo con un fuerte ritmo vegetativo sino con el añadido de la inmigración.

La riqueza petrolera, al crear condiciones artificiales de vida, puede estimular peligrosamente el crecimiento artificial de la población venezolana. O para decirlo en otros términos más claros: las circunstancias actuales permiten que Venezuela aumente considerablemente el número de los parásitos del petróleo. Pero ese incremento artificial de una población artificial no sólo no es un bien, sino que es un nuevo factor negativo que viene a sumarse a los numerosos problemas que el petróleo ha creado y sigue creando cada día en Venezuela.

Es este un problema tan grave y tan complejo que debe ser encarado con toda seriedad y eficacia no sólo por el Gobierno, que parece ignorarlo, sino por toda la opinión pública.

Desgraciadamente, como ya lo he dicho, parecen seguir prevaleciendo, sobre todo en el Gobierno, conceptos arcaicos en esta delicada materia. Se pretende instaurar en materia demográfica políticas copiadas de ejemplos centenarios, ignorar la realidad económico-social de Venezuela, y no tener en cuenta los aspectos mundiales del problema de la población.

Hay que reaccionar contra todo eso. Hacer un planteamiento moderno y sincero del problema de nuestra población. Integrarlo debidamente dentro del problema central, que es el del combate de nuestra precaria vida económica contra el minotauro del petróleo.

Toda otra forma de plantearlo es incorrecta y extremadamente peligrosa.

La esencia del problema puede plantearse en estos términos que yo propongo a la consideración de los venezolanos: todo aumento de población que no vaya ligado estrechamente a un aumento de la producción, y especialmente de la de alimentos, es perjudicial y contrario al interés de Venezuela. No es un aumento sano de población y de riquezas. Es por el contrario el apocalíptico aumento de los parásitos del petróleo. Un paso más en el camino, ya muy andado, de transformar la vida venezolana (económica, social y política) en artificial y parasitaria.

MÁS SOBRE POBLACIÓN Y EROSIÓN

El mundo está sobrepoblado. Este es el hecho más importante de la política, de la economía y de la historia en nuestros días. Está sobrepoblado porque ya tiene más habitantes de los que puede sostener. Hay más habitantes que recursos alimenticios. Y en lugar de corregirse, esta desproporción tiende a agravarse cada día por la acción de dos factores, que son: el aumento continuo de la población y la disminución continua de la tierra cultivable.

La superficie de la tierra cultivable, es decir de la tierra capaz de producir alimentos es pequeña. Cuatro mil millones de acres, según los más optimistas. Dos mil seis-

cientos millones de acres según las estimaciones más serias. Esa superficie debe producir la alimentación para dos mil doscientos millones de hombres hoy.

Se calcula que para producir la dieta normal mínima necesaria para una persona se requieren dos acres y medio de tierra de productividad normal. Esto significa que, en el más optimista de los cálculos, hay actualmente menos de dos acres de tierra cultivable por habitante del planeta. Esta proporción disminuye cada año. Disminuye porque la población aumenta. El año 2000 habrá tres mil millones de habitantes. Y disminuye además porque la superficie arable disminuye con cada cosecha. La erosión se lleva la tierra vegetal. Mientras más intensivo sea el cultivo, mientras tierras menos apropiadas se siembren para atender a las cada vez mayores y más hambrientas muchedumbres, más fuerte es la erosión. El uso inadecuado de la tierra, el cultivo en laderas, el fuego, el hacha, las lluvias, se llevan la capa vegetal. Una lluvia torrencial puede arrastrar fácilmente una pulgada de capa vegetal de una ladera removida para el cultivo. Y reconstruir una pulgada de capa vegetal le cuesta a la naturaleza de trescientos a mil años de lenta elaboración.

El aumento de la población significa una más rápida destrucción de los recursos vitales. Una activación de la erosión. El hombre ha estado activando la erosión y destruyendo los recursos vitales imprescindibles para su subsistencia en la misma proporción en que su vida civilizada ha aumentado. El hombre ha sido un fabricante de desiertos. No ha sabido conservar el equilibrio entre sus necesidades y el medio en que habita. Ese equilibrio que la naturaleza ha mantenido tan rígidamente para las otras especies, el hombre ha creído poder romperlo por medio de los instru-

mentos de su civilización. En realidad lo ha roto a costa de sus propias posibilidades de subsistencia.

El ser que destruye su medio vital se condena a muerte. Y no otra cosa es lo que el hombre ha venido haciendo especialmente en los últimos siglos, con el incremento de la población y el desarrollo de las técnicas destructivas de aprovechamiento rapaz.

Estas rupturas de equilibrio se habían presentado en zonas locales. La Mesopotamia que fué el asiento de grandes civilizaciones y el sitio en que los antiguos concibieron la ubicación del paraíso terrenal, es hoy un desierto. Un desierto manufacturado. Donde estaban los huertos de aquellas civilizaciones están las dunas de arena.

Estas catástrofes locales o nacionales, no tenían gran importancia, porque la población mundial era pequeña y la cantidad de tierras nuevas casi ilimitadas. Los sobrevivientes de estas destrucciones emigraban a tierras más fértiles. Eran las invasiones y las guerras antiguas.

Después se descubrió América y el límite de los recursos naturales con respecto a las necesidades pareció confundirse con lo infinito. Esa posibilidad de expansión asegurada por la productividad de las nuevas tierras americanas, junto con la revolución industrial fué, una de las causas del crecimiento súbito de la población europea y mundial.

El europeo trajo su técnica destructiva, de saqueo y no reposición de los recursos naturales. Donde vivían un millón de indios y cincuenta millones de búfalos, viven hoy ciento cincuenta millones de hombres y seis mil búfalos. Y ha empezado a crecer el desierto manufacturado.

Ya no hay, prácticamente tierras nuevas. En términos mundiales ya no hay más de dos acres de tierra cultivable por habitante. Y mientras los habitantes crecen esa tierra

cultivable sometida a una intensa e irracional explotación, disminuye a una velocidad espeluznante. Millares de acres de irreemplazable tierra vegetal ruedan al mar todos los años.

Este hecho, que debería resonar con un eco de trompeta apocalíptica, y que debería estar presente en la conciencia de todos los seres humanos, constituye una amenaza más grave y cierta para el futuro de la civilización y aún de la mera sobrevivencia del género humano, que la guerra atómica.

Hay una guerra del hombre contra los recursos naturales. Hay un equilibrio, equilibrio ecológico, entre el ser vivo y el medio vivo que lo sustenta, que no puede ser roto sin que ambos perezcan. Ese equilibrio ecológico entre el hombre y la tierra está hoy roto en términos universales.

Si el hombre no logra restablecer un equilibrio entre la población y la capacidad de producción de alimentos de la tierra, un equilibrio que asegure la continua renovación de los recursos naturales, el hombre y sus civilizaciones están condenados a desaparecer a corto plazo. Pasará en escala universal lo que en escala reducida y local ya pasó hace millares de años en Mesopotamia o hace pocos años cuando surgió el "Dust Bowl" que convirtió en arenales las que fueran ricas zonas agrícolas de los Estados Unidos.

Dos libros recientes, que deberían ser lectura obligada de todas las personas conscientes de la responsabilidad de ser hombres, acaban de plantear en pavorosos términos este drama de la humanidad.

Uno es *Our plundered planet* por Fairfield Osborne, eminente hombre de ciencia, Presidente de la Sociedad Zoológica de Nueva York. Osborne pasa revista a los trágicos hechos que determinan el suicida saqueo de los recursos

naturales del planeta y dice: "Con otra centuria como la última, la civilización habrá de enfrentarse a su crisis final".

El otro libro es *Road to survival* por William Vogt, Jefe de la Sección de Conservación de la Unión Pan Americana, y hombre de grandes conocimientos y vasta experiencia.

Vogt dice: "No hay en el mundo tierra cultivable suficiente para compensar el aumento neto de cincuenta mil estómagos por día. Así como prevemos una continua disminución de la capacidad de sustentación (Carrying Capacity) en casi toda la tierra, y un violento aumento de la población mundial, también debemos prever un notable descenso en nuestro nivel de vida material. El descenso del nivel de vida es inevitable. Debemos comprender que cada grano de arroz que el hombre pone en su boca, cada pedazo de papa, cada trozo de carne, cada mazorca de maíz, debe ser reemplazado por un correspondiente pedazo de tierra en alguna parte del mundo. Debemos darnos cuenta de que no sólo cada área tiene una limitada capacidad de sustentación, sino que además esa capacidad disminuye. mientras la demanda crece".

Vogt pasa revista a la situación de los distintos continentes. Europa, aunque es el menos erosionado ha alcanzado el límite de su capacidad de sustentación. Algo tenía que ver con esto el famoso "lebensraum" de Hitler. La tierra vegetal de Asia está desapareciendo bajo el hormiguero humano que la puebla. África es tierra de limitadas posibilidades.

Y el Nuevo Mundo es uno de los más pobres en tierras y de los más dañados por la acción humana. Vogt lo llama el continente que está desapareciendo. Y dice estas pala-

bras tan graves: "Todos los países latinoamericanos, con la excepción de tres o cuatro, están sobrepoblados. Logran alimentar y abrigar sus pobladores y proveer agua para sus varias necesidades sólo por medio de una progresiva y acelerada destrucción de recursos naturales; la bancarrota biológica pende sobre sus cabezas como una avalancha a punto de desprenderse".

Estos hechos hay que tenerlos muy en cuenta para hablar de incrementos de población en nuestros países. Especialmente en Venezuela. Donde tanto y tan sin concierto se dice y hace en esta materia. De ella dice Vogt estas palabras, que no vienen de un resentido: "El desarrollo del petróleo en Venezuela ha creado una economía autófaga. El petróleo, un recurso no renovable, está siendo rápida y seguramente agotado. Durante años ese país se ha contentado con flotar en esa marea dorada y no ha comenzado siquiera a producir las cosechas, la carne, los productos lácteos que pudiera. La masa de la población, poco beneficiada por el petróleo, se sostiene de una agricultura de subsistencia, con el resultado de que Venezuela es uno de los países más erosionados del hemisferio."

Nada más. Pero es bueno repetir que las ideas que hoy se mantienen en Venezuela en materia de población son inadecuadas, anacrónicas y contrarias al interés nacional.

INMIGRACIÓN Y CONTRADICCIONES

A la luz de los nuevos conceptos y hechos de la demografía y de la economía mundiales he estado tratando, en sucesivos artículos, de presentar en los términos más exactos posibles los problemas que plantea hoy el crecimiento

de la población venezolana. No sólo su crecimiento vegetativo sino su crecimiento por inmigración.

No he pretendido descubrir nada, sino presentar cifras y hechos concretos venezolanos, y correlacionarlos con cifras y hechos concretos de la situación mundial en materia de alimentos y de población. No he dicho en ningún momento que no sea conveniente la inmigración. He dicho, en cambio, y quisiera ratificarlo, que las ideas que el Gobierno y una parte de la opinión pública parecen sostener en materia de población y de inmigración son no sólo anticuadas, sino erróneas. Son en lo esencial las ideas de Alberdi, que se referían a la realidad mundial y argentina de hace cien años, que es no sólo diferente sino hasta contraria a la realidad mundial y a la realidad venezolana de hoy.

Esas cifras y esos datos no han sido refutados con otras cifras y otros datos. Algunos han creído refutarme con generalizaciones literarias. Es un mal camino que no conduce a salir del error sino a perseverar en él. Otros se han dedicado, con benedictina laboriosidad, a comprobar con viejos textos y confrontaciones lo que llaman mis inconsecuencias en materia de inmigración. A probar que yo ayer sostenía una cosa, y hoy sostengo otra diametralmente opuesta.

Esto no es verdad. Yo no he renegado de mis ideas, sino que he complementado mis conocimientos. Ahora sé un poco más de lo que sabía hace algunos años. Y espero saber un poco más mañana, de lo que sé hoy. Y si lo que aprendo hoy me revela que lo que ayer pensaba era erróneo, no tendría ningún empacho en reconocerlo así y en rectificar mi error. Eso es lo científico y lo sincero. Vivir aumentando, comprobando y verificando nuestros conocimientos.

No en una actitud dogmática como de quien todo lo sabe y está sentado sobre la roca de la verdad, sino en la actitud de abierta comprensión de quien no cesa de someter a comprobación lo que cree conocer y anda en la decidida busca de la verdad.

Yo creo que en materia de población y de producción de alimentos hay hoy hechos nuevos que cambian radicalmente la consideración que se ha venido dando a estas materias. Hechos nuevos comprobados estadísticamente y sustentados por la mayoría de los hombres de ciencia que se dedican a esas investigaciones. Y yo creo, además, que si un país como Venezuela le vuelve la espalda a esos hechos y conceptos para encarar el problema de su población está incurriendo en un error de mortales proporciones.

A esas personas que han creído replicarme con generalizaciones, y más aún a los que crean que yo estoy esgrimiendo sofismas para utilizarlos en la lucha política, tengo que advertirles que se equivocan y que mejor harían, en bien propio y del país, en abrir los ojos y ponerse a comprobar lo que he venido diciendo. Más les debería Venezuela si se dedicaran a verificar la veracidad de los hechos que yo presento.

El primero de esos hechos es que el mundo actual está sobrepoblado, peligrosamente sobrepoblado, en relación con su capacidad de producir alimentos. Y ese desequilibrio entre población y capacidad de sustentación del mundo tiende a acentuarse y agravarse cada día con el aumento neto de cincuenta mil estómagos diarios. Los términos exactos de ese drama pueden hallarse en cualquier obra científica reciente sobre problemas demográficos. En los últimos años, especialmente los más destacados científicos americanos en materia de ecología, demografía y geografía humana, han publicado libros de capital importancia sobre estas materias. Libros que no puede ni debe ignorar nadie que se atreva a opinar de estas materias. De entre esos libros hay algunos que yo recomiendo calurosamente a los venezolanos que se preocupan por estas cuestiones. Ellos son: *Human breeding and survival* por Burch & Pendell; *The World's hunger* por Pearson & Harper; *Our plundered planet* por Fairfield Osborn; y *Road to survival* por William Vogt. Algunos de estos libros los he enviado a la Biblioteca Nacional de Caracas con la esperanza de que alguien se aventure a leerlos.

El desequilibrio entre la población y la capacidad mundial de producir alimentos es particularmente grave en la América española. En ella se complica con el problema de la erosión creciente. Mayor población significa mayor explotación de tierras inadecuadas. Tierras cuya explotación significa la segura pérdida de la capa vegetal. Es decir un empobrecimiento creciente e irreparable de esos países. Estas circunstancias han llegado a revestir tan amenazador aspecto que en la reciente Conferencia celebrada en Denver, Colorado, sobre conservación de recursos naturales renovables, a la que asistió una numerosa delegación venezolana, algunos de los técnicos de más fama y autoridad llegaron a recomendar no sólo que los países hispanoamericanos pusieran coto a la inmigración, sino aun que pensaran seriamente en la posibilidad de un control de la natalidad.

Venezuela, como ya lo he dicho varias veces, no es la excepción dentro de este cuadro general. Por el contrario, desgraciadamente, es uno de los países más afectados por el desequilibrio. Hace tiempo que no produce los alimentos suficientes para su población. Desde que tomó auge la explotación petrolera no produce ni la mitad de los alimentos

básicos que necesita su población. Y esa escasa producción se ha venido manteniendo al precio de uno de los más rápidos y destructivos procesos de erosión que conoce el continente.

Esto significa que hablar vagamente de aumentos de producción y de población en Venezuela, y lo que es aun peor: realizarlo, puede traducirse en un mayor mal para el país. Porque un mal, y de los más graves que puede padecer una nación, es no tener capacidad de producir alimentos para una población creciente, dentro de un mundo que viene sufriendo progresivamente de ese mismo mal, pero aun peor es que las tentativas de producir alimentos para esa población creciente se transformen en un incremento de la erosión. Que es lo que fatalmente está ocurriendo.

El caso de Venezuela se complica aún más por la existencia de su economía petrolera. Si Venezuela fuera el país normal de 1906, el crecimiento de su población estaría automáticamente sometido al aumento sano de su capacidad de sustentación. No vendrían sino los inmigrantes que pudiera absorber el trabajo agrícola e industrial. Pocos o muchos pero directamente adecuados a la capacidad real de producción del país. De un país agrícola cuya producción principal era de alimentos. No hubiera habido la posibilidad de que la población hubiera crecido por encima de la capacidad de sustentación efectiva. Los inmigrantes que hubieran venido en exceso de esa capacidad hubieran tenido que marcharse, y aun los nativos en exceso hubieran tenido que emigrar como lo hacen actualmente los portorriqueños. De todos modos hubiera quedado en pie el problema de la erosión.

Pero el desarrollo monstruoso de la economía petrolera,

que ha creado o sobrepuesto a la nación verdadera una enriquecida nación fingida, le permite a Venezuela ofrecer trabajo, trabajo derivado del petróleo que no de las actividades propias y permanentes, a una población creciente de nativos y de inmigrantes. Es decir, la economía petrolera está poniendo a Venezuela en el camino de aumentar su población fuera de proporción con su capacidad efectiva de sustentación. Eso es crear una población artificial. O lo que es lo mismo un nuevo y muy grave problema para la hora del catastrófico reajuste. Para la trágica hora en que la Venezuela fingida del petróleo desaparezca, con sus decoraciones de papel y su festín, y haya que reducirlo todo a las infranqueables dimensiones de la tradicional y pobre Venezuela del café y el cacao.

Si se abren hoy las puertas a la inmigración, Venezuela se llenaría de tantas personas como la economía petrolera puede sostener, que ya hoy son más del doble de las que la Venezuela verdadera puede sustentar.

Este es, sencillamente el problema. Estos son los términos en que hay que plantearlo. No se trata de ser amigo o enemigo de la inmigración. Se trata de que la población de Venezuela guarde adecuada relación con su capacidad real de sustentación.

O en otros términos: poblar a Venezuela en la medida de su capacidad real de sustentación y no en la medida de su capacidad de producir momentáneamente divisas petroleras. Poblar para la Venezuela permanente y para su equilibrio estable. Y yo me temo que lo que se está haciendo es simplemente aumentar sin sentido el número de los parásitos del petróleo.

Lo que yo he dicho y lo que yo quisiera repetir hasta que todo venezolano lo aprendiera, es que todo aumento de

población que no guarde relación con la capacidad de producir alimentos, o que para lograrlo ocasione un incremento de la erosión, es contrario a los más vitales intereses del país.

No creo que esto esté en contradicción con lo que yo haya podido decir sobre inmigración en años anteriores. Pero tampoco sería el temor a una contradicción lo que podría detenerme en el camino de alertar a mi país sobre uno de los más temibles peligros que lo amenazan.

EDUCACIÓN

LA CRISIS DE LA UNIVERSIDAD VENEZOLANA

Con dolor y profundo interés he estado siguiendo los recientes sucesos de la Universidad Central. Los considero como la manifestación exterior de una crisis honda y grave que anuncia nuevos males para el porvenir de Venezuela. Aparece la Universidad convulsionada y sin sosiego, o lo que es peor, sin ritmo de trabajo, ebria de palabras hueras, casi vacía de contenido, donde los profesores y los estudiantes se afrontan como enemigos, donde nadie parece saber exactamente su deber, donde los más de los que enseñan recitan en un vacío intelectual y los más de los que ocupan las bancas, ni aprenden nada, ni saben para qué tienen que aprender, donde parecen estar predominando los fines mezquinos: en los estudiantes la rápida y fácil obtención de un título que les de derecho a entrar pronto en el carnaval de dinero que hoy recorre a Venezuela, y en los profesores, en muchos casos, el ostentar una dignidad académica que pueda tener buena cotización en el mercado político.

Yo no puedo medir hasta dónde ese espectáculo les duela a los venezolanos que viven la zarabanda de hoy. Pero a mí que estoy lejos me duele mucho.

Estoy precisamente en una gran Universidad norteamericana, mirando con sana envidia la vida y el desenvolvimiento poderoso de una admirable institución de enseñanza. La Universidad de Columbia, con sus treinta y tantos mil estudiantes, es una serena y concentrada casa de estudios. Los hombres que enseñan en ella no tienen otro objeto que estudiar sin tregua para mejorar cada día su enseñanza, y sus estudiantes, que comprenden desde adolescentes recién salidos del "college", hasta veteranos de las duras campañas del Pacífico y Europa, hasta hombres maduros y hasta ancianos, saben que están pagando, o que la nación está pagando por ellos, buen dinero para aprender, para adquirir conocimientos que hayan de ser útiles para mejorar sus propias vidas y para servir a la vida de la nación. Todos llevan un fin claro. Entienden que la Universidad es una ocasión extraordinaria que se les ofrece y que deben aprovechar codiciosamente. Y la aprovechan trabajando con esa dedicación, esa eficacia, esa voluntad de llegar que es una de las grandes fuerzas del pueblo de los Estados Unidos.

El contraste con lo nuestro es flagrante e invita a reflexionar seriamente sobre esas diferencias que tanto dicen, que tanto podrían decirnos sobre nuestros propios errores.

Tampoco puedo olvidar, que en alguna forma personal me toca muy de cerca lo que está ocurriendo. La Ley de Educación vigente lleva todavía mi firma, y aunque ha sido alterada y remendada hasta desfigurarla, queda en ella todavía mucho de la intención con que nació. Mientras fuí Ministro de Educación Nacional me preocupó mucho el problema de las universidades. No se me ocultaban los vicios que el sistema tenía. Había que modificar mucho

y a fondo, pero con buen sentido y sin demagogia y sin festinación.

Recuerdo que a alguien, que una vez me preguntaba sobre mis proyectos educacionales, le respondí más o menos que yo no tenía proyectos míos, que mi interés no estaba en realizar muchas cosas transitorias o descabelladas o buenas con mi nombre, sino en llegar a concebir el problema de la educación venezolana en la forma más objetiva posible, preparar un sistema adecuado y sensato para resolverlo en una acción nacional de veinte, treinta o cincuenta años y limitarme yo a dirigir la realización de la vigésima o quincuagésima parte de ese programa durante el tiempo de mi ministerio. Eso pensaba entonces. Y eso sigo pensando ahora. Y creo que lo que más ha faltado en educación como en lo demás en nuestro país ha sido una leal tentativa de ese tipo para despersonalizar y objetivar las cuestiones.

Lo que pensaba entonces de los problemas educacionales y especialmente de los universitarios está expuesto en síntesis en las dos Introducciones que me tocó escribir para las Memorias de Educación de los años 1940 y 1941. Me veo impedido de citar exactamente algunos de los conceptos que allí expresé, porque los ejemplares que conservaba de esos documentos desaparecieron en manos de los saqueadores que arrasaron mi casa el 18 de octubre. Pero en lo esencial los recuerdo porque siguen siendo los que sustento.

Pensaba que había que elevar el nivel docente de la universidad venezolana, cerrarle la puerta a los cazadores de borlas, a los estudiantes profesionales, a los vagos y maleantes refugiados en los claustros, y hacer una selec-

ción tanto del personal docente como de la población estudiantil. No muchas universidades malas y costosas, sino pocas y buenas. Examen de admisión para gozar del privilegio de la educación universitaria. Fijación de cupos que limitaran la entrada, pero a base de un sistema que no le impidiera llegar a ningún hombre capaz intelectualmente, por pobre, desvalido o remoto que se hallase. Intensificación de la docencia en cantidad y calidad. Exámenes trimestrales rigurosos. Cooperación de los profesores con los estudiantes. Y posibilidad de hacer que la enseñanza universitaria no siguiera siendo gratuita, porque la enseñanza universitaria gratuita, que es una injusta carga para el Estado, tiene además el inconveniente de que favorece la irresponsabilidad de profesores y estudiantes. Lo que nadie paga a nadie le duele.

El primer paso hacia ese fin estaba contenido en el artículo del proyecto de ley que presenté y que se limitaba a establecer que la enseñanza primaria elemental sería gratuita en los planteles oficiales. Demagogos de la educación se opusieron y lograron que la ley dijese que toda la enseñanza en los institutos oficiales sería gratuita.

No está demás recordar estos antecedentes porque ellos permiten por lo menos aclarar, de qué lado están las responsabilidades en el origen de lo que ahora está ocurriendo.

El problema universitario venezolano lejos de resolverse se ha ido agravando, porque se ha partido de un planteamiento falso del problema.

Muchos se han planteado la cuestión de muy diversas maneras y casi todas las contradictorias iniciativas que hemos visto sucederse en los últimos tiempos obedecen a esos planteamientos falsos o incompletos.

Algunos han creído que el problema universitario es un problema material. Buenos edificios, buenos laboratorios, buenas bibliotecas. Sin duda que una Universidad necesita de todas estas cosas y en cantidad suficiente. Pero con ellas solas tampoco se hace una universidad. La levadura espiritual que le da vida a una casa de estudios no está en los libros, ni en las probetas, ni en los auditorios. Todo eso podría existir también en un desierto espiritual y no tendría ningún fruto.

Otros han visto el problema universitario desde un ángulo exclusivamente político, o mejor dicho demagógico. Para ellos el problema se ha reducido a dar puerta franca en la universidad, a establecer una lotería de títulos y distinciones académicas, a creer que se abre una universidad dondequiera que se abre un edificio con este nombre. A tomar siempre ante los problemas por la línea de menor resistencia, sin percatarse de que el problema pospuesto hoy es problema doble para mañana.

Otros son los palabreros, esa plaga de semiletrados que la mala Universidad engendra, y para quienes todo es cuestión de nombres, de imitaciones, de importación de novedades. Gentes que andan pensando en la reforma universitaria argentina del año 18, cuando ya esa reforma está repudiada y carece de sentido ante las cuestiones actuales. Gente que se leen, entre el mitín y la intermediaria, una mala traducción de Dewey, o un manido fragmento de Ortega o algún criptograma alemán y creen descubrir un concepto nuevo, una fórmula rara, que ni conocen ni entienden y ya no tienen paz hasta que logran hacerla adoptar como principio de la vida educacional.

De todo ello sale esta Universidad sin rumbo, desorientada, casi sin ser, que desgraciadamente está en la

incapacidad de ser la que vaya a dar los hombres reflexivos, investigadores, disciplinados que Venezuela ha de necesitar para que la saquen de la selva oscura y de la borrachera de palabras en que está extraviada.

La verdad es que la crisis de la Universidad es una crisis espiritual y moral. Se le darán edificios, se le darán laboratorios, se le darán libros, se fundará una en cada pueblo, en cada cerro, se llegará a abrir sus puertas para todo el que se le ocurra, casi sin exigir ningún requisito de conocimientos o de grados, o de exámenes, pero cada día será menos una Universidad, cada día será menos una casa de estudios, cada día será menos el plantel de donde puedan surgir los hombres que el país requiere para su superior dirección.

Si hubiera de citar un solo ejemplo para revelar hasta qué punto la Universidad no cumple su misión, citaría las tesis de grado. En su inmensa mayoría son pobres, meras elucubraciones retóricas, o simples copias fragmentarias de manuales. El más oscuro estudiante de la más modesta universidad norteamericana sonreiría ante eso que nuestros bachilleres y doctores llaman tesis.

Con contadísimas excepciones la tesis nuestra no es el centro de la vida docente, sino una mera y simple formalidad. Ningún estudiante trabaja seis meses, por no decir un año o dos, bajo la diaria dirección y consulta de un profesor, en una investigación a fondo de un tema de tesis. En una investigación en que lo importante no es la prosa literaria o los chispazos de talento, sino la información sistemática acumulada, el agotamiento y aprovechamiento de todas las fuentes de información, la elaboración de la bibliografía más completa posible sobre la materia, y la presentación clara, didáctica y metódica de todo lo que se sabe

y existe sobre el tema. Es decir una obra que se transforma inmediatamente en una nueva fuente de aprendizaje y de enseñanza y que viene a ser como el fruto maduro de la vida universitaria.

Y eso que pasa con las tesis no es sino el reflejo de la desorientación de la vida universitaria, de lo que hay que llamar por su nombre como la crisis espiritual y moral de la Universidad.

La simple verdad, la verdad siempre es simple, es que nuestra universidad seguirá en crisis mientras todo su esfuerzo, el de autoridades, profesores, estudiantes, no se dirija exclusivamente, y por las vías más directas y eficaces, hacia su único y verdadero fin: ser una casa de estudios. Una casa donde se trabaja para enseñar y aprender.

Todo lo que tienda a dirigirla en ese sentido será útil y bien encaminado.

Todo lo que la aparte de ello, será pernicioso y contrario a sus fines.

Bastaría con analizar a la luz de ese criterio simple todo lo que se ha hecho y se propone hacer, para saber inmediatamente si se trata de una medida útil o de un nuevo disparate.

La Universidad no saldrá de su profunda crisis sino el día en que se resuelva a no ser otra cosa que una casa de estudios, a rechazar decididamente todo lo que le distraiga de ese fin, porque ese día todo lo demás le vendrá por añadidura, o a lo mejor descubrirá que ya lo tenía y que simplemente lo ignoraba: los medios materiales, los verdaderos profesores, los verdaderos estudiantes.

UNA UNIVERSIDAD FORMADORA

La Universidad venezolana está en crisis. Éste es un hecho evidente. Hay en ella autoridades, hay en ella profesores, hay en ella estudiantes, hay en ella edificios, laboratorios, dotaciones. Lo hay todo, abundantemente y a veces de muy buena clase. Lo que no hay es espíritu universitario.

Las fuerzas negativas, disolventes y desviadoras que han estado obrando sobre la vida nacional se han reflejado fatalmente en esa zona de mayor sensibilidad y de mayor resonancia. La Universidad se ha vuelto una arena política, un almácigo de ambiciones, una palestra para hablar de lo transitorio y de lo fragmentario, y así se ha dejado de lado su verdadera y fundamental vocación, que es ser una casa de estudio.

La Universidad debía ser una casa de estudio. Una casa de estudiantes y profesores dedicados al cultivo y a la transmisión de la ciencia. De la ciencia pura y de la ciencia aplicada a lo humano, y a lo más inmediato de lo humano que para nosotros tiene que ser lo venezolano. Una casa donde se adquieran conocimientos y donde además se adquiera una mentalidad. Una mentalidad de labor, de disciplina y de servicio. Es decir la Universidad debe formar los mejores hombres para el futuro de Venezuela. No hombres para la plaza pública o para el enriquecimiento, sino hombres para enfrentarse eficazmente y con una conciencia sin flaqueos a los males, las taras y los problemas del país. Hombres para dirigir el combate contra las condiciones del atraso y de la debilidad venezolana en todos los frentes.

Esos hombres no los podrá dar la Universidad actual sino por excepción, por puro azar. Porque las circunstancias han venido a hacer de ella no una Universidad formadora, sino un recinto deformador. Muy profundamente ha sido sacudida por la política, por la demagogia, por la subversión profunda de medios y de fines que ha venido experimentando toda la vida nacional. Las mejores voluntades de autoridades, profesores y estudiantes se han venido agotando en ella sin fruto apreciable. Las autoridades ven copado su tiempo y su capacidad de trabajo en el forcejeo estéril con las encrespadas y contradictorias corrientes políticas que no dan tregua para planear, ni ocasión para sembrar, ni posibilidad de cosechar. Los profesores se ven aceptados o repudiados, con agresiva violencia, por motivos de simpatía o antipatía política, pero sin oportunidad ninguna de enseñar, de orientar, de cultivar espíritus y de formar vocaciones. Los estudiantes que vienen buscando una Universidad se encuentran un club político, una feria de estímulos disolventes, y muchas inmorales invitaciones a la facilidad. Si no naufraga es porque tiene condiciones morales e intelectuales extraordinarias. Pero, en este caso, más es lo que tiene que rechazar que recibir de la Universidad. Más es lo que tiene que defenderse que aceptar. Más es lo que tiene que aislarse que unirse y entregarse. Y terminará por ser, en lo intelectual y en lo moral, un autodidacta, que es precisamente el polo opuesto de lo que debe ser un universitario.

Estos males son ciertos y de muy difícil remedio. En los últimos tres años se agravaron y enraizaron de tal modo que casi hay que desesperar de erradicarlos. Su espan-

table vigencia se revela en el creciente número de estudiantes venezolanos que salen a cursar estudios en universidades extranjeras. No van buscando más ciencia. Van huyendo de la deformación. Es un síntoma grave que debería hacernos reflexionar a todos. Es como si no hubiera en Venezuela verdadera oportunidad de estudiar y de eso que, con tan buen sentido, llaman nuestras gentes: prepararse. Porque estudiar no es coleccionar conocimientos, es sobre todo prepararse. Prepararse para algo, para enfrentarse con algo, para hacer algo, que no es ciertamente dinero y bienestar personal.

La fuga de Venezuela tampoco es una solución. No está al alcance sino de un grupo relativamente pequeño, y salvo en determinadas disciplinas, la formación en el extranjero no reemplaza sino deficientemente la formación en el propio medio. Cuando vuelvan algo tendrán de incompleto para lo que Venezuela los quiere.

La solución tiene que estar en Venezuela. Venezuela necesita producir ese puñado de hombres, de alta calificación moral, intelectual y técnica, que van a enfrentarse con los duros problemas de su futuro. Venezuela necesita el grupo dirigente capaz de sacarla adelante en el azaroso próximo tercio de siglo. Necesita los hombres que van a salvarla de morir con el petróleo, los hombres que van a curar su suelo erosionado, que van a dirigir la construcción de una economía propia, y a concebir y sustentar las instituciones políticas y sociales que haya de requerir en los próximos estadios de su evolución. Y esos hombres han de salir de la Universidad venezolana o no saldrán de ninguna parte.

Es pues, literalmente, el futuro entero de la nación el que está en juego en esta ya larga crisis de nuestra Universidad. Todo lo necesario para formar esos hombres Venezuela lo tiene. Tiene ilustres maestros, sabios profesores, investigadores del medio propio, excepcionales creadores de luces intelectuales; tiene también una juventud ávida y entusiasta, en la que abunda la inteligencia, y que es sensible a los estímulos nobles. Hay, mientras dure el petróleo, sobrados recursos materiales. Lo que falta es combinarlos.

El ensayo de combinarlos es lo que muchas veces se ha intentado, con sobrada voluntad y luces, en la Universidad nacional. Pero no ha sido posible lograrlo. Hubiera sido necesario, en cierto modo, sustraer la Universidad del ambiente banderizo y febril que agitaba el país, y eso, por definición, es casi imposible en una Universidad del Estado.

Independientemente de lo que se haga en la Universidad Nacional, y acaso como una contribución indirecta pero muy eficaz a la solución de sus problemas, el ensayo hay que intentarlo en el terreno privado. Yo creo, no sólo que la hora está madura en Venezuela para la fundación en Caracas de una Universidad privada, sino que el país lo requiere con una urgencia inigualada en ningún otro aspecto de su vida colectiva.

La Universidad privada podría llenar una misión casi excepcional. Podría sustraerse casi totalmente de la política momentánea, para entregarse a servir el destino nacional a largo plazo. Podría seleccionar rigurosamente profesores y estudiantes. Podría disciplinar a ambos. Podría exigir y dar en términos estrictos. Podría establecer un alto nivel de rendimiento universitario que actuaría por reflejo en el orden interno de las universidades nacionales.

Esa Universidad debería ser sustentada exclusivamente por aportes privados, su dependencia del Estado debería reducirse a la fiscalización y supervisión del Ministerio

de Educación, pero sin ninguna especie de subvención. Debería ser pagada por todos los estudiantes, cobrando matrículas suficientes para cubrir sus gastos de operación. Debería contar con el apoyo financiero de particulares y de instituciones privadas. Debería gozar de la mayor independencia ideológica y de la mayor libertad académica. Su finalidad de todas las horas y en todos los aspectos sería vivir y actuar como una casa de estudios. Una casa de estudios, poblada por una laboriosa comunidad de profesores y estudiantes, al servicio de Venezuela y de su futuro.

Hay en Venezuela suficientes hombres capaces para llevar esta idea a la realidad. El momento es oportuno. Y no hay hospital, escuela, ni carretera, más vital para el presente y el porvenir de Venezuela que esta obra de verdadera salvación, de verdadera fe y de verdadera esperanza.

UN RESPONSO A LA EDUCACIÓN VENEZOLANA

De una manera curiosa, y que da mucho que pensar sobre la independencia y las facultades deliberativas del Congreso, el Ministro Prieto envió el 10 de agosto a las Cámaras un proyecto de Ley Orgánica de la Educación Nacional para que entrara en vigor el 16 de septiembre.

Los que fuimos Ministros de Educación, en otras situaciones, y presentamos proyectos de Leyes de Educación, enviábamos esos proyectos en los primeros días de la apertura de las sesiones, y después de tres meses de zarandeados debates, dentro y fuera del Parlamento, la Ley salía con muchas modificaciones en las horas finales del cierre de las Cámaras Legislativas. Éste fué exactamente el caso

de la vigente Ley de Educación que yo presenté, como Ministro del Ramo, al Congreso Nacional de 1940.

Pero el Ministro Prieto, con su dócil mayoría parlamentaria, sabe que puede darse el lujo de enviar al Congreso un proyecto tan debatible y de tanta importancia, para que se lo devuelvan listo y sancionado en menos de un mes.

Ese solo hecho hace ver a las claras cuán inútil es tratar de opinar sobre ese proyecto. Tratar de objetar lo mucho objetable que tiene. Nadie va a hacer caso. Los encargados de sancionarlo lo sancionarán contra viento y marea, y a la República se le infligirá este esperpento jurídico de tremendas consecuencias.

Por eso mismo, no voy a incurrir yo en la candidez de objetarla. Pero tampoco puedo permanecer en silencio ante un hecho tan grave. No intento enmendar nada. Pero, por lo menos, creo tener el derecho de rezar en público parte del responso funeral que hay que empezar a hacerle a la educación venezolana.

Esta ley remata y corona un proceso destructivo. Un proceso que comenzó con los ensayos pedagógicos de la revolución de octubre, que tuvo sus manifestaciones primeras y más sonadas en aquellos escandalosos decretos que terminaron por hacer de la educación una especie de carnaval bufo, con la supresión de los exámenes, de los controles, de la disciplina. Una crisis profunda cuya manifestación más reciente ha sido la huelga universitaria.

Se ha querido hacer de la educación nacional una especie de conejillo de laboratorio sobre el cual ensayar doctrinas mal aprendidas, vanidades contenidas y disparates de toda laya. Y a conejillo de laboratorio va quedando reducida.

No ha habido continuidad en nada sino en el fomento de las palabras y el ruido. Lo que importa no es que las gentes aprendan las cosas que les van a servir para la vida, sino que el nuevo ministro tenga su ley, y que esa ley invoque un remoquete nuevo.

Todo esto son pamplinas. Lo que la Educación venezolana necesita no son rótulos. Lo que necesita es estabilidad y seriedad. Lo que necesita es que en las escuelas y en las universidades, se enseñe y se aprenda, y que los educandos salgan, no con la cabeza tan atiborrada de nomenclaturas huecas, sino con las nociones fundamentales que les han de permitir vivir mejor, sacar mejor provecho de su medio y ser más útiles a los demás. Y para eso lo primero es la estabilidad. Lo primero es mantener una tradición, una continuidad dentro de ciertas normas. Y eso es precisamente lo que nuestra educación no ha logrado tener.

Véase lo que ha sido nuestra educación en el último medio siglo. Una serie de ensayos aislados y contradictorios. Lo que hace Eduardo Blanco lo rechaza Guevara Rojas, lo que hace Guevara Rojas lo rechaza Rubén González. Casi cada promoción de estudiantes ha seguido planes de estudios distintos. El resultado de todos estos ensayos fugaces ha sido la más espantosa inestabilidad, y el descrédito consiguiente de la educación venezolana.

La ley que yo presenté en 1940 pretendía no sólo, no romper con lo que venía existiendo, sino establecer las bases más amplias y seguras para que empezara una época de estabilidad educacional. Se establecían normas fijas y básicas pero lo suficientemente elásticas para durar. Se abría la puerta a todos los ensayos nuevos (véase el artículo 10), pero limitándolos a meros ensayos cuya ulterior extensión y adopción pertenecía al Poder Legislativo. Sobre esa ley, con modificaciones parciales periódicas ha podido estructurarse la educación nacional por treinta años. Ya hubieran existido una tradición y unas normas. Pero vino la revolución, y, como en todo lo demás, tiró la casa por la ventana.

Y ahora esa obra destructiva viene a culminar en la promulgación de esta ley que es la expresión más descarada de la demagogia y del sectarismo.

En el camino de deshacer la educación venezolana, esta ley da un paso tan audaz que pone miedo el solo considerarlo.

Hasta ahora las iniciativas de los Ministros de Educación habían tenido una limitación efectiva en el Congreso. No era fácil hacer pasar una ley de educación. No sólo el Congreso sino todo el país se movía. Desde 1936 se estuvo intentando modificar el sistema educacional para introducir algunas mejoras que eran inaplazables. Sin embargo, no fué posible lograrlo hasta 1940. El Congreso no dejó pasar ninguno de los proyectos. Y cuando pasó el último mencionado, fué después de debates que abarcaron todo el período de sesiones, y cuando se hubo demostrado la necesidad y conveniencia de todas las reformas que se adoptaron.

El hecho de que las Leyes de Educación contuvieran pormenorizadamente todas las disposiciones que afectan materia tan importante, y de que hubieran de modificarse por ante el Poder Legislativo constituía un mínimum de estabilidad y de seguridad que era favorable al supremo interés de la Nación.

Pues bien, ese mínimum de seguridad y de estabilidad, lo echa hoy por la borda el proyecto . La ley se

limita a establecer ciertos oscuros principios y a dejar toda la organización de la educación al arbitrio del ministro. El Ministro determinará la duración, el contenido y la forma de la educación Primaria, de la Secundaria, de la Especial y de la Superior. Todo cuanto se relaciona con el funcionamiento y con la vida de las Universidades queda a discreción del Ministro. El adoptar o desechar el sistema de exámenes, o el imponer cualquier otro medio de verificación de conocimientos, queda al capricho del Ministro. La determinación de los pensum, del número y clase de materias por año, también le incumbe. Esta ley convierte al Ministro en el zar de la educación, el autócrata absoluto que a su guisa y voluntad hace y deshace cuánto le venga en gana.

En virtud de esta ley absurda cada Ministro de Educación tendrá en su manos, sin control posible del Poder Legislativo ni de ningún otro, la posibilidad de hacer tabla rasa de todo lo anterior y de ensayar sus propios y nuevos disparates. El derechista los hará de derechas, el izquierdista de izquierdas, el independiente de todas las pintas. La llegada de cada nuevo Ministro abrirá un compás de zozobra y de inquietud. Cada seis u ocho meses habrá nuevos reglamentos, nuevos sistemas de enseñanza, materias añadidas y suprimidas, innovaciones, innovaciones, innovaciones. El torbellino de la educación nacional.

La facultad de reglamentar es ilimitada. La forma oscura, vaga y abstracta en que la ley está escrita hace imposible que ninguna interpretación pueda considerarse contraria a su espíritu, propósito y razón.

Piénsese, por ejemplo, en lo que quieren decir artículos como los siguientes: "Artículo 13. — La Escuela Venezolana es un sistema de correlaciones técnicas y administrativas de la enseñanza sistemática que se extiende, sin solución de continuidad, desde la educación pre-escolar hasta los estudios superiores". "Artículo 26. — La Educación de Segundo Ciclo o Media, comprende los estudios de humanidades y profesionales que se realizan sobre la base de los cursos completos del Primer Ciclo, continúa el proceso formativo anterior desarrollando la cultura integral de los alumnos, y capacita para las funciones de orden técnico que requieren los servicios de la sociedad y del Estado". "Artículo 43. — Los institutos de Educación Superior, en lo relativo a su régimen docente, a sus planes de estudio, a sus métodos de trabajo y a sus programas de asignaturas, estarán ajustados a las correlaciones que exige la unidad funcional del sistema educativo del Estado". Con estas tres muestras basta. Semejante galimatías permite que se haga lo que se quiera en las Escuelas, los Liceos y las Universidades. ¿Quién puede decir que algo es contrario a esos ininteligibles preceptos? Tanto valdría que la ley no tuviese sino un solo artículo redactado así: Cada Ministro de Educación tiene el derecho de hacer lo que le dé la gana. O acaso mejor: El sistema educativo de Venezuela será lo que cada Ministro de Educación quiera que sea.

Esta ley monstruosa y anti-venezolana es la hija del sectarismo, de la demagogia y de la falsa ciencia. En lugar de principios erige caprichos, en lugar de la estabilidad, el perpetuo deshacer, una ley de orgullos y de negaciones.

Tiene además un rasgo muy llamativo. Esta ley de vagas enunciaciones generales, que las cosas más vitales y decisivas las deja a los reglamentos, entra sin embargo, por reveladora excepción, a una minúscula reglamentación.

Dice, por ejemplo, que a los Maestros de Educación Primaria se les habrá de llamar Profesores de Primer Ciclo, y que, de entre ellos, se reclutarán de preferencia los candidátos a Profesores de Segundo Ciclo. Este disparate que viene a contradecir una tradición milenaria, no puede haber nacido de los maestros venezolanos. Yo los he conocido bien y sé cuánto vale su tesonera humildad y su devoción inmensa. Y sé que saben todo lo que significa la palabra maestro. Esto viene de unos pocos a quienes parece dolerles en la vanidad el nombre de maestros y quieren, contra la razón, la tradición y la verdad, que se les llame profesores. El orondo título en lugar del tierno nombre. Pareciera una ley hecha por maestros que le tienen asco al título de Maestro.

Habría mucho más que decir. Pero éste no es alegato sino responso. Un breve responso a la muerte de la educación venezolana.

LA ENSEÑANZA DE LA DEMOCRACIA

Siempre he mirado con desconfianza esa asignatura que en nuestras escuelas se denomina Instrucción Moral y Cívica. Nunca he creído que ésa sea una asignatura concreta y delimitada como la Aritmética o la Geografía. Ni que un maestro pueda estar encargado de enseñarla. No se aprende moral en lecciones memorizadas. No se aprende como un catálogo de preceptos y de reglas. Y si se aprende así, vale tanto como si no se aprendiera y resulta un simple esfuerzo baldío. Tampoco se aprende a ser buen ciudadano de una democracia aprendiendo los principios abstractos en que se funda un gobierno democrático.

Tampoco se aprende democracia organizando repúblicas de escolares con el minucioso funcionamiento de unos poderes democráticos en miniatura. Eso no pasa de ser un juego. Los niños juegan al gobierno democrático como jugarían a los piratas. Y en el mejor de los casos no aprenden sino el mecanismo exterior del gobierno representativo y de la división de los Poderes, y algunos de los vicios y de los aspectos negativos de la democracia. Como son la oratoria vacua, el verbalismo excesivo, la demagogia y el narcisismo del Poder.

La verdad, y ya nosotros deberíamos saberlo en Venezuela por propia experiencia, es que no se enseña democracia como una asignatura ordinaria, ni tampoco como un juego. Esta es una cuestión fundamental que debe ser meditada muy cuidadosamente por los que tengan a su cargo la dirección y la concepción del objeto de la educación venezolana.

No ha sido eficaz la escuela venezolana en esa enseñanza. La ha acometido con decisión pero la orientación ha sido errónea. Parece que hubiera faltado una concepción clara del objetivo y de los medios. Lo que después de todo no es sino el reflejo en la Escuela de la vida nacional y de sus peculiaridades. La escuela se ha limitado a enseñar las reglas del gobierno democrático, lo que no es sino uno de los aspectos menos importantes de educar para la democracia. Enseñar los principios del gobierno democrático es una enseñanza abstracta. Mucho más en una tierra que la ha negado y combatido en lo más de su historia. Lo que la escuela debería es enseñar a vivir la democracia, cultivar las condiciones individuales que hacen posible la existencia efectiva de una sociedad democrática.

Y ésa no es ya la enseñanza de una asignatura, ni la de un maestro, sino la de todas las asignaturas y la de todos los maestros. La de todas las horas y la de todas las ocasiones. Para que aprendan y sientan que la democracia no es un sistema de gobierno, un conjunto de reglas abstractas debatibles, sino una manera de vivir. Una manera peculiar de entender el destino y la conducta del individuo y sus deberes para consigo mismo y para con los demás.

Para esa eficaz enseñanza de la democracia es más importante aprender a buscar la verdad y a respetarla que la teoría de la división de los poderes. Importa más sentir respeto por el ser y por las ideas del prójimo que todas las definiciones abstractas de la libertad política. Es más fundamental aprender a convivir pacífica y constructivamente con los que no piensan como nosotros o son distintos de nosotros que todo el mecanismo de la organización del Poder Judicial o del Poder Ejecutivo. Porque más está la democracia en quien llega sinceramente a sentir que su

libertad no está por encima de la de nadie, que en quien se sabe al dedillo todas las cláusulas de las más perfectas constituciones.

Todos los maestros y todas las asignaturas son buenas para ese aprendizaje. Para aprender el valor de la libertad y el valor del individuo humano. Para eso sirve la asignatura que se enseña y el salón de clases y el patio del recreo. Sirven las ciencias naturales y sirve la historia.

Sobre todo la historia. En el más profundo y verdadero de sus sentidos la historia de Venezuela es la de una dramática y fallida busca de la democracia. Una historia de la que las brillantes acciones de guerra no son sino una parte. Una historia de anhelos y de fracasos que habría que hilar desde la Colonia y desde la Edad Media castellana. Una historia que junto a los héroes militares pusiera esos héroes civiles en quienes más ha encarnado esa voluntad. Una historia que hablara de Sanz, de Vargas, de Bello, de Gual, de Acosta.

Y ésa no sería una galería de héroes muertos, sino de héroes vivos. Porque su lucha está en pie y se sigue librando y se seguirá librando.

Con todo eso sería un grave error que la escuela siguiera empeñada en enseñar democracia como materia abstracta, como conjunto de reglas y de principios. La escuela para ello debe volverse hacia el cultivo de la vida democrática entre sus alumnos. Dejar de lado el mecanismo del gobierno democrático. Enseñarlos a convivir, a cooperar, a respetar lo diferente y lo contrario en los otros, a amar la libertad de los demás.

De allí mismo saldría la lección enraizada y fundamental. Cuando empezaran a vivir así en la escuela comprenderían que porque no ha habido eso en la casa, en la calle

y en la plaza pública no ha podido prosperar la democracia en Venezuela. El tema para ellos no sería entonces un tema vacuo de perfecciones constitucionales sino una intuición del propio destino y de la condición humana. No se preocuparían tanto por saber cuál es la más democrática forma de gobierno, sino que empezarían a advertir con dramática claridad que somos nosotros mismos, con nuestra insensata conducta, quienes combatimos y aniquilamos la democracia.

La escuela vendría a enseñar en experiencia viva qué es lo que no hemos sabido hacer o ser para vivir en democracia. No sistemas de gobierno sino sistemas de vida.

Esa sería la más importante misión de la escuela venezolana. Dar al fin los hombres que una vida democrática requiere. No leguleyos, no oradores, no postulantes, sino la materia prima del buen ciudadano. Convertir en experiencia de su vida de escolares eso vano y vago que llamamos la experiencia histórica.

En el fondo lo que la escuela daría sería nada menos que un ansia de perfección. De perfección en lo verdadero y en lo interno, que es una actitud de desdén ante lo formal y artificial.

Si la escuela no es capaz de despertar ese sentido y esa convicción no estará trabajando por nuestra democracia. O estará trabajando tan poco y tan mal como lo ha hecho en el pasado.

Y lo que ella no sepa dar es muy posible que haya de faltar para siempre en el espíritu de los jóvenes venezolanos. Porque la escuela ha de estar casi sola en ese empeño. Ha de estar sola contra los prejuicios tradicionales que la casa inculca. Ha de estar sola contra la prédica de ambición y de violencia de la plaza pública. Y ha de estar casi sola contra la deformadora experiencia colectiva.

Pero, después de todo, no es la escuela, ni son libros de ninguna clase, los que pueden realizar este sobrehumano empeño. Han de ser los maestros. Unos maestros predicadores de democracia, practicadores de democracia, inspiradores de democracia. Simples y convincentes cultivadores de vida y de experiencia democrática. Si ellos existen, cualquiera que sea su número y condición, habrá que mirarlos como los padres de la democracia venezolana.

Si ellos no existen habrá que forjarlos. Porque sin ellos nada significarán los congresos, las constituciones, las doctrinas políticas y las grandes palabras.

OTRA HISTORIA

Hay muchos aficionados a la historia en Venezuela. Pululan las gentes que llevan en la memoria con orgullo todo un laborioso catálogo de los más insignificantes combates de la Independencia. Todos los días se publican nuevos comentarios y nuevos relatos de los hombres y de las acciones de ese tiempo. La enseñanza de la historia patria es la más importante asignatura de nuestras escuelas primarias. Pero todo ello corresponde a una historia peculiar, concebida de un modo tan unilateral como anticientífico, que lejos de ayudar a comprender a Venezuela y su proceso formativo, contribuye a confundir y a extraviar.

Yo supongo que muchos escolares venezolanos abrirían grandes ojos de incrédulo asombro si oyeran decir que así como la batalla de Carabobo es uno de los más importantes acontecimientos de nuestro siglo XIX, no es menos trascen-

dental el alzamiento de los comuneros de Castilla y su derrota en Villalar, que es uno de los más decisivos acontecimientos de nuestra historia en el Siglo XVI. No verlo así es ignorar el pasado y negarnos toda posibilidad de entender el proceso de nuestro desarrollo. Porque se ganó Carabobo nos independizamos de España. Cosa sin duda importante. Pero porque los comuneros perdieron en Villalar no hemos podido tener verdadero gobierno representativo. Lo que no es menos importante.

Lo primero que habría que empezar a decir es que nuestra historia no empieza en 1810 con la decisión del Ayuntamiento de Caracas. Empieza mucho antes. Tenemos un Siglo XVIII de inmensa importancia. Tenemos un siglo XVI muy lleno de sino histórico. Pero tampoco empieza allí nuestra historia. Los hombres que llegaron con Colón no venían de la nada. Eran los agentes vivos de una historia, de un pasado que no iba a perderse, sino a continuar en la nueva tierra. Las más de las cosas que iban a pasar en la nueva tierra no eran sino las consecuencias de ese pasado. Las nuevas tierras quedaban anexadas a ese pasado. Se transformaban en buena parte en la prolongación de sucesos que habían ocurrido antes del descubrimiento. Por eso nuestra historia no empieza tampoco en 1492. Venimos de una Edad Media muy caracterizada que todavía sobrevive en medio de nosotros. Muchas de las cosas que tenemos y que nos parecen más propias se forjaron en decisivos acontecimientos del siglo XI. Tenemos que ver con los árabes. Abderramán I no es menos importante en nuestra historia que Guaycaipuro. Tenemos que ver con los visigodos. Recaredo está más presente en las formas sociales de nuestra consciencia que Francisco de León. Tenemos

que ver con los romanos y con los celtas y con los iberos. Tenemos que ver con los judíos de Córdoba y de Toledo.

Si no conocemos el proceso de la Reconquista cristiana de España no entenderemos cabalmente la Conquista de América. No lograremos entender lo que era un Adelantado. Si no conocemos el fenómeno de la expansión de Castilla no comprenderemos la organización política y administrativa del Imperio Americano, que tanto pesa todavía en nuestro presente. Más huellas hay en nuestra vida nacional de Felipe II que de José Tadeo Monagas.

Pero cualquiera que tome un texto de Historia Patria se encontrará que en sus dos terceras partes está ocupado por las fechas y los sucesos militares y políticos que van de 1810 a 1825. Es como si hubiéramos surgido de la nada y no tuviéramos sino una historia de quince años. Como si Venezuela hubiese brotado de la nada antes de 1810 y casi hubiese vuelto a la nada después de 1825. Algo someramente se habla de los años posteriores del siglo XIX. Muy poco de los tres siglos coloniales. Nada de los decisivos acontecimientos anteriores. Nos hemos reducido a una pseudo-historia de quince años cuando no debíamos considerar menos de una historia de veinte siglos.

Todo esto viene a plantear la necesidad de reorganizar la enseñanza de la historia en nuestro país. Y no sólo por el imperio de la objetividad científica. Sino porque la historia es un agente dinámico del presente de los pueblos. Muchas cosas que nos parecen inexplicables o enigmáticas en nuestro acaecer se aclararían si estuviéramos acostumbrados a colocarlas en el marco del verdadero proceso histórico. Nos entenderíamos mejor, y nos sería menos difícil hallar el rumbo.

No podemos conservar la actitud antihistórica de consi-

derar la historia nacional como algo que brota mágicamente con la independencia y que casi se agota con ella. Debemos articular nuestra historia dentro de la historia. Mirarla dentro de su aspecto de universalidad global. Hallarle los vínculos, las ataduras, las fuentes. Integrarla dentro del proceso general a que pertenece.

Después de todo, ésta es una de las fases vitales de eso que llamamos el proceso de nuestra cultura. Porque eso que llamamos cultura no es otra cosa que un sistema de valores. De valores colectivos que no de valores individuales. Valores que constituyen la consciencia, la identidad, y las motivaciones del ser colectivo. Esos valores que son el fermento de la historia de ayer y de la de hoy y que nadie que no sea un solitario, un loco o un artista puede ignorar sin muy graves consecuencias, son las semillas de nuestro futuro. Todos deberíamos entenderlos como seres vivos primordiales que son. Como seres espirituales que habitan la historia y la hacen. Esos valores que constituyen la clave de nuestro ser colectivo se formaron en la historia de la península ibérica, en mucha parte con un tono extraeuropeo, pasaron a América y en ella han empezado a caminar tropezando hacia nuevas formas de mestizaje universal.

Esos valores que determinan nuestra vida y nuestra historia actual no son reconocibles sino al través de la historia de España y de su civilización y de la historia de América y del destino de la civilización hispánica en ella. Entendida y organizada así nuestra historia se extiende y se ilumina. Se vertebra y se sistematiza. Ayuda a entender el presente y a construirlo. Y a concebirlo como empresa de muchos.

Ojalá pudiera ver yo algún día en manos de los escolares venezolanos ese breve libro de historia, libro esencial de

Patria, con pocas fechas y la síntesis de muchos procesos. Un libro que hable de lo hispánico y de lo hispanoamericano dentro de lo universal. Un libro que hable de los iberos, y de los indios, un libro que cuente la historia del cacao y la historia de la lengua, un libro en que esté Miranda, pero en el que esté también Fernán González. Un libro que hable de los que nos hicieron en el pasado y de lo que nos une en el presente con los que de ese pasado vienen también.

Esa sería buena empresa de patria. Obra de unidad y de integración para la que los mejores venezolanos han tenido siempre vocación generosa.

Este regreso a la historia verdadera es como un paso previo necesario para encontrar la vida verdadera. No otra historia para otra vida. Sino historia verdadera como aprendizaje de vida verdadera. Historia que es destino.

LA ESCUELA VENEZOLANA

Hay que esperar mucho y pedir mucho de los maestros. Más que nadie tienen la posibilidad de hacer o deshacer el futuro del país. Y para tan tremendas responsabilidades nunca han tenido mucha cooperación, y ni siquiera la suficiente oportunidad de reflexionar maduramente sobre el rumbo y sobre el encargo.

Ha habido ciertamente desdén para considerar la profesión del maestro, pero ha habido también errores en cuanto a la concepción de su cometido y de su misión. Errores que no sólo pesan sobre todo el sistema educativo y sobre la eficiencia de la enseñanza, sino sobre la marcha toda de la vida del país.

Mucho se ha pensado del maestro como de un trans-

misor de conocimientos. El hombre que aprendió Aritmética y la enseña a los que no la saben. En semejante concepción el énfasis se pone inmediatamente sobre la técnica de la transmisión. Que es precisamente lo que por excelencia ha venido a constituir en los últimos tiempos la esencia de la Pedagogía. El arte de transmitir conocimientos se ha ido transformando en una compleja ciencia abstracta y llena de filosofías. Un ejercicio especulativo que encuentra dentro de sí mismo sus propias complicaciones y enigmas. Lo que después de todo es tanto como un estudio del medio que se transforma fatalmente en un fin.

Yo he visto a muchos buenos maestros vocacionales bracear desesperadamente dentro del torbellino de la sutileza pedagógica y naufragar en ella. Idos de la realidad de la escuela a la nube pedagógica. Ebrios de pedagogía abstracta.

Ese morbo pedagógico es uno de los males que turban y amenazan el problema de nuestra educación. Es después de todo uno de los muchos síntomas de ese mal nacional que pudiéramos llamar el desarraigo. Es decir el olvido y abandono del suelo y del medio y de sus requerimientos específicos, para entregarnos a lo conceptual abstracto.

No quiero decir con esto que haya que hacer una hoguera y quemar en ella los tratados de pedagogía. Sino que hay que librar un poco a nuestros maestros de la pesadilla pedagógica. Que por lo menos es tan importante lo que se enseña y el para qué se enseña, que el cómo se enseña. Hacer que ellos piensen más en Venezuela y en sus necesidades que en las técnicas y teorías pedagógicas, porque así lograremos que un día Venezuela toda piense un poco más en sus cosas concretas que en abstracciones e ideologías, la que no sería pequeña revolución.

Lo que más necesita nuestra educación es una cura de simplicidad. Un regresar a los conceptos básicos y a las realidades. Pensar no en la educación y en las maravillosas teorías que han elaborado los filósofos de la pedagogía, sino en la educación para Venezuela. Preguntarnos simplemente ¿a quiénes tenemos que educar? y luego ¿para qué tenemos que educarlos?

La simple consideración objetiva del pueblo venezolano en su realidad dice con suficiente elocuencia lo que necesita. Esa y no otra es la norma pedagógica que debería presidir nuestros sistemas pedagógicos.

Pero ésa es precisaménte la que menos hemos seguido. Hemos oído y consultado todos los creadores de la ciencia pedagógica, pero muy poco hemos oído al campesino que a la puerta de su rancho está plantado como un oscuro problema. En el planteamiento de nuestros planes educacionales ese hombre es más importante que el señor Decroly, y lo trágico es ignorarlo a él o mal entenderlo a él, y no a ningún filósofo de la educación.

Lo que necesitamos no es educar de acuerdo con ésta o con aquella teoría, sino educar para Venezuela. Una educación hecha para una realidad histórica, social y económica. Una educación que sea camino y no laberinto. Una educación que nos acompañe y no que nos extravíe. Una educación para un ser real y no para un fantasma intelectual.

Esa es la cuestión fundamental y la que le da a la educación su verdadera magnitud. La educación no es el injerto de ideas o la formación artificial de mentalidades, sino el proceso por medio del cual un ser real, un hombre verdadero, llega a su más cabal y fructífero desarrollo. Tiene

que partir de una realidad y de la existencia de un ser concreto.

Mal manipulada puede destruir ese ser o condenarlo al fracaso vital. Porque después de todo la educación no es sino una manera de activar y hacer más efectivo el proceso de la asimilación cultural del individuo. Pero ni el individuo es una cosa abstracta ni la cultura es una cosa abstracta. Por el contrario, la cultura no es sino la creciente adecuación del individuo a las condiciones del medio. Una correspondencia y una identidad armoniosas y fáciles. Es entonces cuando la experiencia se vuelve idea y la necesidad se transforma en técnica y en arte. De lo que el mejor ejemplo son los griegos antiguos.

La cultura verdadera es vida porque es experiencia vital acumulada. Por eso alterar el medio cultural es tan grave como alterar el medio biológico. Sus repercusiones no son menos profundas e imprevisibles.

Si alguien pudiera proponernos alterar el medio biológico en que vivimos lo oiríamos con mucho temor y cuidado. Sin embargo no parece preocuparnos tanto la alteración y desnaturalización del medio cultural que es lo que los maestros pueden hacer todos los días.

Si desde este ángulo consideráramos el proceso de la educación nos iríamos con mucho tiento en todo lo que fuera ensayo pedagógico, en todo lo que pudiera significar alteración a la ligera de la relación de nuestro hombre con su medio, con su experiencia tradicional, con su cultura. Solemos pensar de nuestro hombre del pueblo, de nuestro campesino, como de una tabla rasa, como de un vacío cultural, sobre el que se puede ensayar cualquier cosa, como si con ello no hubiera peligro de romper nada o de perturbar nada.

Y al hacerlo así nos olvidamos de que ese hombre tiene una cultura. No una cultura libresca, sino una cultura tradicional viva. Tiene técnicas inmemoriales de adaptación a su medio, experiencias defensivas heredadas de una centenaria convivencia con las circunstancias que lo rodean, valores morales y espirituales confundidos con la substancia misma de su ser y que se expresan en su música, en sus corridos, en su refranero, en su calendario. Nos olvidamos también de que con todo ese pasado vivo tiene los requerimientos de un presente vivo. Vive sobre una tierra determinada, de una faena especial, en una relación de esfuerzo y de consumo característica.

Hay un riesgo evidente en destruir todo eso para reemplazarlo por nociones librescas. El proceso de aceleración y activación de la cultura, que es la educación, no puede consistir en la destrucción de esos elementos vitales y básicos, sino en su desarrollo, continuación y superación. Lo contrario es desviar y desarraigar al hombre por medio de una educación falsa y mal concebida.

Por eso no pasa de ser un engaño pensar que se ha resuelto nada con enseñar a leer y a escribir al campesino. Si esa lectura y esa escritura no son el comienzo de un coordinado y maduro plan para desarrollar sus verdaderas posibilidades y llevarlo a satisfacer de un modo mejor y más armonioso sus necesidades. Esa enseñanza al voleo y sin conciencia de la realidad cultural a que se aplica las más de las veces no resulta sino en levadura de desarraigo, en ruptura irremediable de la relación del individuo con los requerimientos vitales de su medio.

Hay una contradicción flagrante, una negación de los verdaderos fines de la educación, en no considerar al hombre en la realidad de su medio y en el requerimiento de su

destino. Para mí es evidente que hay una contradicción preñada de las más graves consecuencias nacionales en muchos de los sistemas educativos que hemos preconizado y ensayado en nombre de estas o aquellas filosofías pedagógicas.

No basta poner la escuela en el campo y abrir la puerta. Lo importante comienza en el momento en que el niño campesino pasa el dintel. Es, en su pobreza, en sus pies descalzos, en su traje raído, en su lenguaje típico, el representante calificado de un complejo cultural, económico y social muy caracterizado. Esa escuela que lo recibe puede desarrollar en él lo que ya está activo por la tradición, por el trabajo, por el medio, ayudándolo a superarse, o simplemente, va a desarraigarlo y a hacerlo irremediablemente incompatible con su circunstancia e irreconciliable con su medio. Si en aquellos libros que allí va a leer lo que aprende son las fechas de unas remotas batallas, los nombres de montañas, ríos y regiones que nunca ha visto y que nada dicen a su alma; el mecanismo teórico de un gobierno que nunca ha visto funcionar; las reglas abstractas de una moral que están en contradicción con su refranero, y por último la repetida noción de que Venezuela es uno de los países más ricos, prósperos y gloriosos del mundo, lo que ha hecho es aprender mentiras, nociones inútiles y abstractas, y hallarse desorientado ante las realidades de su propio medio, de su propia experiencia y de su propia tradición.

Allí habría que enseñarle su región, su trabajo, sus virtudes, la noción de la dura realidad venezolana y de su función de niño campesino dentro de ella. Tanto como de la heroica evocación de la Independencia hablarle de instrumentos de labranzas, de nociones de precios, del paludismo, de la bilharzia, de la erosión, del petróleo. Aumentarle la luz natural que traía, y ampliarle el camino

tradicional por el que la vida lo estaba enseñando a andar antes de pasar el dintel de la escuela.

La escuela que no enseña a vivir a nada enseña. Y no puede enseñar a vivir quien no parte de la vida real y de sus condiciones sino de teorías y nociones abstractas.

La escuela venezolana no debe ser otra cosa que preparación para la vida venezolana. Enseñar a vivir en Venezuela, enseñar a vivir con Venezuela, enseñar a vivir para Venezuela.

Que, después de todo, es enseñar a que Venezuela realice su destino, el que de sus hombres, sus suelos, sus yacimientos, su pasado, brota espontáneo para ser tejido y conjugado. Una escuela que acompañe y que no desvíe, que forme y que no mutile, que desarrolle y que no desfigure. Lo que no es otra cosa que salvadora y verdadera pedagogía. El pedagogo era el esclavo griego que acompañaba y servía al niño.

APÉNDICE

LOS SÍNTOMAS DEL MAL

Tengo en mis manos el Anuario Estadístico de Venezuela para 1947 publicado por el Ministerio de Fomento. En estos días de invierno, nevados o neblinosos, entre las torres de Manhattan, he pasado largos ratos hojeándolo. Tantas cosas dicen esas escuetas columnas de cifras. Tantos dolores, tantas esperanzas, tantas solicitaciones están allí puestas en las quietas cifras que han molido las máquinas tabuladoras, que es difícil leerlas sin que al rato la imaginación no se escape en angustia sobre visiones de campos, de ciudades, de muchedumbres. Mirarlas es como observar los manómetros que marcan la tensión de las fuerzas sociales y económicas que actúan sobre la vida de nuestro pueblo.

He pasado largos ratos comparando unas cifras con otras. Con la angustia con que el deudo del enfermo mira las curvas de temperatura, las radiografías, los análisis de laboratorio, donde los médicos leerán la sentencia de vida o muerte del ser querido. Y desde unas cifras se enciende una luz de esperanza y desde otras mana una sombra de pesimismo que envenena.

Es buen ejercicio de amor de Venezuela hojear el Anuario Estadístico. Desnudo catálogo donde se expresan en números los aspectos básicos de las más complejas cuestiones que condicionan la vida de esta tierra tan acechada de peligros.

Algunos de los más graves síntomas del desequilibrio y de la artificialidad de la vida venezolana aparecen en ese libro. Sobre todo la irreflexiva dispendiosidad de nuevos ricos que nos ha traído el petróleo.

Allí se ve, por ejemplo, que gastamos desproporcionadamente en licores, en distracciones y en juegos de azar.

Dice el Anuario que en 1947 se destilaron en Venezuela trece millones de litros de bebidas alcohólicas y se produjeron cincuenta millones de litros de cerveza. A lo que hay que añadir tres millones de litros de licores importados. No dice la estadística el valor de estos sesenta y seis millones de litros de bebidas alcohólicas, que distribuídos por cabeza de adulto varón deben representar un considerable volumen de bebida, pero no es exagerado estimar que el valor total no debe ser inferior a doscientos millones de bolívares.

A estos doscientos millones de bolívares, cuya mayor parte sin duda se invirtió en ron, aguardiente, cerveza, whiskey y brandy y que es el precio de los licores de la juerga venezolana, habría que añadir lo que se gastó en espectáculos.

Las entradas pagadas en espectáculos públicos en 1947 sumaron cuarenta millones de bolívares. Sin duda tan sólo una quinta parte de lo que se gastó en alcohol, pero con todo una suma considerable. Una suma mayor que lo que se gastó en acueductos que sumó treinta y siete millones.

Y casi igual a lo que se gastó en carreteras que fué cuarenta y cuatro millones de bolívares.

Pero todavía nos faltaría la suma más considerable que es la de lo que se invirtió en Loterías. En las distintas loterías públicas el valor de los billetes vendidos alcanzó a ciento sesenta y siete millones de bolívares durante el mismo año. Una suma bastante mayor que el Presupuesto de Educación de la misma época o que el Presupuesto del Departamento de Sanidad.

Una suma tan considerable que resulta mayor que el valor de toda la exportación venezolana, excluído el petróleo, durante la misma época, que fué tan sólo de ciento catorce millones de bolívares.

Es decir, que, si no hubiera habido petróleo en 1947, el valor de todo lo que Venezuela pudo exportar no hubiera alcanzado para darle al pueblo venezolano lo que gastó en billetes de lotería durante ese mismo año.

Esa exportación, principalmente de café y cacao, con la que Venezuela sustentaba toda su actividad económica hasta la aparición del petróleo, ya no alcanza siquiera para cubrir lo que los venezolanos se quitan de la boca para comprar billetes de lotería.

No creo que haya rasgo que pinte de modo más macizo e impresionante la tremenda magnitud de nuestra dependencia y de la artificialidad de nuestra vida.

Esa cantidad gastada en lotería es desproporcionada. Es más de lo que se gastó en el mismo año en importar automóviles, camiones y accesorios. Es cerca de cinco veces el valor de lo que se invirtió en importar arroz que es un alimento básico de nuestro pueblo. Es más de siete veces lo que se invirtió en importar conservas alimenticias, y

cerca de cuatro veces el costo de todas las drogas, productos químicos y especialidades farmacéuticas que se importaron durante el año. Es una suma casi igual al de la importación total de productos alimenticios, comestibles y bebidas y muy poco inferior a la de textiles, en un país que importa los más de los alimentos y las más de las telas que consume.

Los egresos municipales habidos durante la misma época en toda la república sumaron ciento treinta y cuatro millones de bolívares. Es decir que lo que las autoridades municipales de todos los municipios de Venezuela gastaron en servicios, obras y gestiones de interés público y de mejoramiento colectivo fué inferior a lo que el país gastó en loterías.

La angustiosa desproporción de estas cifras sería todavía mayor si pudiéramos tener los datos de lo que se invirtió en el extendido juego del "5 y 6" y lo que se invirtió en juegos privados de envite y azar.

Entonces, con esos otros datos, se podría ver el profundo desequilibrio que corroe nuestra vida actual. Hasta qué punto vivimos en la persecución de lo superfluo y de lo artificial con olvido de lo necesario y de lo básico. Hasta qué punto concebimos la vida como feria y como azar, olvidándonos de que es trabajo, previsión y economía. Hasta qué punto estamos intoxicados de petróleo.

Porque ese país que gasta diecisiete millones en instrumentos para artes y oficios, y gasta dieciocho millones en importar vinos y licores, es el país hecho a la imagen de imprevisión y artificialidad del hombre que se priva de comprar la tela para el traje o el alimento para los hijos para invertir el magro salario en un billete de lotería que lo va a mantener varias horas soñando con hacerse rico, y

tener una mujer como las que ve en las películas y un automóvil como los que repletan las avenidas de la ciudad. Y para cambiar el ron de la pulpería por el wiskey importado del bar.

Es decir, para tomar una parte más activa en la feria de bobos que financiada con fácil y abundante dinero petrolero hemos abierto los venezolanos a todo lo ancho de nuestra tierra.

Esto y mucho más es lo que está en los expresivos números del Anuario Estadístico. Que si los viéramos con más detención los veríamos gesticular y clamar en angustiada imprecación a nuestra satisfecha indiferencia.

LA SIMULACIÓN DE LA PRODUCCIÓN

Con notable frecuencia aparecen en la prensa venezolana noticias de que alguna rama de la producción nacional, agrícola o industrial, se encuentra atravesando una peligrosa crisis. Un día son los productores de telas, otro día son los productores de chocolate, otro día son los fabricantes de conservas de pescado, otro día son los de jabón. En los últimos periódicos que me llegan acabo de leer que la producción de leche en polvo en el Zulia está a punto de suspender sus operaciones. Ya algo similar había ocurrido con la producción de leche fresca en algún Estado del centro.

El caso siempre es el mismo. Se repite con una insistencia atroz que debería producirnos temor. Lo que dicen los productores es que no pueden competir con los productos

similares importados. Compiten difícilmente en calidad, pero se consideran absolutamente incapaces de competir en precios. Los costos nacionales de producción suben y el producto importado desplaza al producto nacional.

Basta mirar las estadísticas de importación de los últimos años. Los años de la post-guerra en los que el Estado venezolano ha puesto en circulación los presupuestos más grandes de la historia del país y en que la circulación monetaria y la afluencia de dólares ha alcanzado niveles que hubieran parecido fantásticos hace cinco años. Lo que se mira en esas estadísticas, en la generalidad de los casos, es que con el aumento del dinero en circulación lo que ha aumentado no es la producción nacional, sino las importaciones. Las importaciones de productos de consumo son las que han crecido vertiginosamente ocupando el lugar que debió llenar la producción venezolana.

El remedio que se preconiza para tales males es siempre también el mismo. El más fácil. Que es también el más falso y el menos efectivo. Un remedio que en lugar de curar el mal, lo que hace es encubrirlo y fomentarlo. Lo primero que se dice es que la rama afectada de la industria lo que necesita es una prima o cualquiera otra forma de subsidio del Estado. Cuando no se pide un alza de los derechos de importación sobre el producto competidor, lo que, en el fondo, no es sino otra forma del subsidio.

Lo que se dice es que los productores de tela necesitan un subsidio, que los fabricantes de chocolate necesitan un subsidio, que los productores de leche necesitan un subsidio. Es decir que el Estado venezolano utiliza una parte de la riqueza fiscal de que disfruta para absorber las pérdidas de la producción nacional. O lo que es lo mismo,

que el dinero del Estado, mientras dure, sirva para ocultar la situación de quiebra de la producción nacional.

Es como una producción de laboratorio, de invernáculo, incapaz de vivir y crecer por sus propios medios en la libre competencia de un mercado abierto, sino que necesita el clima artificial de la protección del Estado, la tienda de oxígeno de las primas, el régimen clínico de emergencia de los subsidios como régimen normal.

Desde un punto de vista estrictamente económico eso no es producción. Eso es una simulación costosa y artificial de la producción. Ya alguna vez lo he dicho. Lo que a fuerza de dinero hemos logrado implantar o mantener son los aspectos físicos de la producción. Físicamente producimos café, leche, neumáticos, telas, chocolate, conservas alimenticias. Pero, desde el punto de vista económico, es como si no tuviéramos producción. Porque no es producción, desde el punto de vista económico, la que no puede ir al mercado a satisfacer necesidades. Ni tampoco aquella que sólo puede ir mediante una artificial alteración de sus costos o de los costos de la competencia.

En este sentido es artificial nuestra producción, porque está en la absoluta incapacidad de satisfacer necesidades humanas a los niveles mundiales de precios.

Esa grave situación de artificialidad, de simulación artificial del proceso productivo gracias a la intervención del dinero del Estado, no ha hecho sino acentuarse. Todavía no se ha presentado un solo ejemplo, que sería el verdadero síntoma de que convalecemos y vamos hacia la normalidad, de que se haya reducido la prima, el subsidio o la barrera aduanera que protege algún producto nacional y le permite subsistir artificialmente. Por el contrario, lo que ocurre

es que diariamente nuevos productos y nuevos campos de la actividad económica se vuelven hacia el Estado pidiendo que con una asignación de dinero fiscal les permita dejar de andar sobre sus pies y recostarse en la silla de paralítico de la subvención.

No dejan de tener su parte de culpa nuestros productores en ese estado de cosas. Han procurado siempre salir de la dificultad por el camino más fácil y por la línea de menor resistencia. En lugar de tratar de mejorar sus procesos productivos, de analizar a fondo los elementos que integran sus costos, de procurar ajustar las bases de su negocio a las circunstancias efectivas del mercado mundial, en la mayoría de los casos, les ha parecido más fácil y hacedero llevar su problema al Gobierno y aceptar la solución más simple y menos eficaz que es la del subsidio.

Parte de culpa tienen también los Gobiernos venezolanos, que en lugar de plantear a fondo y con sinceridad el problema de la producción venezolana, han tenido siempre la tentación de recurrir a la abundancia del dinero fiscal para cubrir con paliativos de subsidios el cáncer de la economía venezolana.

Pero la fuente original de todo el mal está en el impacto de la economía petrolera sobre la endeble, indefensa y descoordinada economía venezolana. Habrá que repetirlo cien y mil veces. Mientras dejemos que las condiciones y factores de nuestra vida económica se establezcan en función de las características y requerimientos de la actividad petrolera, que en gran parte son distintos y contradictorios de las condiciones y necesidades de todas las demás actividades económicas venezolanas, no tendremos sino una alternativa: dejar perecer toda nuestra actividad económica no

petrolera, o mantenerla artificialmente por medio de crecientes subsidios pagados con el dinero petrolero que recibe el Estado. Este último es el camino que parece haber tomado la mayoría de las personas vinculadas a las actividades económicas nacionales.

Hay sin duda otro camino. Que es el de tratar de curar y no el de paliar y ocultar el mal. Ese camino consistiría en plantear como centro de toda la política económica de la nación y del gobierno el problema de la producción venezolana. La forma, las posibilidades y los medios para que la producción artificial, fingida o simulada que tenemos, se transforme en verdadera producción económica. Y condicionar y adecuar a ese fin y a ese sólo fin todos los aspectos de nuestra vida colectiva.

Entonces podríamos ir viendo y verificando cómo convalecemos del mal que nos aflige y amenaza. Cómo regresamos a la salud económica. Cómo nos acercamos a tener producción verdadera. Que no consiste en producir muchas cosas a precios cada vez más alejados de los precios mundiales. Lo que no es producir, sino simular el proceso productivo al amparo de una subvención.

Cada nueva prima que se pide, cada nueva prima que se concede, lo que significa es que la enfermedad avanza y que nos vamos alejando, cada vez más y acaso irremediablemente, de la salud económica.

EL PELIGRO DEL PETRÓLEO

Ha corrido un escalofrío de alarma por la epidermis de la opinión venezolana ante ciertas señales que se han interpretado como el comienzo de una crisis en la industria

del petróleo. Parece temerse que haya pérdida de mercados, descenso de precios y reducción de la explotación. O en otras palabras, reducción considerable de esa pensión petrolera que le ha permitido a Venezuela llevar la alegre vida de un adolescente pensionado con esplendidez por algún tío rico.

La primera reacción ha consistido en ponerse a averiguar lo que haya de cierto en esos rumores y las verdaderas posibilidades de peligro inmediato.

Está bien que se trate de averiguar la verdadera magnitud de ese peligro inmediato. Pero no basta. Incluso es de temerse que si se llegase a la convicción de que no existe ese peligro inmediato, todo el mundo empezara a olvidarse de él y a no preocuparse por mirarle la verdadera significación.

Y la verdadera significación es que ese peligro que hemos visto asomar en estos momentos y cuya visión nos ha atemorizado no es cosa pasajera. Es el anuncio del profundo mal que corroe nuestra vida económica. Y ese profundo mal continuará subsistiendo y aún creciendo, aun cuando la posibilidad de peligro inmediato no se presentase.

Estamos en cierto modo como un hombre que sufre de una grave enfermedad cardíaca y que poco se ocupa de curarse y de someterse a un régimen de vida que pueda conducir a su restablecimiento. Nada ganaría con que cualquier ligera perturbación lo llenara de pavor y lo hiciera correr a casa del médico, si, ante la afirmación del facultativo de que no hay peligro mortal inmediato, volviera a entregarse a sus mismas contraindicadas actividades. Un día, fatalmente, le habrá de sobrevenir el colapso definitivo.

El peligro que hoy ha alarmado a la opinión nacional no es sino el brusco darse cuenta de que si una crisis petrolera se presentase hoy el país se vería sumergido en una verdadera catástrofe económica y social. Nada tendríamos para pagar nuestras inmensas importaciones. Todos nuestros productos de exportación, exceptuado el petróleo, no producen sino cinco de cada cien dólares que gastamos en traer cosas del extranjero. No tendríamos granos y alimentos básicos para alimentar siquiera la mitad de nuestra población. No tendríamos ocupaciones para absorber la mano de obra, no sólo de los trabajadores petroleros, sino de los empleados y obreros comerciales e industriales y de los del Estado, que viven indirectamente de la actividad petrolera. El valor del bolívar se evaporaría en el mercado de cambio. Habría que dar diez o veinte o sesenta bolívares por un dólar.

Podríamos seguir acumulando aspectos pavorizantes de lo que esa catástrofe podría significar. Sin que fuera del todo un sádico entretenimiento Sería a lo sumo contribuir a crear un saludable temor. Una forma de ese saludable temor que los antiguos hebreos habían considerado como el comienzo de toda cordura y de toda sabiduría.

El hecho de que esa catástrofe no haya de ocurrir ahora, en nada modifica la tremenda verdad de que pueda ocurrir en cualquier momento. En cualquier momento mientras la economía venezolana siga siendo tan artificial y frágil y dependa en tan absoluto grado del petróleo.

La verdad es que el petróleo le ha planteado a Venezuela los problemas más graves que haya podido confrontar en toda su existencia. Problemas de vida o muerte. El erguido y poderoso Minotauro que no hemos sabido someter y vencer.

El petróleo le ha planteado a Venezuela dos grandes cuestiones. Esas dos cuestiones no las hemos visto siempre claras sino que han ido creciendo y manifestándose a lo largo de una difícil y accidentada experiencia. La primera cuestión es la de la participación de la nación en la riqueza petrolera. El determinar y obtener la parte que en justicia la nación debía recibir de la riqueza explotada. Esta cuestión involucraba muchas otras, entre ellas, la de la mejor forma jurídica y técnica de la explotación, las de las relaciones del Estado con las compañías petroleras, y las de costos, mercados y tecnología del petróleo. Esta cuestión fué la que primordialmente absorbió el interés nacional durante las dos primeras décadas de la explotación. Y puede decirse que, de un modo casi definitivo, quedó resuelta y zanjada con la reforma petrolera contenida en la ley de 1943, y con la adopción del impuesto sobre la renta como instrumento complementario de esa reforma.

La segunda cuestión, mucho más ardua y difícil de resolver, empezó a manifestar paulatinamente su importancia en la misma medida en que el volumen de la explotación crecía. Mientras más petróleo se produjese en Venezuela y mientras más riqueza petrolera le quedase al país, más se iban a sentir sus efectos negativos en la economía tradicional de Venezuela y más iba a sentirse la necesidad de una política nacional adecuada para dirigir la inversión de esos nuevos y crecientes recursos. La segunda cuestión podía sintetizarse así: hallar la manera de contrarrestar los efectos negativos del petróleo en la economía tradicional del país, y el mejor procedimiento para invertir esos recursos, grandes pero transitorios, en fomentar una actividad económica independiente del petróleo y suficiente para

asegurar el nivel de vida nacional cuando el petróleo haya de disminuir o desaparecer. El aspecto esencial de esa segunda cuestión fué el que yo me propuse sintetizar en la frase: SEMBRAR EL PETRÓLEO, para que pudiera convertirse en una noción popular.

El momento crucial y definitivo para plantear y acometer a fondo esa segunda cuestión tenía que ocurrir al estar resuelta la primera. Es decir, después de la reforma de 1943, y al salir el mundo del período de guerra al de reorganización. El punto de partida ha debido ser el año de 1945. En ese momento Venezuela ha podido prepararse a recibir los nuevos recursos que iba a producir la reforma petrolera, no con el criterio de que eran rentas ordinarias, sino por el contrario con el pensamiento, muy justo por lo demás, de que se trataba de un empréstito. De un empréstito sin intereses para desarrollar el país y establecer una economía próspera e independiente del petróleo.

En esa hora precisamente ocurrió la revolución de octubre y el nuevo Gobierno creyó necesario o conveniente utilizar al máximum los nuevos recursos para gastos ordinarios, con lo cual estimuló la inflación e hizo aun más frágil y dependiente del petróleo la vida del país. Unas cuantas cifras nos contarán esta historia de un modo más dramático y simple que muchas palabras y recriminaciones. Si tomamos el año de 1938, como un año típico por ser el último antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, y el último vivido en condiciones mundiales normales antes de la reforma petrolera de 1943, encontraremos los siguientes datos. Los gastos públicos fueron de 343 millones, el valor de las importaciones ascendió a 310 millones, y el índice de precios por mayor del Banco Central lo

tomó como base igual a 100. En 1944 los gastos públicos fueron de 409 millones, las importaciones fueron 372 millones, y el índice de precios al por mayor había subido en los seis años transcurridos 34 puntos. En ese punto ha debido comenzar la orientación nacional de sembrar el petróleo. No ocurrió así. Lo que en 1948 encontramos es lo siguiente. Los gastos públicos han llegado a 1.641 millones, es decir el cuádruple de lo que fueron en 1944. El aumento de 1.232 millones sobre el Presupuesto de 1944 no se consideró como dinero proveniente de un empréstito que debía invertirse en el exclusivo desarrollo de una economía nacional, sino que se sumó a la masa de los gastos ordinarios desde 1946. El resultado ha sido que en lugar de desarrollar esa economía, cuyo índice hubiera sido el desarrollo de una producción creciente a costos que no se alejaran de los costos mundiales, hemos desarrollado la importación. En 1947 importamos por valor de 1.849 millones o sea seis veces el valor de lo que se consideró necesario para abastecer a Venezuela en el año de 1938. La importación y la actividad comercial vinieron a llenar el lugar que debió ocupar la producción y las actividades agrícolas e industriales. También se acentuó la inflación. El índice de precios que en los seis años de 1938 a 1944 había subido 34 puntos, subió 39 puntos en los tres años transcurridos de 1944 a 1948.

Ésta es la situación que debe causarnos alarma, y esa ni es de este momento, ni se puede remediar con declaraciones de gerentes de compañías y con noticias del exterior. Ésa hay que remediarla trabajando todo con tino y con espíritu de sacrificio para crear esa economía propia e independiente que hasta ahora no hemos sabido crear.

Ojalá esta alarma transitoria sirviera para abrir los ojos de muchos ante ese tremendo peligro permanente.

Hay muchos que conocen ese peligro y que conocen el modo de salvarnos de él por medio del esfuerzo inteligente y coordinado de todos los venezolanos. Precisamente, Manuel R. Egaña, que es de los venezolanos que más lúcidamente conoce estas cuestiones, tiene a su cargo el departamento del Gobierno más directamente abocado a tratarlas. Sería un gran bien que este susto transitorio se transformara en saludable temor permanente, y que de ese temor sacáramos voluntad y espíritu de sacrificio para unirnos en la empresa de salvación.

LA REVOLUCIÓN DE 1948

La actual situación venezolana es el más reciente resultado de la grave crisis de desajuste y transformación en lo económico, en lo social y por último en lo político, que la nación viene padeciendo desde hace varios años. El que sus posibles perspectivas sean buenas o malas depende en gran parte de la actitud que los venezolanos sepamos asumir ante ella y ante el proceso que la determina.

La desaparición del Gobierno derrocado no basta para resolver los graves problemas existentes y ni siquiera los que él mismo creó por acción o por omisión, pero indudablemente, entre otras muchas buenas y malas, abre la oportunidad para una rectificación a fondo de los errores pasados y para un ensayo sincero y acaso definitivo de organización de la vida nacional en instituciones democráticas estables.

Sería fácil, y es uno de los peligros de la presente

situación, ponerse a atizar los odios y divisiones que el derrocado Gobierno sembró con tan fatales resultados. Detenernos en la anécdota lamentable de lo que pasó ayer y de lo que pasó antier, sin sacar lección que nos mejore el rumbo.

La verdad es que esta grave situación, cualesquiera que sean las culpas individuales con que determinados hombres la agravaron, no surgió el 24 de noviembre de 1948, y ni siquiera el 18 de octubre de 1945. Ambas fechas son tan sólo dos manifestaciones exteriores y violentas de esa crisis interna que había comenzado antes y que continúa planteada. Entre las faltas más graves de los dirigentes de Acción Democrática en el Poder está precisamente esa, de no sólo no haber hecho nada para remediar esa amenazante realidad, sino de haberla agravado hasta el extremo de lo intolerable por medio de una gestión política y administrativa insensata.

La fuente de esa subversión, de esa inquietud, de ese desajuste amenazador y destructor está en el petróleo, en la avalancha de riqueza petrolera incontrolada y sin destino útil que ha venido desarticulando y torciendo las bases y el rumbo de la vida nacional.

Para destacar la monstruosa presencia perturbadora y subversiva del petróleo lo he comparado en ocasiones anteriores al Minotauro del mito griego. El Minotauro ya estaba allí antes del 18 de octubre. El 18 de octubre lo que hizo fué darle completa libertad de acción destructora. Y el Minotauro sigue estando allí, después del 24 de noviembre de 1948.

Éste es el problema fundamental que hay que resolver. Pero este problema no podrá ser resuelto y ni siquiera planteado en términos exactos mientras no cese la movili-

zación agresiva de los espíritus. Mientras no nos despojemos de los odios y de las naturales ansias de retaliación no habrá ambiente para tratar de estas cosas, ni para hallarles la solución verdadera.

La primera lección que los graves sucesos de estos últimos años deben haber enseñado a los venezolanos es que ni el odio ni la violencia son capaces de construir nada duradero, y que el único camino de la salvación nacional es el áspero y difícil de una efectiva concordia, el de una verdadera y cabal rectificación de los errores pasados.

Si los venezolanos fuéramos capaces de ese entendimiento, de volver a levantar con manos sin fatiga y con ojos sin rencor el edificio de unas instituciones liberales donde pudieran caber todos sin exclusiones y sin privilegios, podríamos entonces estar seguros de que íbamos en camino de ganarle la batalla de vida o muerte al Minotauro del petróleo. Habríamos empezado verdaderamente a convertir el Minotauro en buey de labranza, que es lo que necesitamos.

Para que esas instituciones pudieran ser aceptables y aceptadas por todos sin exclusiones no podrían ser el reflejo de las miras doctrinarias de ningún grupo específico de izquierda o de derecha, sino aquellas que, amoldadas a la realidad y a la experiencia del país, garantizasen efectivamente el estable, pacífico y progresivo desarrollo de la democracia venezolana. No las instituciones teóricas con las que éste o aquel grupo sueñan, sino las instituciones fundamentales, eficaces y suficientes a las que ningún grupo democrático estaría dispuesto a renunciar. Unas instituciones respetables y respetadas que pudieran durar y crecer con la democracia venezolana.

Pero esas instituciones no podrían ser duraderas, ni

estable el compromiso político que les diera nacimiento, si no se pone como piedra angular y tema central de la nueva situación la adopción por todos los sectores de la política, de los intereses y de la opinión nacional de una política petrolera definitiva, que aceptada y profesada por todos quedase a salvo de las fluctuaciones de la política y de los cambios constitucionales de administración y que al asegurar el porvenir del país, fuera el centro de convergencia de los distintos sectores. Esa política debería comprender en una clara formulación las tres fases fundamentales de la cuestión: la forma de la explotación, la participación del Estado en la riqueza producida, y por último, el plan de veinte, treinta o cuarenta años para dirigir la inversión por la nación de la renta petrolera.

Así se empezaría a resolver la crisis venezolana.

¿Es ello posible? Yo no creo que el Ejército venezolano haya de ser un obstáculo para la realización de una obra semejante. Tampoco creo que ningún sector político tenga motivos para sabotear un entendimiento de buena fe y en beneficio del país como el que aquí se invoca. Creo más aún, que sobrarían las voluntades dispuestas a dar una cooperación desinteresada.

Si ello, o algo similar, fuera posible, no habría motivos para mirar con pesimismo las perspectivas del actual momento venezolano.

LA DIVERGENCIA POLÍTICA

Quien no está de un todo conmigo es mi enemigo, y al enemigo con el palo, parece ser la feroz concepción de la política que ha asomado en algún comentario que he leído

en la prensa venezolana de estos días. Es el retoñar de un viejo mal de nuestra vida pública.

Mal inveterado de nuestra política y de tremendas consecuencias ha sido ese de no ver en los que nos rodean sino amigos y enemigos, amigos a quienes favorecer y enemigos a quienes perseguir, amigos que son los buenos y enemigos que son los malos. Pareciera que la primera preocupación ha sido la de buscarse un adversario, buscar cabezas en las que descargar nuestra pasión y cavar anchos fosos de incomunicación para separarnos de todo contacto con los que no están adheridos sin reservas a nuestro credo.

Ese espíritu de secta, ese tono de facción, le ha dado a nuestra vida política un carácter negativo y ha sido uno de los más activos agentes de la inestabilidad de nuestras instituciones.

Si la experiencia ha de tener alguna vez algún valor en Venezuela, debería comenzar a manifestarse por la adopción de otro estilo y de otro tono para el debate político.

Porque si vamos a hacer un país estable y una república vivible hay que comenzar por sumar las coincidencias y no por acentuar las divergencias. No concebir la acción política como primordialmente dirigida contra algo o contra alguien, sino a favor de algo que esté concebido con tanta amplitud como para comprender todos los intereses fundamentales del país. En lugar de buscar temas de lucha, habría que plantear formas de cooperación. En lugar de dividir la casa, unirla y engrandecerla.

Esa concepción de la vida política como la batalla perpetua de una facción fanática, contra fanáticas facciones

enemigas, no sólo es contraria al interés del país, como lo han demostrado sus trágicos fracasos, sino que reposa sobre un grave error de apreciación. Porque la verdad es que se puede estar en desacuerdo sobre alguna cosa, se puede estar en desacuerdo sobre varias cosas, pero es extraordinariamente raro que se esté en desacuerdo absoluto sobre todas las cosas. Sobre las pocas o muchas cosas sobre las que no se está en desacuerdo se puede edificar una buena vecindad. No necesitan estar de acuerdo en todo los buenos vecinos para ser mutuamente útiles.

Y cuando las cosas sobre las que se está de acuerdo son vitales y básicas, el entendimiento que naturalmente deriva de esa situación, hace que las divergencias encuentren su salida en el estudio objetivo, o en la transacción conciliadora.

En la Venezuela de hoy existen cuestiones que afectan e interesan por igual a todos los sectores políticos, organizados o no, que no estén de acuerdo con una solución dictatorial. La primera y más fundamental de esas cuestiones es la de hallar, por medio de la sincera cooperación de todos, el camino y las normas que hagan posible la definitiva implantación de instituciones representativas y democráticas que puedan durar, porque aseguren el libre desarrollo de todos los intereses y opiniones legítimos y no estén dirigidas contra ninguno en particular. Es decir, unas instituciones adaptadas a una realidad política, social y económica, donde todos quepan, y unas reglas de juego republicano que derechas e izquierdas puedan aprobar y con las que acepten ganar y perder.

Ante una cuestión semejante las divergencias distintas se empequeñecen y pierden importancia, porque además,

si esa cuestión no se resuelve en esa forma amplia, realista y satisfactoria, esas otras divergencias no tendrán ni campo ni oportunidad para manifestarse o debatirse.

Si de algo necesita Venezuela es de la afirmación de ese espíritu cooperativo, afirmativo y no sectario y negativo. Una política de pro y no de contras. Una política que no se detenga morbosamente en las divergencias sino que se afirme en el servicio de los grandes y evidentes intereses comunes. Una concepción de la política de partidos que vaya contra el odio y la exclusión de que tanto hemos sufrido, y trate de implantar la convivencia y el pacífico debatir. No el pacífico debatir que pertenece a la palabrería y poco vale, sino el pacífico crear, el pacífico turnarse, de acuerdo con reglas justas y libremente aceptadas, en la función de crear un país cada vez más ancho y cada vez más abierto para todos sus hijos. Que es lo que significa la palabra concordia.

Todo esto es además hacedero y posible. Las gentes están hartas de odio artificial y pugna estéril. Ni el interés nacional, ni el de los partidos que no pueden estar divorciados del interés nacional, tienen nada que ganar con el recelo y el rencor. Ante los intereses vitales que a todos afectan por igual cabe el entendimiento aun entre las fuerzas que estén opuestas en todo lo demás. Pero esa oposición no hay que buscarla y cultivarla. Hay que recibirla como un mal a veces inevitable. Y evitarla buscando lo que nos identifica y no lo que puede dividirnos.

En la tormentosa y atribulada España del siglo XIX, surgió después de la Restauración un largo período de paz, de estabilidad, de bienestar que los más de los españoles de hoy añoran. No fué un milagro. Fué el resultado

buscado del entendimiento de conservadores y liberales, de Cánovas y Sagasta, sobre las reglas del juego político. Ese fué el famoso Pacto del Pardo. No fué perfecto, pero representó uno de los mayores bienes que España haya recibido en su historia.

Entendimientos de esa clase es lo que los venezolanos necesitamos y lo que Venezuela pide de nosotros. No cultivo artificial de divergencias y de pugnas.

En algunas épocas los hombres se han matado entre sí porque entendían de distinta manera el amor de Dios. Este horrible absurdo de matar a la criatura por amor del Creador, fué posible porque el tono pasional en que se desarrolló la pugna religiosa hizo perder de vista los fines verdaderos y superiores.

No sería menos absurdo que nos hubiéramos de odiar porque entendemos de modo distinto el amor de Venezuela. El verdadero amor de Venezuela, por el contrario, es lo que debe acercarnos a todos los que lo sentimos y empequeñecer nuestras divergencias.

ÍNDICE

Pág.

Preámbulo 7

PETRÓLEO

El tema de la historia viva 13
El festín de Baltasar 18
La otra erosión 24
Los bolívares de hielo 29
Venezuela, la pobre 34
El minotauro 40
La nación fingida 45
La crisis venezolana 51
Los privilegiados del petróleo 56
El petróleo y la inestabilidad 61
De una a otra Venezuela 66
Diez años para salvarnos 70
Una política petrolera internacional 74

POBLACIÓN

Los problemas de la población 83
Pan y población 89
El problema de nuestra población 94
Más sobre población y erosión 99
Inmigración y contradicciones 104

EDUCACIÓN

Pág.

La crisis de la Universidad venezolana 113
Una Universidad formadora 120
Un responso a la educación venezolana 124
La enseñanza de la democracia 131
Otra historia 135
La escuela venezolana 139

APÉNDICE

Los síntomas del mal 149
La simulación de la producción 153
El peligro del petróleo 157
La revolución de 1948 163
La divergencia política 166

Tipografía Vargas, S.A.

Caracas



DE UNA A OTRA VENEZUELA

Los temas que dan unidad a estas reflexiones son pocos pero invariablemente esenciales: petróleo, población, educación y política. Son los hijos maestros del destino de cualquier país en desarrollo.

Escritas en los años de 1947 y 1948, allí están dichas cosas con respecto al destino de Venezuela que, con no muchas variantes, pudieran repetirse hoy y tal vez en no pocos casos agravadas.

arturo uslar pietri

Nació en Caracas en 1909. Periodista de renombre internacional, es uno de los valores más positivos de la literatura hispanoamericana. ELDORADO publicará próximamente *Cuando yo sea grande y otros cuentos.*

biblioteca popular ELDORADO